

Biblioteca Miradas 2

Tricia Ross
Aguamarina

El color del destino

D.J.57

Aguamarina
El color del destino

Bilología Miradas 2

Tricia Ross

«El amor no prospera en corazones que se
amedrentan de las sombras»
William Shakespeare

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

Capítulo 1

Miró de nuevo el mensaje en su teléfono desechable, el que utilizaba habitualmente para comunicarse con él. Efectivamente, aquella era la dirección acordada para verse. No esperaba que se tratase de un bar.

Entró en el establecimiento que olía a rancio y tenía muy poca iluminación. Había solo un puñado de clientes, algunos mirando el partido de rugby que se retransmitía por televisión, otros charlando en la barra y un par echando una partida a los dardos.

Lo encontró en una mesa apartada casi al fondo del local, bebía una cerveza local mientras miraba a nada ni a nadie en concreto. Le esperaba, y cuando se detuvo frente a él, Hansen Lindström lo miró con esos fríos ojos azules.

No se parecían mucho los hermanos Lindström. Adrien, su jefe, era más alto y atlético, su pelo más oscuro y su expresión menos desafiante. Hansen era el menor pero sin duda el más independiente y orgulloso, la palabra compasión parecía no entrar en su vocabulario y era perfeccionista hasta el detalle.

—Llegas tarde Karlsson —dijo el rubio en inglés a pesar de estar en Suecia. Dio un último trago a su cerveza.

—Lo siento señor Lindström —se disculpó el hombre, incómodo en aquella situación. No estaba acostumbrado a traicionar la confianza de su patrón, de alguien a quien no le deseaba mal alguno, sin embargo las circunstancias de la vida en un momento de necesidad pueden poner a cualquiera entre la espada y la pared.

La supervivencia propia y de quienes se amaba era para Karlsson la prioridad. Los principios podían romperse.

—¡No me llames así, idiota! —Gritó el joven, enfadado—. Soy Lindman.

Karlsson asintió, deseando terminar con eso cuanto antes.

—Bueno, vamos a ver qué me has traído.

El joven rubio le siguió al exterior del establecimiento hasta una calle cercana donde había dejado estacionada la furgoneta.

Asegurándose de que no había nadie sospechoso por los alrededores y con las manos temblando de nerviosismo, Karlsson abrió la parte trasera y mostró a Hansen Lindström lo que ahí había.

Hans echó un vistazo a las cajas llenas de objetos valiosos, tablillas, cerámicas y otros tesoros que valían su peso en oro. No todo el dinero iría a parar a sus bolsillos, no obstante. Si quería pasar desapercibido y salirse con la suya debía fijar su atención en los cuadros, en los originales de la colección de su hermano que había mandado copiar.

Abrió una de las cajas y comprobó con evidente satisfacción la enorme calidad de las falsificaciones. Habían tenido suerte, el falsificador más habilidoso del mundo conocido había aceptado su encargo, y no solo eso, sino que se había desplazado en persona a Estocolmo para ejecutarlo. La parte más delicada había sido el requisito irrenunciable de recibir el pago por adelantado, sin embargo Hansen sabía cómo encontrarle, aunque no conociera su identidad o tan siquiera su aspecto, y eso era un seguro para su inversión.

Con todo de su parte, Hans esperaba que el plan saliera bien, así lo intuía, y con suerte en poco tiempo el cabrón de Adrien daría con sus huesos en la cárcel. Eso era lo que se merecía.

—Está bien —dijo el visto bueno a su inquieto colaborador que no paraba de mirar a un lado y a otro

de la calle—. Véndelos. En unos días planeo regresar a Reino Unido de modo que no podré ayudarte. Confío en que mantengas nuestro acuerdo.

Karlsson asintió, aunque asociarse con Hansen había sido con seguridad una de las peores cosas que haría en su vida, la palabra dada estaba por encima de sus deseos personales, así como la compensación que obtendría por cumplirla.

Se despidió del joven que regresó al pub como si nada. Él, por su parte, volvió a subirse a la furgoneta y arrancó. Quedaba poco para terminar su parte y poder regresar a casa para olvidarse de todo. Ya quedaba poco.

El salón era amplio y elegante, aunque acogedor. La mesa estaba bien dispuesta con mantelería blanca, servilletas dobladas en forma de cisne y delicadas copas en las que el maître servía champagne con discreción mientras los comensales cenaban y charlaban.

Adrien se sentía de nuevo transportado a aquella época de su vida en la que el lujo era intrínseco, cuando ni siquiera se daba cuenta de lo innecesario de tanta pompa y protocolo. Una época que ya había dejado atrás, después de la quiebra de su empresa familiar, Lindschmidt, y de la pérdida de muchas de sus posesiones más valiosas, como sus obras de arte. Podía decir que ahora vivía cómodamente como empleado de Coutard Trans., la empresa del francés amigo de la familia, Fabien Coutard. Le gustaba su nuevo empleo y su nuevo estatus, tenía menos responsabilidades y por tanto menos preocupaciones, aunque tuvo que resignarse a que jamás recuperaría sus colecciones. No le importaba, hacía un tiempo que pocas cosas le importaban ya.

Ahora vivía en París, tenía alquilado un piso pequeño pero cómodo muy cerca de la Torre Eiffel. Sus días eran rutinarios y tranquilos, sus noches solitarias...

Esa noche sin embargo era una excepción, Coutard había insistido en invitar a todo el equipo a cenar en aquel restaurante fino para celebrar el nuevo acuerdo firmado recientemente con una importante empresa alimentaria del país, un negocio que sin duda expandiría el nombre y el capital de Coutard Trans., contratada para el transporte de sus mercancías por toda Europa.

Tras una copiosa y deliciosa cena consistente en Vichyssoise y Confit de pato, llegó el postre y los brindis.

—Compañeros y amigos —dijo Coutard sonriendo bajo su bigote—. Levantemos las copas por el progreso en los negocios.

El director de ventas, un hombre algo mayor que Adrien llamado Jean Gaminde fue el primero en levantar su copa de espumoso. Jean era de constitución robusta y buen comer, pero afable y honrado. Era un eficiente comercial con la dosis justa de ambición.

Adrien hizo un gesto al maître para que llenase su copa y la de su compañera, sentada a su derecha. Coraline DuChamp era la directora de personal de la empresa. Morena y hermosa, más joven que él pero tremendamente seria y comprometida con su trabajo. Poco sabía Adrien de su vida privada, del mismo modo que nadie salvo Fabien Coutard sabía de la de él. Adrien se había vuelto más reservado en los últimos meses.

Los cuatro brindaron y bebieron poniendo fin así a una velada agradable y festiva. Era sábado y aunque la responsabilidad de sus puestos requería su dedicación plena, generalmente el domingo era su día libre.

Se despidieron en la puerta del restaurante. Un taxi se había detenido justo enfrente para llevar a Coutard a su casa y Jean se marchaba paseando en dirección opuesta, de modo que Adrien y Coraline

emprendieron su marcha hacia el aparcamiento del restaurante.

—Ha sido una velada de lo más agradable —comentó ella tal vez empujada a llenar el silencio que los envolvía.

—Cierto —Adrien había mejorado mucho su francés en solo seis meses. Antes de mudarse a París no había vuelto a usarlo desde la universidad.

—Pareces más cómodo ahora —continuó ella con una sonrisa—. ¿Te estás adaptando bien?

Adrien asintió, se sentía agradecido a todos por haber hecho más fácil su incorporación a la empresa, pero Coraline era sin duda quien más se preocupaba por su bienestar. Y no era tonto, sabía que había algo más allá de la amistad en las intenciones de Coraline, pero había decidido fingir que lo ignoraba. No obstante mantener aquella pantomima iba a resultarle difícil.

—Me preguntaba si tal vez te gustaría... —comenzó a hablar ella. Adrien la miró, lo cierto es que era adorable y bella; toda una tentación—. ¿Te gustaría cenar conmigo algún día, solos tú y yo?

Adrien suspiró, ni siquiera tenía una buena excusa que darle.

—No creo que sea buena idea —dijo en respuesta.

Coraline era una mujer persistente por desgracia, y de las que no se dejaban vencer con facilidad. Se detuvo delante de su coche pero no entró, se quedó mirándole con esos grandes ojos oscuros. Era bella, no cabía duda. Alta y esbelta, con una melena negra y ondulada que caía sobre sus hombros con elegancia natural y que enmarcaba una cara de rasgos delicados y muy femeninos. Adrien se preguntó cómo era posible que no hubiera una larga fila de hombres llamando a su puerta. O tal vez la había, pero ella se había encaprichado de él, presa de la crueldad que acompaña a menudo al amor.

—¿Por qué? —Quiso saber ella—. ¿Estás con alguien? ¿Casado tal vez?

Adrien negó con un suspiro.

—¿Eres homosexual?

—No.

Coraline lo miró fijamente.

—Entonces, sencillamente no te gusto —dedujo con una expresión triste que Adrien apenas pudo soportar.

—No es eso —se apresuró a contestar. Sabía que no tenía por qué, pero se sentía en la obligación de explicarse—. Eres muy guapa Coraline, una belleza... Pero yo no puedo corresponderte. Y no soy bueno para ti, confía en mí. Solo te haría daño.

Los ojos oscuros de ella se entornaron entonces, fijos en los de él. Comenzó a acercarse hasta quedar muy cerca, demasiado. Olía a caramelo.

—Tus palabras solo aumentan el misterio —susurró con ese acento que parecía una caricia. Adrien apretó los puños para obligar a sus manos a no tocarla, a pesar de lo mucho que deseaba hacerlo—. Solo consigues intensificar mi atracción por ti, Adrien. Dime algo que consiga convencerme de que no quieres besarme tanto como yo a ti.

Buscó en su aturdido cerebro algo que la hiciera desistir de sus intenciones, algo que la mantuviese alejada de él, pero no lo encontró.

Cuando Coraline alzó una mano y la posó sobre su mejilla, su mente dejó de buscar y se perdió en aquel dulce olor a caramelo. Los labios de ella atraparon los suyos y Adrien se dejó llevar. Cerró los ojos y saboreó aquel beso como si en el fondo lo hubiera estado ansiando, y dejó libres a sus manos para que se cerrasen en torno a la cintura de Coraline. Ella abrió la boca y deslizó la lengua por el labio inferior de Adrien con un leve gemido, sonido que produjo en él sensaciones explosivas.

Perdió totalmente el control, profundizó el beso asaltando con su lengua la boca de ella, probándola

y deleitándose en aquel sabor dulce y acaramelado.

Cuando quiso darse cuenta la había recostado sobre el coche y sus manos estaban enredadas en su pelo. Fue entonces cuando ocurrió aquello que debería haberle detenido unos instantes atrás. Apareció en su mente, el recuerdo de unos ojos dorados como la miel.

Julia...

Se detuvo bruscamente y se alejó de ella, dando dos pasos atrás hasta quedar apoyado en el coche de al lado, tratando de controlar sus emociones. No podía, no estaba bien... No podía sentir nada por Coraline más allá de la pura lujuria, y ella no se merecía eso.

Consiguió dominarse y por fin se sintió capaz de mirarla de nuevo. Parecía confusa, el deseo aún brillaba en sus pupilas y tenía el carmín medio borrado.

—Lo siento —dijo Adrien—. No debí haber hecho eso.

—Me ha gustado —replicó ella.

—Aún así no ha estado bien —insistió él—. No puedo, Coraline. Te lo he dicho, no puedo corresponderte.

—Hay otra —adivinó ella—. No estás con ella pero sigues enamorado, por eso crees que no puedes estar conmigo.

Adrien no supo qué responder, su conjetura era tan certera que asustaba. Coraline no necesitó una palabra suya para confirmar su hipótesis. Sonrió tristemente.

—El tiempo te curará y yo estoy dispuesta a esperar por ti —añadió—. Aunque no me ames ahora sé que me deseas, y si me dejaras sé que conseguiría tu corazón. Piénsalo.

Adrien quiso decirle que esperarle sería en vano, que jamás amaría a otra mujer como había amado a Julia, y que no quería condenarla a quedar atada a alguien como él, tan poco merecedor de su afecto. Sin embargo no dijo nada.

Se quedó callado mientras Coraline entraba en su coche, arrancaba y se marchaba. Se quedó mirándola y pensando en que quizá sucumbir no fuese tan mala idea después de todo. Deseó con todas sus fuerzas poder enamorarse de ella y olvidar a Julia. Sería mucho más fácil.

Con esos pensamientos en la cabeza condujo hasta su piso. En cuanto traspasó la entrada se sintió un poco mejor.

Se acercó hasta el aparador y extrajo una botella de brandy del mueble bar, después se sirvió un poco en un vaso y se sentó en el sofá color burdeos. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número que marcaba cada semana. Tras dos tonos, él respondió.

—Señor Lindström, empezaba a pensar que se había olvidado de mí —dijo la voz de Edgar Clayton al otro lado del aparato.

—No, solo es que me he entretenido un poco —respondió Adrien antes de ir directo al grano—. ¿Cómo está ella?

Clayton suspiró.

—Está bien, como siempre —contestó el detective—. El trabajo le va bien, su hermana la ha visitado un par de veces y no, no ha salido con nadie. Su hermano Hansen no ha dado señales de vida, no la sigue ni la acosa... No puedo decir lo mismo de usted.

—No la estoy acosando, solo me aseguro de que está bien —repuso Adrien, molesto.

—Está bien, y creo que debería dejar de espiarla —dijo Clayton—. No es que me moleste que me pague por seguir a una chica que normalmente va de su casa al trabajo y del trabajo a su casa, pero ya han pasado seis meses. Ella está a salvo, déjela ir.

Aunque le costase admitirlo una parte de sí mismo pensaba que tal vez el detective tuviese razón. Había pasado el tiempo suficiente como para confirmar que con mucha probabilidad volver a atacar

a Julia no estaba entre los planes de Hansen, además no había nada que pudiera conseguir de ella ahora que Adrien estaba lejos. Tenía que admitir que lo mejor que podía hacer por Julia, por la mujer que amaba, era precisamente lo que Clayton le sugería. Dejarla ir. Y sin embargo algo se lo impedía. —Solo una semana más —dijo con decisión, y se lo prometió a sí mismo—. Hasta que termine el mes. Después nuestro contrato quedará resuelto. ¿De acuerdo?

El detective mantuvo el silencio unos instantes.

—Está bien, señor Lindström —cedió finalmente—. Hasta la semana que viene.

Colgó y Adrien apuró de un sorbo el brandy de su vaso. Miró por la ventana y durante unos minutos contempló la Torre Eiffel preguntándose si la vería más hermosa si Julia estuviera con él. Era curioso que, desde que la había perdido, ya nada despertaba su interés. Todo era simple, vulgar, feo... El arte había perdido casi toda su capacidad estética, ya no era la forma de transmisión de la belleza que una vez había sido para él. Ya no se sentía sobrecogido al ver un trazo limpio, una composición hermosa o un colorido armonioso.

Levantó la vista y miró el único cuadro de sus colecciones que aún conservaba en su poder. La Dánae de Klimt le devolvió la mirada desde su posición en la pared frente al sofá. Era solo una copia, una imitación del original, pero a Adrien siempre le habían gustado las obras del controvertido pintor vienés, especialmente aquella. Era una pena que ya solo viese en aquel cuadro el recuerdo de la pelirroja que le había robado el corazón.

Se levantó y se sirvió una nueva copa de brandy, después cogió de nuevo su teléfono y marcó el número de Julia. Sin embargo, antes de llamar cambió de idea. Ella le había pedido tiempo, le había pedido espacio... Pero Adrien no dejaba de preguntarse si seis meses y tantos kilómetros no eran demasiado, si el silencio que recibía por su parte un día tras otro no significaba que fuera lo que fuese lo que habían compartido, ya se había acabado definitivamente.

Tuvo por enésima vez la tentación de coger su coche y viajar a Londres, presentarse en su apartamento y convencerla de que le perdonase. Pero no lo hizo, consiguió controlar su impulso aunque sabía que tarde o temprano sus fuerzas flaquearían.

Tal vez por eso aún no había vendido su casa de Londres. Tal vez por eso en ocasiones se descubría a sí mismo planeando la forma en que, de una vez por todas, le contase a Julia todo sobre sí mismo, sobre su pasado, arriesgándolo todo a una carta. Empezaba a pensar que era mejor jugar y perder que mantenerse al margen y sufrir aquella agonía.

Capítulo 2

Un nuevo día que prometía ser exactamente igual que el anterior daba comienzo. Saltar de la cama, ponerse de punta en blanco de acuerdo con las directrices de la estirada de su jefa, salir hacia el metro y tomar un café por el camino. Todos los días lo mismo.

Julia caminó como una autómatas desde la estación hasta el edificio de estilo neoclásico en que se alojaba la casa de subastas Rise, donde trabajaba desde hacía casi seis meses. Al contrario que en su anterior puesto en la galería Greiff, donde Julia trabajaba directamente con su pasión, el arte, en la casa de subastas no era más que una simple administrativa dedicada a tramitar las cesiones y ventas, pagar los correspondientes impuestos y dirigir las subastas. Lo más entretenido de la semana era catalogar las obras para su explicación a los pujantes, y por suerte el día anterior habían recibido una remesa. Aquel sería un buen día para variar, o al menos eso pensaba Julia mientras entraba en la oficina, dejaba su chaqueta y su bolso y encendía el ordenador.

Cogió la carpeta que la secretaria, Annie, una chica simpática aunque algo limitada, había dejado sobre su mesa, y examinó las obras que habían recibido.

Un gran lote de dibujos de la Escuela Inglesa del s. XVII de diversos autores, un oscuro óleo de un modesto pintor holandés, dos retratos de caballeros franceses de un tamaño considerable, un colorido tríptico renacentista procedente de alguna iglesia italiana, media docena de pinturas abstractas y... Julia tuvo que leerlo dos veces para asimilarlo. En el documento lo ponía claramente: Mujer desnuda, óleo sobre lienzo. Pierre-Auguste Renoir, finales del s.XIX. Impresionismo, su especialidad.

Se preguntó si era posible que fuese el mismo cuadro que había pertenecido a la colección de Adrien, si de alguna manera había llegado hasta la casa de subastas Rise después de venderlo él.

Se apresuró a llegar al almacén y buscó entre las obras embaladas el número de lote concreto. Con cuidado sacó el cuadro de su envoltorio. La imagen que ya conocía apareció tras el plástico acolchado y aunque era lo que suponía, el corazón le dio un vuelco.

Mentiría si dijera que no pensaba en él, en Adrien Lindström. Lo negaba incluso ante sí misma pero lo cierto era que una pequeña parte de su mente siempre estaba ausente, atrapada en los recuerdos, con él en todo momento.

Extrajo de entre los papeles el contrato de compra-venta y una punzada atravesó su pecho al ver su firma estampada en el papel. Ignoró el dolor como hacía a menudo, pero por un instante se permitió dejar aflorar la añoranza. Se agachó junto al cuadro y, con delicadeza, recorrió la superficie del lienzo con los dedos. Era una hermosa pintura, no cabía duda.

Fue entonces cuando lo vio, una pequeña mancha justo en la esquina inferior de la pintura.

Chasqueó la lengua, molesta. Detestaba la manera negligente en que algunos transportistas trasladaban obras de tantísimo valor, o el cuidado deficiente con que algunos propietarios trataban cuadros tan importantes. No sabían lo que tenían en su poder.

Un pensamiento se abrió entonces paso en su mente. Aquel descuido no podía haber sido culpa de Adrien. Hasta donde ella lo conocía, que era bastante, él jamás arriesgaría la integridad de un cuadro original de Renoir.

Sintió entonces un nudo en la garganta. Había momentos como aquel en que sentía la debilidad intensamente, justo cuando pensaba en todo lo que echaba de menos de aquel irresistible sueco. Añoraba su sonrisa, sus interesantes conversaciones, el calor de su cuerpo...

A veces los sentimientos parecían tan abrumadores que Julia casi olvidaba lo que había sufrido a su lado. Cerró los ojos y se esforzó por recordar las razones por las que se mantenía alejada de él. La incertidumbre, el miedo, las mentiras y los secretos... Suspiró. Con eso bastaría.

Regresó a la oficina y puso en marcha el protocolo que había tenido que aprender al entrar a trabajar ahí. Cogió el teléfono y llamó a Will, el restaurador. No requería su intervención a menudo, pero Catherine Rise, la dueña de la casa de subastas, era muy exigente en cuanto al estado de las obras que se subastaban. Debían estar perfectas.

Mientras esperaba a que él llegase, Julia terminó de comprobar los lotes. Todo estaba en orden.

—Buenos días preciosa —la voz de Will la sorprendió aún en el almacén, entre embalajes.

Julia sonrió en dirección a un hombre alto y delgado, de cabello liso y castaño, largo hasta los hombros, y amistosos ojos color avellana. Se acercó a él y dejó que la besara en los labios a modo de saludo.

Will Rise era restaurador, sobrino de su jefa, Catherine Rise y su novio desde hacía un par de semanas. Julia no había buscado aquella relación, de hecho la había evitado durante mucho tiempo, pero el evidente interés de Will por ella y su insistencia la habían hecho claudicar.

Will era guapo, inteligente y divertido, era un profesional centrado y llevaba una vida compatible con lo que Julia quería para sí. Era una elección sensata.

—Echemos un vistazo a ese cuadro —dijo acariciando cariñosamente el brazo de ella.

Julia asintió y le señaló la caja que contenía el Renoir. Will se acercó y, como ella había hecho un rato antes, lo examinó con detenimiento.

Casi automáticamente Julia pensó en Adrien, en lo diferente que era de Will. ¡Qué fastidio! Lo había dejado traspasar la barrera de contención de su mente y ahora no quería regresar a aquella celda. Por mucho que intentaba detenerlos, aquellos pensamientos impropios no dejaban de surgir, uno tras otro. Pensó en que, a pesar de ser la más lógica de sus relaciones, Will no había conseguido hacerle sentir ni una mínima parte de la emoción que Adrien despertaba en ella. Pero, ¿no era eso algo bueno?

Julia sabía que la pasión que compartía con Adrien tenía fecha de caducidad, tarde o temprano desaparecería y cuando eso ocurriese ya no habría nada que los mantuviese unidos. Con Will sin embargo siempre tendría un plan, algo estable a lo que agarrarse.

Sí, estaba claro, había hecho bien saliendo con Will...

Estaba casi convencida cuando el filtro de su mente volvió a fallar y la imagen de unos ojos aguamarina se clavó en su corazón, haciéndole estremecer. Sacudió la cabeza deseosa de deshacerse de una vez de aquella incómoda confusión, gesto que no pasó desapercibido.

—¿Estás bien, Julia? —Preguntó Will.

—Eh... Sí, sí tranquilo —mintió ella.

En ese momento, justo como una intervención divina, escuchó un familiar taconeo que venía de la oficina. Catherine había llegado.

—Lo siento, tengo que volver —dijo Julia fingiendo fastidio aunque contenta de tener algo que ocupase su mente y mantuviese a Adrien encerrado de nuevo en las profundidades.

—Está bien, yo me llevo este cuadro al taller para examinarlo mejor —respondió Will—. ¿Nos vemos esta noche?

Aquello pilló a Julia desprevenida. Había olvidado su cita.

—Sí, claro —accedió, tendría que cambiar sus planes de cenar comida china y ver la tele hasta caer dormida en el sofá—. Ven a recogerme a las siete.

Will asintió y Julia volvió a la oficina donde Catherine ya tenía una larga lista de requerimientos que hacerle y que la mantendrían ocupada el resto de la jornada.

A las cinco Julia por fin salió de la oficina con el tiempo justo para regresar a casa, darse una ducha y arreglarse para su cita con Will.

Durante el trayecto aprovechó para llamar a Stella. Hacía un mes que no la veía y solamente habían hablado una vez. Su impetuosa hermana siempre estaba ocupada.

Tras varios tonos sin recibir respuesta Julia pensó en colgar, pero justo en ese momento la jovial voz de Stella la saludó al otro lado de la línea.

—¡Hermanita!

—Pensaba que no ibas a contestar —dijo Julia, contenta de escucharla por fin.

—Hemos terminado por hoy, la luz ya no es buena para fotografiar —respondió ella.

—Recuérdame otra vez dónde estás ahora.

A Julia le costaba mantenerse al día del rincón del planeta donde su hermana se encontraba a cada momento. El entorno de Stella era siempre tan cambiante y el suyo, por el contrario, siempre tan estático...

—En el Gran Cañón —contestó—. ¡Oh, Julia! Es impresionante, deberías verlo. Todo el mundo debería verlo.

—Algún día tal vez.

Una parte de sí misma lo deseaba de verdad mientras que otra parte, mayor y más realista, sabía que solo unas pocas personas, como Stella, tenían la valentía y la pasión suficiente como para dedicar su vida a ver el mundo.

—Por cierto, tengo noticias —intervino de pronto su hermana, notablemente emocionada—. ¡Van a exponer mis fotos en Nueva York! Me lo han dicho hoy mismo, ¿no es genial?

—Es estupendo —respondió Julia sinceramente contenta. El talento de Stella era único y siempre había pensado que servía para mucho más que para ilustrar revistas, folletos de viajes y atlas—. ¿Cuándo?

—En Junio. ¿Podrás venir?

—¿A Nueva York? No lo sé...

—Vamos, dile a esa estirada de tu jefa que es muy importante —suplicó Stella como si fuese una niña pequeña.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Mientras se despedía de Stella, Julia llegó a su calle. Sacó las llaves del bolso y entró en el portal de su edificio. Distraídamente bloqueó el móvil tras colgar, al tiempo que abría su buzón. Había algo dentro.

Era un pequeño sobre con algo abultado. Curiosa, Julia lo abrió y la sangre se le heló en las venas.

En su mano estaba su antiguo teléfono móvil, el mismo que llevaba cuando Hansen Lindström, o Hans Lindman, comoquiera que se llamase, la secuestró e intentó agredirla en aquella fábrica abandonada. El mismo con el que él quiso grabar su ataque y que Julia dejó en su poder al escapar corriendo por el frío y aterrador bosque.

Había además una nota dentro del sobre.

«Con mis mejores deseos. H.L.»

Julia ahogó un sollozo y sin detenerse a cerrar el buzón subió corriendo las escaleras, como si alguien la persiguiera. Atravesó la puerta de su apartamento como alma que lleva el diablo y cerró con dos vueltas de llave.

Estaba temblando, el corazón le latía desbocado mientras corría hacia la cocina y sacaba un cuchillo del cajón. Tenía que comprobar que todo estaba en orden en su apartamento antes de sentirse un poco más segura.

Con el cuchillo en alto recorrió los pocos metros cuadrados de la vivienda solo para asegurarse de que estaba sola. Lo estaba, y el suspiro de alivio inicial se transformó al instante en un llanto pesado y angustioso. No había sido consciente del miedo que sentía hasta que no lo tuvo delante, hasta que no sintió su helado aliento en la nuca.

Sin quitarse siquiera la chaqueta se acurrucó en el sofá y lloró, esperando sentirse mejor pronto. Dejó pasar los minutos aguardando a que todo terminase, pero lo siguiente que escuchó fueron unos golpes en la puerta.

Cerró los ojos y abrazó uno de los cojines, aterrorizada. Deseó con todas sus fuerzas que quienquiera que fuese su visitante se marchase y la dejase sola. Los golpes, no obstante, volvieron a sonar.

—Julia, ¿estás ahí? —Llamó la voz de Will desde el rellano.

Había vuelto a olvidar su cita, pero esta vez no se sentía capaz de recomponerse. Ni siquiera lo dudó.

—Will, vete —le pidió con voz temblorosa—. No me encuentro bien.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber el chico—. Ábreme.

Con dificultad Julia se levantó del sofá y se acercó a la puerta solo para gritarle de nuevo que se marchase. Tuvo que repetirlo varias veces hasta que por fin consiguió que el obstinado Will obedeciese.

Volvió a quedarse sola, se tumbó de nuevo en el sofá y dejó que pasara el tiempo, esta vez sin llorar. Se descubrió a sí misma entonces añorando algo que hasta el momento no había echado de menos, de hecho, era lo último que esperaba sentir. Deseó que Adrien estuviera ahí con ella. Sintió que de algún modo su presencia sería capaz de aplacar el terror que sentía, y no consiguió entender por qué. Adrien era precisamente el causante de todo. Era por su culpa que su hermano psicópata se había obsesionado con ella. ¿Cómo podría sentirse más segura estando a su lado?

Nada tenía sentido ya para ella. Nada.

La estación de St. Pancrass estaba a rebosar un viernes por la tarde, de modo que incluso en una ciudad tan estrictamente vigilada como Londres era difícil localizar a alguien concreto. Hans Lindman esperaba poder burlar la seguridad del tren Eurostars que en cuestión de veinte minutos partiría en dirección a Bruselas.

Tenía un falso documento de identidad en el que su nacionalidad era suiza, un nombre falso y un nuevo aspecto. Se había oscurecido el pelo y se había dejado crecer la barba para teñirla también después.

Desde lo ocurrido en Estocolmo con la escurridiza pelirroja era consciente de que sobre él pesaba una orden de detención europea y de que esta vez no solo debería enfrentarse a los cargos de estafa a la empresa de su familia, sino a los de secuestro y agresión, por no hablar del hecho de circular por ahí con una identidad falsa.

Con todo ello sobre sus hombros una persona prudente permanecería escondida, pero no él. Hans era impulsivo por naturaleza.

Ya no tenía nada que hacer en Inglaterra, y Adrien se había mudado a París por lo que tenía entendido. Su plan pronto daría resultados y quería estar ahí para ver cómo su hermano era detenido

y encarcelado

Si salía bien, todo habría merecido la pena, si no... Tenía algunas ideas.

Con estos pensamientos en la cabeza y arrastrando una pequeña maleta con algunas pertenencias básicas, Hans se dispuso a atravesar el control de seguridad de la estación. Todo parecía marchar sin problemas. Delante de él había una pareja con un niño de unos cinco años, discutían porque el pequeño diablillo no paraba de retorcerse, intentando zafarse del agarre de su madre para poder corretear libremente. Le recordaba a él mismo de crío.

Tras él un par de ancianos hablaban en francés. Hans no entendía una sola palabra, lo suyo nunca habían sido los idiomas y tampoco se esperaba de él que hablase más que inglés y sueco. Adrien por su parte había tenido que aprender unos cuantos más, una de las pocas cosas que no le envidiaba el pequeño de los hermanos.

La familia con el niño pasó la revisión de sus documentos identificativos y le llegó el turno. El oficial del mostrador parecía cansado y no era para menos, su trabajo debía ser aburrido y monótono. Echó un breve vistazo a la tarjeta que Hans le mostró y, conforme, se la devolvió.

Suspirando de alivio, Hans apresuró su paso en dirección al tren pero no había dado más de dos zancadas cuando escuchó algo a sus espaldas.

—Deténgase.

Un agente de policía con la mano ya sobre la pistola táser que portaba en el cinturón se encontraba a poca distancia, en estado de alerta.

—Hansen Lindstöm, queda arrestado —dijo el policía.

Durante una mínima fracción de segundo, Hans pensó en echar a correr pero lo cierto era que no tenía escapatoria.

Miró al hombre del control que parecía confuso, miró después al agente que le había dado el alto y finalmente a un tercer oficial que llamaba por teléfono desde una garita. ¿Cómo demonios le habrían reconocido?

Se rindió y con un suspiro levantó las manos y se entregó.

Capítulo 3

Hansen pensó que su abogado era un inútil, ¿Cómo era posible que le hubieran enviado a esa cárcel mediocre llena de delincuentes de poca monta? No había ningún interno de su categoría, todos eran rateros, traficantes y agresores incorregibles sin una pizca de elegancia. Patéticos.

A media mañana de un miércoles, después de salir de la celda según la rutina establecida, desayunar, afeitarse y realizar las tareas de limpieza que todo reo debía cumplir, llegó la hora de esparcimiento. Los grupos estaban formados y él no encajaba en ninguno, pero tampoco le importaba. Estaba acostumbrado a ir por libre, a estar solo a pesar de tener a mucha gente alrededor, gente que incluso le admiraba y le seguía, pero que no eran amigos en realidad. En el internado siempre era así, ¿por qué iba a ser diferente en la cárcel?

Decidió dedicar ese impuesto tiempo libre para comprobar el discurso de sus planes fuera de los muros de la prisión. Pidió al funcionario de turno el acceso a la sala de ordenadores y se conectó a internet.

Tecléo la dirección de un foro de bricolaje e insertó su nombre de usuario y la contraseña. Ese tipo de webs no estaban prohibidas en la prisión, por eso la había escogido.

Enseguida encontró el mensaje que estaba buscando. Un usuario llamado Briko había escrito: «Por fin conseguí vender todas las tablas. La de roble fue fácil, pero con las de abedul se complicó. Aún así saqué más de lo esperado. Este negocio no es para mí, no quiero seguir con la madera y no quiero saber nada cuando haya reclamaciones. Lo dejo».

Maldito Karlsson, se cree con derecho a considerarse una víctima en todo ese asunto, como si Hansen le hubiera obligado en algún momento a participar del plan. Fue el propio Karlsson el que acudió a él. En un increíble alarde de astucia, o quizá suerte, le encontró antes que nadie, justo cuando Hansen acababa de poner los pies en Suecia hacía ya unos siete u ocho meses. Le puso el plan de los cuadros en bandeja, ¿en qué mundo iba a ser inocente ese advenedizo traidor?

Según le contó, tenía problemas económicos y muchas facturas que pagar. Su familia podría verse en la calle y él se sentía desesperado. Fue a pedirle un anticipo a Adrien, su jefe, pero éste no pudo o no quiso dárselo. Era algo que Hansen, para variar, no reprochaba a su hermano Don Perfecto, pues él hubiese hecho lo mismo. Era la respuesta lógica conociendo la situación financiera tan catastrófica en que Henrik y él mismo habían dejado sumida a Lindschmidt después del desfalco.

Sin embargo Karlsson se tomó ese “no” como una ofensa e ideó el plan del tráfico de arte.

Era cierto que fue Hansen quien puso los medios para ejecutar la vil trama del contable desleal y que ahora, tras su retirada cobarde e inesperada, el peso de aquella confabulación recaía totalmente en las manos de Hansen quien desde la cárcel poco podía hacer, pero definitivamente Karlsson era el artífice y nunca se libraría de los cargos si llegaban a pillarles.

Cerró la web de bricolaje y aprovechó el resto de su hora de ocio para buscar en la red. Entró en la página de esa galería de arte, la Greiff, solo para comprobar que Julia ya no trabajaba ahí. Era una pena...

Le hubiera gustado mucho poder verla cara a cara, pero debía admitir que eso hubiera sido muy arriesgado.

Había sido tan solo una semana atrás que, tras casi seis meses escondido allí, Hansen se había decidido a abandonar Inglaterra; pero antes de irse se sentía en la obligación de contactar con Julia de alguna manera. No sabía si lo que pretendía dejando el teléfono móvil en el buzón de su

apartamento había sido disculparse o quizá recordar que seguía libre, asustarla. Fuese lo que fuese ya no importaba. Pocas horas después le habían pillado en la estación de St. Pancrass.

Tecleó entonces una nueva dirección, la de un periódico de noticias sueco. Examinó varios ejemplares digitales hasta dar con la noticia que buscaba. «Disuelta la empresa familiar de Alfred Lindström, que estaba a cargo de su hermano Henrik Lindström. Clientes y accionistas piden explicaciones» rezaba uno de los titulares.

Continuó mirando titulares hasta que sus ojos toparon con una foto de su hermano en París. «Adrien Lindström, nueva mano derecha del exitoso empresario transportista Fabien Coutard».

Hansen chasqueó la lengua, molesto. ¡Maldito fuese! Todo le salía bien a pesar de sus esfuerzos por hundirlo. Bueno... Al menos, según tenía entendido, había algo que sí había perdido. Algo que quizá le doliese más que la quiebra de la empresa familiar, o incluso que una condena por tráfico y falsificación de arte. A Julia.

Mientras los atolondrados de sus compañeros de módulo reían de alguna estúpida comedia televisiva, Hansen leía uno de los libros de la biblioteca. Truman Capote era bueno, sí señor.

Era día de visita y, a pesar de las importantes acusaciones que pesaban sobre Hansen, su prisión provisional no era incomunicada. No esperaba visita, no obstante, por eso le sorprendió tanto cuando el funcionario lo llamó por su nombre.

Se acercó a la garita, confuso, y la curiosidad se intensificó cuando el guardia asintió y le indicó el camino a la sala de visitas. ¿Quién demonios sería? Se le ocurrió que fuesen sus padres pero no, era imposible. Su padre no podía viajar con ese corazón tan débil, y su madre no tenía el coraje para ir ella sola hasta ahí. ¿Y si...? No, no podría ser Julia.

Casi se le paró el corazón al ver de quién se trataba. Tan elegante, tan rubia y bonita. Nina le sonreía desde una de las mesas. ¡Le sonreía! No podía creerlo.

Se quedó paralizado por la sorpresa, no avanzó hasta que el guardia le dio un empujón que en otras circunstancias hubiera considerado violencia gratuita e innecesaria, aunque en ese caso le hizo reaccionar por fin.

—Hola Hans —saludó Nina en sueco—. ¿Cómo estás?

Hansen no sabía qué decir. Su corazón latía a mil por hora y tenía la garganta seca. Se sentó a la mesa frente a ella y la analizó mentalmente. Hacía más de un año que no la veía y había cambiado mucho, era comprensible pues la última vez que la vio estaba en un psiquiátrico, encerrada por culpa del cabrón de Adrien.

—¿Qué haces aquí? —Quiso saber él.

—He venido en cuanto me he enterado de que te habían encerrado —dijo ella con una sonrisa triste. La sonrisa más hermosa del mundo a pesar de eso—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No, lo cierto es que no se está tan mal aquí —repuso Hansen, aunque no entendía el por qué de tanta amabilidad. A pesar de lo mucho que él siempre había apreciado a Nina, ella nunca mostraba hacia él nada más que pura cortesía.

—Si me dejas yo te pagaré un buen abogado —dijo entonces ella, rebuscando en su bolso y dándole una tarjeta. Era el número de un bufete muy reconocido en el ámbito europeo.

Hansen no entendía nada. Nina quería ayudarlo pero, ¿por qué? No pudo resistirse a preguntar.

Nina se tomó un minuto para pensar la respuesta, suspiró y se removió en el asiento; finalmente alzó la mirada para fijarla en él, sus ojos del color del mar en una playa tropical parecían atravesarle el

alma.

—Entiendo que las personas, cuando estamos al límite y nos sentimos abandonadas, hagamos cosas malas —contestó—. Y te mereces un castigo, no me entiendas mal, pero quiero que sea justo. Además, alguien tiene que apoyarte. Esa seré yo.

No tenía ni idea de lo que esas palabras hicieron sentir a Hansen. Por un instante la mirada limpia de Nina hizo que se arrepintiera de todo lo que había hecho, de la estafa a su familia, de los robos, de su ataque a Julia y sobre todo de lo que tenía entre manos en ese momento, cuyo objetivo era hacer que Adrien terminase en la cárcel, como él. Por un instante deseó no haber hecho nada de eso, ser alguien digno de aquella mirada pura.

Pensó luego con dolor en sus palabras, en que ella se había incluido en la categoría de personas que hacen cosas malas. ¡Qué locura! Hansen tenía claro que todo lo que Nina había hecho en su vida, sus desaciertos, tenían un único culpable y ese era Adrien.

—No tengo palabras Nina —dijo finalmente Hansen con sinceridad—. Siempre he pensado que me odiabas.

Ella parpadeó confusa y extendió una mano que llegó a posarse sobre la de él, desatando de nuevo aquella sensación de culpa, la necesidad de redención.

—Jamás te he odiado Hansen —repuso Nina—. No te entendía... Hasta ahora.

Unos minutos después el guardia le obligó a regresar a su celda, alejándole de Nina, de la única persona que había mostrado amabilidad a un delincuente sin remedio como él. La única mujer a la que Hansen había amado de verdad en toda su vida.

Ya en su celda se recostó sobre la litera y cerró los ojos. Hacía mucho tiempo que no se permitía pensar en ello, no quería sufrir, pero esa noche de nuevo se perdió en sus recuerdos con un ánimo renovado. Tal vez aún hubiera un resquicio de luz en su oscuro camino.

Se dejó llevar hasta una época que parecía pertenecer a otra vida, un tiempo en que él era un chico normal, de familia adinerada sí, que estudiaba en Columbia durante el curso y pasaba los veranos en su Suecia natal. Una época en la que los sentimientos que le unían a su familia estaban muy alejados del odio, a pesar de la indiferencia de su padre, la sobreprotección de su madre y la altanería de su hermano.

En aquella época una sola persona ocupaba la mente y el corazón del joven Hansen Lindström, y esa era su vecina, Nina Holmgren.

Se habían criado los tres juntos: Ella, Hansen y Adrien. Sin embargo este último solía pasar menos tiempo con ellos, cuando creció dejó de interesarse por sus juegos infantiles y a menudo prefería otras actividades que consideraba más acordes a su clase y a su edad.

Hansen se concentró en un momento concreto. Tenía veinte años y acababa de terminar su segundo año en Columbia. Regresaba a Estocolmo con la firme convicción de no acobardarse esa vez. No dejaría pasar un verano más sin confesar a Nina esos sentimientos que bullían en su interior, que lo consumían sin remedio.

Llevaba años enamorado de ella en secreto, pero cuál fue su sorpresa cuando descubrió que había llegado tarde. Con evidente orgullo y alegría sus padres invitaron a los Holmgren esa noche a cenar para anunciar el compromiso de la joven Nina con el prometedor Adrien que, tras acabar sus estudios, había comenzado a dar sus primeros pasos en la empresa familiar.

Su padre no cabía en sí de satisfacción, Hansen nunca lo había visto sonreír tanto como en aquella cena. Su madre lloraba de felicidad al tiempo que besaba a Nina y a sus padres quienes, por cierto, no podían dejar de demostrar la satisfacción que les producía el compromiso y la unión entre sus dos familias. Todo el mundo parecía feliz. Nadie reparó en que Hansen se había quedado pálido.

En el momento en que comprendió que Nina jamás sería suya sintió que caía en un pozo oscuro y profundo donde cuchillos candentes lo atravesaban sin piedad. Incapaz de participar en esa farsa se disculpó y se marchó del salón murmurando un desgarrado “enhorabuena” a la pareja.

Dos días después, cuando por fin salió de su habitación tratando de huir de ese extraño, incesante e implacable dolor que tenía en el pecho, Hansen se dispuso a aclarar su mente dando un paseo por los bosques que circundaban la casa amarilla de sus padres, a las afueras de Estocolmo. Se sintió un poco mejor allí, rodeado por árboles inertes, con la fresca brisa silbando entre sus ramas. Había silencio, roto solo por los ocasionales cantos de los pájaros.

Frío, silencio e inmovilidad... A eso se había reducido su vida.

De pronto escuchó un ruido cerca, los pasos de alguien sobre la hojarasca. Ni siquiera tuvo que acercarse, apenas un minuto después la sonriente y rosada cara de Nina apareció tras unos arbustos.

—Hansen, hola —saludó ella, contenta de verle—. ¿Te encuentras mejor?

Había excusado su comportamiento durante los últimos días asegurando que estaba enfermo y no quería contagiar a nadie.

—Sí —dijo solamente y se dio la vuelta dispuesto a huir de la presencia de Nina que únicamente le hacía daño.

—Espera —lo llamó ella—. Tengo que hablar contigo.

Hansen detuvo su retirada pero no la miró, mantuvo su vista clavada en sus pies, los puños cerrados fuertemente y la respiración contenida. Ese dolor... Era horrible.

—Quiero asegurarme de que podrás venir en primavera para la boda —dijo ella—. Eres el padrino y necesitamos que te permitan perder algunas clases. Sin ti no sería lo mismo...

Hansen vio entonces su oportunidad. Lo había pensado. Si apenas fue capaz de soportar una cena de compromiso, ¿cómo se suponía que iba a soportar la ceremonia de boda?

—No podré, lo siento —replicó al instante—. Son fechas importantes, no puedo faltar. Buscad otro padrino.

—Pero...

—Lo siento —Hansen reanudó su camino.

—Pero eres su hermano, no puedes faltar —insistió la chica siguiéndole por entre los árboles—. Además eres mi amigo.

Hansen se detuvo de golpe al escuchar esas palabras, lo que hizo que Nina chocase contra su espalda, resbalase y cayese al suelo.

—¡Ay!

De inmediato Hansen se agachó junto a ella para comprobar que estuviera bien, fue un acto reflejo, no pensó en las consecuencias de quedar tan cerca de ella. Cuando quiso apartarse algo se lo impidió, una fuerza extraña, un magnetismo... Levantó la mirada y sus ojos quedaron enredados con los de ella. Entonces el herido corazón de Hansen latió con fuerza, fue como si de pronto algún tipo de locura transitoria se apoderase de él y los diques de contención de sus emociones se rompieron de golpe. Todo estalló.

—No te cases con él —dijo Hansen, prácticamente fue una súplica.

Nina abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—¿Qué? ¿Por qué? —Preguntó sin tener la más mínima idea de lo que su voz, su olor y su proximidad provocaban en él.

Sin poder detener su impulso, Hansen se inclinó un poco y besó a la atónita Nina en los labios. Fue solo un roce y el chico no tenía intención de seguir más allá, sabía que no debía robar besos a la prometida de su hermano, pero percibir el ansiado tacto de esos labios fue su perdición. Una vez

probó su sabor supo que no podría detenerse salvo que ella lo obligase. Pero Nina no hizo nada, siguió paralizada mirándole con esos ojos color jade, como si lo mirase por primera vez. Las esperanzas de Hansen brotaron en su pecho como fuegos artificiales y se dejó llevar. Alzó sus manos y acarició las mejillas de Nina, completamente hechizado por su suavidad.

—Nina, te quiero —dijo él olvidando todas las razones por las que no debía estar diciendo esas palabras—. No te cases con él, cástate conmigo.

Volvió a besarla, esta vez con intensidad, saboreándola, aspirando el aroma de su pelo. Fue entonces cuando ella reaccionó y lo empujó con fuerza, alejándole de ella. Acto seguido levantó una mano y le abofeteó.

—¿Cómo te atreves?! —Gritó Nina con las mejillas rojas tanto de pudor como de furia.

—Yo...

De algún modo la tormenta en el interior de Hansen se aplacó de golpe y fue consciente de su error. Había metido la pata, jamás debería haberse dejado llevar de ese modo, sin embargo ya estaba hecho y solo le quedaba dar a la enfadada Nina una explicación.

—Lo siento —dijo—. Pero estoy enamorado de ti desde hace años, es así. Esta era mi última oportunidad de decirte lo que siento, de mostrarte que tienes otra opción.

Sus palabras tristes y sinceras parecieron aplacar un poco la furia de Nina que se levantó del suelo, alejándose de él.

—No tenía ni idea Hansen —contestó—. Pero es tarde... Y aunque no lo fuera, yo amo a Adrien. Quiero casarme con él.

De nuevo Hansen sintió el dolor de mil cuchilladas en el corazón.

—Él jamás te querrá como yo —replicó con un hilo de voz.

—Siento mucho no haber sido consciente de lo que sentías por mí —dijo Nina, comprensiva y dulce—. Pero Adrien también me quiere, lo sé.

Hansen dibujó una sonrisa desgarrada en su rostro. No tenía nada que hacer, ahora comprendía lo vanas que habían sido sus esperanzas. Era hora de despedirse.

—Perdóname —añadió—. No podré asistir a tu boda. Espero que seas muy feliz.

Y sin más Hansen se marchó caminando a través del bosque todo lo rápido que le permitían sus piernas.

Nina jamás contó lo ocurrido allí, lo olvidó seguramente, y continuó con los planes para su boda en primavera. Hansen no asistió a la ceremonia y tampoco regresó a Suecia el año siguiente. Dejó Columbia ese curso a pesar de la cólera de su padre y la decepción de su madre, y se marchó a viajar por el mundo. Con el tiempo consiguió encerrar a Nina en un recóndito lugar de su mente y cerró su corazón a todo el mundo.

La siguiente vez que vio al amor de su vida estaba encerrada en ese psiquiátrico, loca de dolor por su pérdida, sintiéndose culpable, sola y desamparada por obra de ese ser sin corazón que era su hermano Adrien.

Desde ese momento, Hansen empezó a odiarle.

Capítulo 4

Julia había mejorado mucho en su técnica con acuarela. Nunca había pensado que pintar llegaría a ser su relajante particular, su evasión del mundo y de los problemas. Desde hacía un tiempo dedicaba gran parte de sus ratos libres a esa inesperada afición y se había vuelto asidua a la tienda de materiales de arte de su antigua amiga y compañera, Wendy.

Terminó de aplicar el tono correcto, apurando las últimas gotas de pintura de la paleta, pues la última vez que había visitado la tienda de Wendy estaba cerrada por vacaciones y no había podido abastecerse.

Decidió dejarlo por ese día. Recogió la paleta y los pinceles mientras pensaba en que no podía seguir así mucho más tiempo. Llevaba dos días encerrada en casa, desde que encontró el teléfono móvil y la nota en su buzón, y los permisos en el trabajo eran limitados. Pero no podía salir, era superior a sus fuerzas. Apenas había dormido en dos días y cuando lo hacía soñaba que Hansen Lindström la perseguía a través de un bosque inhóspito y helado. Era una pesadilla aterradora, un recuerdo que en esta ocasión terminaba siendo ella alcanzada por su perseguidor y finalmente asesinada.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal justo en el momento en que alguien llamaba a su puerta. El sobresalto hizo que Julia tirase al suelo sus pinceles.

—¿Quién es? —Preguntó tratando de aplacar el latir apresurado de su corazón.

—Soy Will. Te he traído la cena —dijo una voz al otro lado de la puerta—. Vamos déjame pasar.

—Te dije que estaba enferma, y es muy contagioso —replicó Julia.

—No me importa —contestó él—. Quiero verte. Ábreme.

Por desgracia esta vez Julia no pudo convencerle de marcharse y terminó cediendo. Al abrir la puerta Will la miró desde el rellano con una amplia sonrisa y le enseñó una bolsa del restaurante chino favorito de Julia. Le dejó pasar.

—No te veo enferma.

Julia suspiró. Tal vez sería buena idea contarle la verdad...

—Te he mentado —confesó ella sentándose en el sofá e indicándole a Will que hiciera lo mismo—.

La verdad es que lo que me ha pasado es difícil de explicar.

Will frunció el ceño.

—Inténtalo —pidió.

Julia se tomó unos minutos para encontrar la forma adecuada.

—Había un hombre hace tiempo —comenzó ella—. Fue una relación complicada, dejémoslo en eso.

El caso es que en consecuencia otra persona se obsesionó conmigo y me hizo daño, tanto daño que terminaría en la cárcel si no fuese porque ha escapado y nadie sabe dónde está.

Conforme hablaba, la expresión de Will dejó de ser contrariada y se transformó en una mueca horrorizada. Julia siguió con su explicación.

—El otro día recibí una nota de esa persona haciéndome saber que está aquí, que está cerca y me acosa —dijo—. Y tengo miedo. Estoy muerta de miedo.

Julia parecía sincera, una mujer desvalida y asustada, amenazada por algún desgraciado acosador que le hacía la vida imposible. Will sintió que se enternecía, solo tenía ganas de abrazarla, de protegerla y de asegurarle que todo iba a salir bien; sin embargo no se atrevía aún. Pero... ¡Qué demonios! Era su novia, podía abrazarla si quería, ¿no?

Lo hizo, y la reacción de la chica fue lo último que esperaba. Julia cerró los ojos y se tensó durante un instante, pero luego suspiró y le devolvió el abrazo con un entusiasmo inusitado. Levaba algo más de dos semanas saliendo con ella y hasta ese momento solo había conseguido dos besos pueriles en el portal tras dos citas que calificaría de agradables, no extraordinarias. Julia le gustaba, le volvía loco, pero quería ir despacio y no estropear las cosas. Algo le decía que si se apresuraba, la perdería.

—Tranquila —susurró en su oído—. Todo va a salir bien.

En ese momento los ojos dorados de Julia se posaron en los suyos.

—No hables, solo bésame —pidió ella, y Will obedeció encantado.

Unió sus labios a los de ella en un beso tierno, aunque enseguida Julia invadió con su lengua la boca de él, dejándolo perplejo. Profundizaron el beso y Will se atrevió a acariciar con cautela el delgado cuello, los hombros y los temblorosos brazos femeninos. No se detuvo ahí, los besos eran cada vez más fogosos y Julia emitía deliciosos suspiros que conseguían aturdir la mente de Will hasta el punto de casi perder el control. Debía serenarse o se abalanzaría sobre ella como un tigre hambriento.

Quiso detener aquel arrebató antes de que fuese tarde, pero Julia no se lo permitió. Ante su atónita mirada, ella se colocó a horcajadas sobre él en el sofá y se inclinó para besarlo con igual frenesí. ¡Dios! Era una locura y Will no sabía si ella era consciente de lo mucho que le costaba no arrancarle la ropa a tirones.

—Julia —murmuró—. Para por favor.

—¿Por qué? —Preguntó ella deslizando su dulce boca por la mandíbula masculina. Su incipiente erección presionó contra sus pantalones, seguro que ella lo había notado pues estaba sentada justo encima.

—Porque si no te detienes te haré el amor aquí mismo —masculló él.

Dudosa, Julia se quedó quieta durante un minuto, pensando en cómo responder a semejante declaración. Lo sabía, sabía que ese hombre no era a quien realmente deseaba, pero en el momento en que le había contado la verdad a Will y él la había abrazado, por fin había dejado de tener miedo. Julia había cerrado los ojos entre sus brazos y su mente la había transportado a otro lugar, a otro tiempo, a otro hombre que la abrazaba de igual manera y le hacía sentir amada y a salvo, aunque solo fuese una ilusión. Quería volver a sentirse así. Además llevaba seis meses soñando con besos y caricias que jamás volvería a sentir... Si Will podía aplacar aunque fuese solo parte de aquel anhelo, ¿por qué no dejarse llevar?

—Está bien —dijo Julia a media voz—. Ya hemos retrasado bastante este momento. Hagámoslo.

Los castaños ojos de Will brillaron, oscurecidos por el deseo.

—¿Estás segura? —Quiso confirmar él. Era un buen hombre, Julia lo sabía, y vio reafirmada su decisión.

En respuesta Julia se quitó la camiseta por la cabeza, quedando descubierto su torso. Llevaba un horrible sujetador de algodón pero a Will no pareció importarle lo más mínimo. Acarició su espalda con aquellas manos cálidas y callosas por el trabajo manual que conllevaba su profesión, y la atrajo hacia sí para besarla con pasión. Julia comenzó a tirar de su camisa y consiguió quitársela poco después, revelando un torso vigoroso.

Will era atractivo, no cabía duda, sin embargo Julia no sentía nada al mirarle.

Se afanó en la tarea, recorriendo su cuerpo con sus manos, lamiendo y besando su piel, pero seguía fría como un témpano. ¿Qué demonios le pasaba? Notaba la rigidez de la erección masculina presionando contra su muslo interno, sentía las caricias de Will en sus pechos, en sus nalgas... Nada. Desesperada deseó que su cuerpo despertase, que reaccionase a aquel encuentro como solía hacer

cuando... ¡No! No podía recurrir a pensar en otro, Will no se merecía eso.

Sin embargo la simple evocación de aquel cuerpo que recordaba a la perfección aún después de tanto tiempo, la hizo estremecer. Cerró los ojos y lo vio frente a frente, como si estuviera allí. Besó esa boca a través de la de Will, tocó las definidas ondulaciones de sus fuertes brazos y enredó las manos en su pelo rubio, aunque era castaño en realidad. Y sí, ahí estaba... Una contracción de placer carnal en su vientre.

Con una mezcla de pesar y alivio, se dispuso a continuar desvistiendo a Will cuando el tono monofónico de su teléfono móvil los interrumpió.

En cierto modo se sintió aliviada y corrió a contestar la llamada, no sin antes dirigir una mirada de disculpa al hombre que había entre sus piernas.

—¿Diga?

—Señorita Moreland —dijo una voz grave y áspera al otro lado de la línea—. Soy Edgar Clayton, nos conocimos hace unos meses en Estocolmo. ¿Se acuerda de mí?

Julia abrió la boca de puro asombro, aquella era sin duda la última persona con la que esperaba hablar por teléfono. Sin embargo sí, se acordaba de él vagamente. Un hombre de mediana edad y aspecto adusto que hablaba con Adrien en la biblioteca de su casa familiar. Un detective...

—¿El detective? —Quiso asegurarse ella.

—Exacto —confirmó él—. Quería comunicarle algo, si tiene un momento.

—Sí, pero... ¿Cómo tiene mi número?

—Me lo proporcionó quien me contrató.

Julia se mordió el labio inferior, él sabía que ella comprendía perfectamente sus palabras, y ella no quería profundizar más en el tema.

—Está bien, ¿qué es eso que quiere decirme?

—El señor Hansen Lindström fue apresado intentando salir de Reino Unido hace dos días. Está en la prisión de Pentonville y espera a ser juzgado y deportado por el Tribunal Supremo —declaró Clayton.

—Dios mío.

Julia tuvo que sentarse en uno de sus taburetes. Aquella noticia le producía una sensación increíblemente fuerte, casi de euforia. Clayton continuó.

—Próximamente le llegará una notificación del juzgado para su declaración por los cargos del señor Lindström relacionados con usted —dijo—. Supongo que sabe a qué me refiero.

—Sí...

—Solo quería que se preparase para declarar contra él —añadió el detective—. Sé lo mal que lo ha pasado.

Un repentino acceso de ternura por aquel hombre invadió a Julia y sintió ganas de llorar. Llorar de alegría, de rabia, de angustia... Todo a la vez.

—Gracias de corazón señor Clayton —respondió ella.

—No se merecen. Cuídese mucho, Julia. Adiós.

No supo por qué aquella despedida parecía demasiado íntima para haberse visto solo una vez. No comprendía del todo la razón por la que ese detective se había tomado la molestia de llamarla personalmente para decirle que debía preparar su testimonio, para que la detención de su verdugo, Hansen Lindström, no la pillase por sorpresa, y además justo en el momento indicado, cuando más necesitaba escuchar que por fin estaba a salvo. Sin embargo tras meditarlo un par de minutos, lo dejó a un lado. Will había avanzado hacia ella por detrás y la había abrazado por la cintura, haciéndole dar un respingo.

—¿Buenas noticias? —Preguntó él besando su mejilla.

Era evidente que Will pretendía retomar lo que habían dejado a medias unos minutos antes, pero Julia se descubrió a sí misma detestando esa idea. Todas sus ganas se habían esfumado completamente.

—Oye, ya no... No me apetece.

Will se detuvo al instante. Ella sabía que él jamás la obligaría a hacer nada que no quisiera y por eso no se sentía amenazada, pero en ese momento pudo ver en sus ojos marrones una profunda contrariedad.

—Yo creía que iba bien.

—Iba bien —mintió Julia, apresurándose a vestir su torso desnudo con la camiseta que había dejado caer al suelo—. Pero ahora no quiero seguir. Lo siento.

—Ya... —suspiró él—. Siempre hay algo que nos lo impide. Si no es una llamada, es el trabajo, o un dolor de cabeza, o simplemente que no es el momento adecuado.

Julia frunció el ceño. No le gustó nada esa reacción. Estuvo tentada de decir simple y llanamente la verdad: Que no sentía nada con él. Que a pesar de haber aceptado salir con él su atracción era nula y que solo había respondido a sus caricias gracias al recuerdo de otra persona. Pero no, no diría algo tan horrible como eso.

—No me presiones —replicó ella—. No soy de esas.

Will comprendió entonces que no había nada más que añadir y decidió que era hora de marcharse. Se vistió, recogió su chaqueta y se marchó dejando la bolsa de comida china con dos raciones intactas. Poco después Julia cogió un paquete y se puso a sorber fideos mientras veía la televisión, más feliz y relajada de lo que había estado en mucho tiempo.

Adrien abrió la puerta de acceso privado, la que se encontraba al final de ese encantador camino empedrado. Dentro hacía casi tanto frío como en el exterior. El frío de una noche de Diciembre.

Llevaba sin pisar esa casa más de seis meses y nadie había encendido la calefacción antes de su llegada ya que Adrien se había visto obligado a despedir a su asistenta y a todo el personal de su oficina de Londres. De hecho aquella era la única de sus casas que le quedaba en propiedad, ni siquiera tenía techo propio en Estocolmo tras vender su ático.

Pensó que, a pesar de todo, esa casa le encantaba. La zona privada era como un pequeño y acogedor adosado inglés mientras que el espacio anexo constituía la planta diáfana que antes solía usar como sala de fiestas. En el piso superior estaban los salones de reuniones sociales y habitaciones donde guardaba sus colecciones cuando aún las poseía. Quizá sería bueno invertir un poco en remodelar el concepto del edificio para poder alquilarlo, era evidente que no necesitaba esos espacios y era probable que no los necesitase nunca más.

Se frotó las manos para entrar en calor y encendió la calefacción mientras recogía su equipaje. Hacía dos días que había recibido la notificación del juzgado, tenía que personarse en el juzgado de Londres para testificar contra su hermano, Hansen, que por fin había sido capturado. Era la excusa perfecta para pedir a Coutard unas merecidas vacaciones y regresar al lugar al que había deseado volver todo ese tiempo.

Ya no era rico, ya no era el jefe de nada y no podía ir donde quisiera sin dar cuentas a nadie, sin embargo no le estaba costando demasiado adaptarse a su nueva vida.

Lo peor habían sido los ecos de sociedad, y no tanto para él como para sus padres. Ellos siempre

habían sido admirados en su país como emprendedores y exitosos empresarios, pero ahora tenían que leer en los periódicos a malintencionados periodistas sensacionalistas que criticaban a su familia día sí y día también. Lo sentía por ellos, pero para ser sincero hacía meses que Adrien se sentía mucho más ligero. Ahora los problemas financieros ya no le quitaban el sueño.

A decir verdad lo único que le faltaba para ser feliz era una cosa. Julia.

Después de descargar de su coche la última de sus pertenencias, Adrien se percató de que había algo en el suelo de la entrada. Era un sobre blanco que alguien había introducido por la rendija para el correo. Era extraño, nunca recibía cartas en su casa, aunque quizá era lógico ahora que ya no poseía una oficina a la que cualquiera pudiera dirigirse. Recogió la misiva y se sorprendió al ver que se trataba de una invitación a la fiesta de Navidad de la Real Academia de las Artes de Londres. Tiempo atrás Adrien había sido un gran benefactor de la institución, y siempre era invitado a ese tipo de fiestas, aunque lo cierto era que nunca había podido asistir.

Esta vez iría, ¿por qué no? Solo quedaban unos días para Navidad.

Capítulo 5

Entre las piezas de la subasta se encontraba un cuadro de Klimt, y nada más verlo el interior de Julia se convirtió en arenas movedizas. Era como si lo acontecido en su piso la noche anterior, la llamada de Clayton y aquella obra que esperaba para ser vendida al mejor postor fuesen señales que le anunciaban lo que estaba a punto de pasar.

Catherine Rise la miraba con desconfianza, no estaba acostumbrada a que sus empleados pidiesen días libres por motivos personales, pero cuando Julia le explicó las causas de su indisposición, su jefa tuvo que guardarse la regañina que tenía preparada. Aún así Julia sabía que no podía tentar demasiado a la suerte en aquel trabajo. Ya tenía la antipatía de su jefa y estaba segura de que Rise no dudaría en ponerla de patitas en la calle a la mínima.

Con esa sensación de inquietud en el cuerpo, Julia dio comienzo a la subasta. En el salón había al menos treinta personas trajeadas con las paletas preparadas y los bolsillos bien llenos.

—El árbol de la vida, de Gustav Klimt —dijo Julia mirando a los asistentes—. El precio de salida es de...

No pudo seguir. En ese momento sus ojos se detuvieron en una figura sentada en la última fila, alguien que conocía muy bien y cuyos ojos aguamarina brillaron al encontrarse con los de ella.

A Julia se le cayeron los papeles que llevaba en las manos y, avergonzada, comenzó a recogerlos mientras la propia Catherine Rise tomaba el control de la subasta, no sin antes lanzarle una mirada asesina desde el atril.

—Lo siento —musitó antes de retirarse.

Con la cara ardiendo, Julia se escondió en el almacén donde las obras aguardaban su turno de ser vendidas. El corazón le latía tan rápido que creyó que iba a desmayarse, pero fue peor cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta levemente.

Reencontrarse cara a cara con Adrien Lindström fue sobrecogedor. Estaba tal y como recordaba, tal y como lo veía cuando cerraba los ojos y se perdía en sus memorias.

—Hola Julia —dijo él, pero ella no pudo hablar.

Había llegado a aceptar que ya nunca volvería a verle pues tras su despedida tensa y fría en aquel coche frente al aeropuerto de Estocolmo Julia se había obligado a olvidarle.

Adrien Lindström era un hombre impresionante. Era inteligente y encantador, todo un seductor aún sin pretenderlo, y el único hombre que había conseguido que Julia Moreland se entregase en cuerpo y alma al amor... Y aún así había salido herida.

Julia no quería volver a sentir miedo, a verse abandonada, a creerse engañada. No quería ser vulnerable, consciente de que su felicidad dependía de otra persona y no de sí misma. Era demasiado orgullosa para permitirse ceder a los impulsos que en ese momento le embargaban.

Se dio la vuelta y fingió que examinaba los cuadros.

—No esperaba verte aquí, me he sorprendido —dijo ella esforzándose por sonar indiferente. No supo si lo había conseguido.

—He venido a declarar, imagino que tú también estás citada.

—La semana que viene, acabo de recibir la carta.

Se hizo un silencio durante el cual Julia sintió su presencia más fuerte que nunca, aunque no se atrevió a volver a mirarlo. Adrien Lindström estaba ahí, a apenas un paso de distancia, tan firme y seguro de sí mismo como siempre. O al menos eso era lo que cualquiera hubiera pensado al verle. La

verdad, no obstante, era otra. Adrien notaba su pulso disparado y le sudaban las palmas de las manos. Había dudado mucho sobre si asistir o no a aquella subasta. No sabía cómo reaccionaría Julia al verle de nuevo, pero en el momento en que sus miradas se cruzaron y a ella se le cayeron todos los papeles supo que todo lo que había habido entre ellos seguía ahí, intacto, latente, expectante...

Julia estaba aún más hermosa que antes, si cabía. Se había cortado el cabello rojo fuego apenas a la altura de los hombros y sus ondas se movían con naturalidad y frescura. Y esos ojos... Ámbar líquido. Seguían siendo cálidos y brillantes, incapaces de esconder lo que bullía en el interior de su dueña.

—Te veo bien —dijo él, tratando de mantener una conversación, por superficial que ésta fuese.

—Y yo a ti —respondió ella, mirándole por fin aunque solo durante un instante. Enseguida apartó los ojos de nuevo.

—No te imaginaba en una casa de subastas —comentó.

—Ni yo a ti como un asalariado corriente —replicó ella con mordacidad—. Supongo que no has venido a comprar un cuadro.

—No, ese tiempo acabó —contestó Adrien con una sonrisa. Ella también había estado curioseando en su vida durante el tiempo que llevaban separados, aunque seguramente Julia no había contado con la ayuda de un detective, pues con echar un vistazo a la prensa era suficiente.

Al dirigirse a esa casa de subastas esa mañana, Adrien no tenía más intención que la de verla, no había planeado ir más allá de un saludo cordial, pero de pronto sintió el impulso irresistible.

—¿Tienes algún plan para comer? —Preguntó. Su pulso volvió a dispararse—. Te invito.

Esos ojos color ámbar se clavaron entonces en los suyos y pudo ver que no esperaba tal giro en su charla insustancial. Se lo estaba pensando.

Y así era, Julia sentía mil pensamientos en su cabeza, luchando por dominar su voluntad. Unos rechazaban de lleno la oferta del sueco, no era adecuado dada la situación emocional de Julia, aceptar lo que parecía una cita con el hombre del que necesitaba huir desesperadamente. Sin embargo otros pensamientos, mucho más numerosos, se retorcían y revolvían en su interior gritando a pleno pulmón que aceptase. Le obligaron a enfrentar una realidad que Julia no quería ver, y era el hecho de que, desde su regreso de Estocolmo hasta el momento en que había visto a Adrien de nuevo en aquella sala de subastas, todo a su alrededor había sido gris y oscuro, y ahora de pronto parecía que el sol volvía a brillar. Era así de simple.

—De acuerdo —accedió. Una leve sonrisa acudió a sus labios mientras decía esas palabras, y Adrien respondió de igual manera. Su sonrisa era igual a como la recordaba, era como una flecha lanzada a su corazón.

Adrien iba a hablar cuando, de repente, la puerta del almacén se abrió y Will apareció en el umbral con gesto preocupado.

—Julia, ¿estás bien? —Preguntó sin reparar apenas en la presencia de Adrien—. Mi tía está muy furiosa contigo, ¿qué ha pasado?

—Yo... Lo siento Will, creo que todavía no me he recuperado —respondió. No olvidaba la tensa situación en que se habían visto ambos durante su último encuentro en casa de Julia, pero parecía que él había dejado de darle importancia.

—¿Le has explicado a mi tía...?

—Sí —interrumpió Julia, mirando a Adrien de reojo. Fue entonces cuando Will se dio cuenta de su presencia—. Le conté a Catherine la verdad sobre mi ausencia los últimos días.

Will asintió, pero en lugar de marcharse se volvió hacia Adrien, forzó una sonrisa y dijo.

—¿Quién es este?

—Eh...

—Me llamo Adrien Lindström —procedió a tomar la iniciativa el aludido—. Soy un viejo amigo de Julia.

—Ah, qué bien —replicó Will—. Todavía no había tenido la oportunidad de conocer a ningún amigo de Julia. Soy Will Rise, su novio.

Adrien no cambió ni un ápice su expresión, pero algo le dijo a Julia que las palabras de Will no le habían resultado agradables.

—Un placer —mintió Adrien. Aquella sí había sido una sorpresa, no esperaba descubrir que Julia tenía pareja, mucho menos un tipo como aquel. Parecía el típico chupatintas, simple y con poco mundo...

—No me esperes luego, iré a comer con Adrien —intervino entonces ella, dirigiéndose al tal Will como si fuese una disculpa. Eso no gustó a Adrien.

El novio asintió, aunque resultaba evidente que no le hacía mucha gracia que Julia comiese con Adrien. Frunció levemente el ceño, pero no dijo nada.

—Vuelvo al trabajo. Te llamo más tarde.

Durante un instante pareció que Will iba a marcharse sin más, pero entonces cambió de opinión. Se acercó a Julia y la besó en los labios de forma posesiva, tardando en separarse un poco más de la cuenta. Aquello molestó a Julia, él jamás se había comportado así con ella, nunca la había besado de esa manera. Claramente Will estaba marcando su territorio, consciente de alguna manera de que Adrien era su rival.

El primer impulso de Julia fue gritarle pero por alguna razón no lo hizo y Will desapareció tras la puerta del almacén, dejándola de nuevo sola con aquel sueco de ojos indescriptibles, ahora chispeantes y llenos de contradicción mal disimulada.

Quiso explicar a Adrien lo ocurrido, pero tampoco lo hizo. No tenía por qué justificarse, y Adrien lo sabía, por eso suspiró y fingió que el encuentro con Will no había significado nada.

—Te recojo a las doce.

Volver a pasear a su lado se le antojaba difícil de describir. Era esa sensación, mezcla de tensa inquietud y desbordante felicidad, que había pensado que jamás experimentaría de nuevo.

Julia siguió a Adrien hasta un restaurante no demasiado apartado de su lugar de trabajo. Se trataba de un bistró acogedor, diferente a cualquiera de los restaurantes de postín a los que Adrien habría estado acostumbrado en su anterior vida. Aún así se le veía cómodo y desenvuelto cuando el dueño del local, un hombre de mediana edad con un delantal oscuro, le cantó los platos especiales del día. Él se decantó por el cordero asado mientras que Julia optó por la ensalada capresse.

Por algún motivo la charla se resistía a fluir, y Adrien estaba empezando a ponerse nervioso. Tenía poco tiempo, solo una oportunidad para hacer girar las tornas, más ahora que sabía que Julia estaba intentando rehacer su vida con otro hombre. Y fue entonces cuando ese pensamiento lo asaltó... Sí, Julia estaba retomando su vida. Entonces, ¿quién era él para impedirselo? Parecía que el problema era solamente suyo, solo él se resistía a avanzar, únicamente él se había quedado atascado en un punto en el que estaba completamente solo.

Y sin embargo ahí estaba ella. Sentada frente a él en una mesa de un bistró después de seis meses separados.

—Entonces, ¿te gusta tu trabajo? —Preguntó Adrien con la firme intención de romper el silencio.

—No —respondió Julia mirándole fijamente—. En realidad lo detesto. Soy una simple oficinista y mi contacto con el arte es limitado. No aprendo nada nuevo, no es como en la galería...

—Vaya, lo siento —respondió Adrien con franqueza.

—Y a ti, ¿te gusta el tuyo?

—Lo cierto es que sí —contestó—. Todo es mucho más sencillo así, y soy más feliz trabajando para otros.

Los ojos dorados de Julia se entornaron.

—Jamás creí que perder casi todo pudiera hacer feliz a alguien.

—Bueno, eso depende de lo que se pierde y lo que queda.

Adrien deseaba decirle que con gusto cambiaría todo lo que le quedaba por recuperarla a ella, pero era consciente de lo violenta que resultaría una declaración de esa magnitud. Por suerte, Julia cambió de tema.

—Hace unos días Hansen dejó una nota en mi buzón —reveló Julia con voz tensa. Aunque sabía que ya estaba a salvo, el simple recuerdo de aquel momento todavía le encogía el estómago—. Me asusté muchísimo.

—Ya está preso, Julia —replicó Adrien rápidamente—. No puede hacerte más daño. Y me encargaré de que esté a la sombra muchos años.

—Lo sé.

Adrien tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no ceder al deseo de acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos, de besarla y asegurarle que todo había pasado, que ya no había peligro. Se concentró, apartando la vista de la preciosa pelirroja y clavándola en su plato.

—¿Qué tal la vida en París? —Quiso saber Julia—. Estuve una vez, es precioso.

—Lo es.

—No sabía que también hablaras francés.

—Sí, lo hablo. Ya sabes la estricta educación que recibí.

La conversación empezaba poco a poco a parecerse a las charlas que solían tener antes, y eso a Julia le gustaba. Quizá con un poco de suerte podría recuperar al menos una de las cosas que más añoraba de Adrien.

Sin embargo él no parecía contento. Tenía la vista fija en su plato y no sonreía como lo había hecho en el almacén, al reencontrarse.

—Me alegra volver a verte —declaró Julia, en un intento por hacer que las cosas dejaran de ser tan raras entre ellos. Ojalá pudiesen ser amigos.

Los ojos aguamarina de Adrien se alzaron por fin para mirarla, y lo que le hicieron sentir fue tan intenso... Algo que, definitivamente, estaba muy alejado de lo que sentiría por un amigo.

—¿Amas a ese tipo? —Preguntó de pronto Adrien, dejándola atónita. El corazón le dio un vuelco, ¿a qué venía aquello?

—¿Por qué me preguntas eso? —Replicó, confusa.

—Responde.

Quería decir que sí, que amaba a Will y que era feliz con él. Tal vez así podrían retomar la conversación de antes, amistosa y desprovista de intensidad.

—No, no lo amo todavía, prácticamente acabamos de conocernos —dijo—. Pero eso no es asunto tuyo.

—Nosotros prácticamente acabábamos de conocernos y yo ya sabía que te amaba, Julia.

—No sigas por ahí —advirtió Julia, con los nervios a flor de piel—. Me marcharé, lo juro.

Había sido una ilusa. Ellos no podían ser amigos, estaba claro.

—Marcharte, es lo que haces cuando las cosas se ponen serias.

Aquello era demasiado... Julia dejó de sentirse incómoda para dejar paso a la furia. Quería gritar, pero estaban en un local público.

—No te atrevas a recriminarme que me fuese —replicó ella en un susurro furibundo—. No después de lo que pasé.

—Entiendo que te fueras, pero han pasado seis meses, y no has llamado ni una sola vez. Y ahora descubro que tienes novio —contestó Adrien—. Me culpas pero yo no puedo controlarlo todo, ojalá nada de aquello hubiese pasado y ahora que él está en la cárcel sé que no volverá a pasar... Pero tú no me perdonas. ¿Por qué?

—No puedo...

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué has aceptado comer conmigo?

—Yo...

Demasiadas preguntas.

—¿Por qué sales con ese tipo si no lo amas? —Insistió Adrien—. ¿Por qué he tenido que aparecer en tu vida sin ser invitado para pedirte respuestas?

—¡Basta! —Estalló Julia, alzando la voz más de la cuenta.

Tanto los comensales que compartían comedor con ellos como el dueño del establecimiento se volvieron a mirarles. Julia se tomó un minuto para calmarse antes de responder.

—No te quiero, Adrien —dijo entonces ella con voz firme—. No te llamé, no te perdono y salgo con Will porque no te quiero. ¿Es eso lo que quieres oír?

Adrien se quedó entonces inmóvil, mirándola, sopesando sus palabras. Le temblaba ligeramente el labio inferior.

—Lo sería si fuese la verdad —dijo finalmente.

Los ojos dorados de Julia lanzaron chispas de ira.

—Maldito cabrón engreído —masculló y acto seguido se levantó de la mesa con su ensalada a medio comer y salió del local airadamente.

No regresó.

Adrien terminó de comer sumido en una calma desapacible e irritante. Se odiaba a sí mismo por no haber sabido llevar la situación, por no haber sido más sensato. Lo había estropeado todo y ahora estaba más cerca que nunca de perderla para siempre. ¿Qué podía hacer? Rendirse... ¿Es que aquella era una opción?

La conexión entre él y Julia seguía ahí, era tan evidente como la brisa o las gotas finas de lluvia que caían sobre su cara cuando salió del bistró.

Caminó calle abajo mientras la lluvia comenzaba a arreciar, cuando empezó a resultar molesta Adrien decidió entrar en un pub, el primero que encontró. Se sentó en la barra y pidió un whiskey que el camarero le sirvió diligentemente, aunque algo confuso dada la hora. Temprano para una bebida tan fuerte.

Bebió aquel licor que le recordaba al color de los ojos de Julia y sintió que le abrasaba la garganta. Pidió otro y así pasó varias horas, mirando una televisión que retransmitía un partido de fútbol como si le interesara realmente ese deporte.

—Hola guapo —escuchó entonces que decía alguien a su lado. Apartó la vista del televisor para encontrar a una mujer morena muy maquillada que le sonreía desde el taburete contiguo—. ¿Estás solo?

Adrien sonrió.

—Eso parece.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Adivinó ella.

Adrien negó con la cabeza y sonrió de nuevo.

—¿De dónde eres? —Quiso saber la mujer. Era atractiva, más que guapa, y se giró en el taburete al tiempo que el camarero le servía una cerveza, poniendo sumo cuidado en inclinarse lo justo para mostrar a Adrien su generoso escote.

—De la tierra de los volcanes —respondió marcando deliberadamente su acento—. Islandia.

Era algo que Adrien solía hacer, hacía tiempo: Ir a un bar, beber y conocer a alguna mujer. Inventarse una vida asombrosa, totalmente diferente a su vida real. Seducirlas, a veces incluso terminar en la cama con ellas, y mentir, y mentir... Por su vida habían pasado varias mujeres gracias a esa táctica, más de las que ahora querría reconocer, y sabía que aunque estaba algo oxidado siempre podía recurrir de nuevo a esa habilidad.

La morena hizo un gesto de admiración y pestañeó con coquetería.

—¡Madre mía, qué interesante! —Exclamó—. ¿Cómo te llamas?

—Gunnar —Era el nombre del personaje de un cuento que solía leer cuando era niño. A Hansen le gustaba.

—Yo soy Jessica.

—Encantado Jessica.

—¿Qué haces en Londres, Gunnar?

—Yo eh...

De pronto no pudo seguir. La verdad era que no quería volver a esas viejas costumbres. No quería ir a un bar, beber y seducir a una mujer que no significaría nada para él y que terminaría haciéndole sentir aún peor de lo que se sentía en ese momento. Lo que quería era a Julia, pero no podía tenerla. Tenía mucho en qué pensar...

—Perdona —dijo a la morena—. He recordado que tengo algo importante que hacer.

Apuró de un trago su vaso de whiskey y llamó al camarero.

—Cóbrate —dijo dejando un billete de cincuenta sobre la barra—. Y también todo lo que tome ella. Gracias.

Después se marchó.

Julia aguardaba en su apartamento a la llegada de Will. Habían quedado en verse esa tarde para ir juntos a cenar. Dado el fracaso de las dos últimas citas que habían tenido, era justo que Julia se esforzase en que esa vez todo saliera bien, a pesar de que no le apetecía en absoluto.

Se miró en el espejo de la entrada para adecentar una vez más su pelo, más por ocupar en algo el tiempo que porque realmente lo necesitara.

De nuevo pensó en Adrien. No había dejado de hacerlo desde que se marchara de aquel bistró a mediodía.

Todavía no podía creer que hubiese vuelto, era inaudito. Julia no podía dejar de recordar que en ese momento, mientras ella esperaba a un hombre con quien en realidad no quería salir, Adrien Lindström se encontraba en esa misma ciudad, en alguna parte no muy lejos de ella. Tuvo que admitir que, a pesar de su enfado lo que de verdad deseaba hacer era correr a su lado. Y sentía rabia, contra sí misma, contra él, contra todo lo que Adrien significaba y hacia las sensaciones que despertaba en ella y que no podía controlar. Era cierto, desde que Adrien Lindström entró a formar parte de su vida

Julia había sido incapaz de controlar nada, y aunque había intentado retomar el rumbo y alejarse de él, ya nada volvería a ser como antes.

Chasqueó la lengua, molesta, irritada... ¡Joder! ¿Por qué tenía que ser así?

Ese inoportuno momento fue el escogido por Will para llamar a su puerta, y Julia estuvo tentada de no abrir. Se obligó a hacerlo, a sonreír a su novio en la medida de lo posible y permitirle pasar. Will la besó en la mejilla y tras intercambiar los oportunos saludos Julia se dispuso a coger su abrigo y su bolso para salir.

Probablemente la cita hubiera transcurrido sin incidentes de no ser por lo que Will dijo a continuación.

—¿Quién era ese tal Lindström, por cierto?

Algo burbujeó en el estómago de Julia, y no era el hambre.

—Te lo dije, un amigo.

—No sabía que tuvieras ese tipo de amigos —replicó él con una mal disimulada pasivo agresividad.

—¿A qué tipo te refieres? —Quiso saber ella, dejando sus cosas de nuevo en el perchero.

Sospechaba que tardarían un poco más en salir, si es que salían finalmente.

Entonces la discusión tomó un curso diferente, algo que Julia no esperaba. Will sacó de su bolsillo varios recortes de papel y se los mostró.

—Me refiero a “amigos” millonarios.

Julia cogió los papeles que le tendía y vio la fotografía que aquel periodista les tomó a Adrien y a ella en la gala del Savoy. También había una imagen robada de ellos paseando por Hyde Park al inicio de la primavera, antes de que él se marchase a Estocolmo, cuando su relación parecía florecer como la estación. Por último había una fotografía de ella en el aeropuerto de Arlanda, justo el día que se marchó, el día que decidió romper con todo y volver a Londres pidiéndole a Adrien que no le siguiera. Tenía un aspecto horrible en esa foto, estaba pálida y demacrada, con el brazo aún en cabestrillo.

Julia no sabía qué decir.

—¿A eso te dedicas? —Preguntó entonces Will en tono acusador—¿A engatusar a hombres ricos?

—¿Cómo? —Ella no entendía nada.

—Primero lo sedujiste por su fortuna, luego cuando su empresa quebró lo dejaste y te fuiste sin más, ¿no es así?

Julia parpadeó confusa. ¿Era eso lo que parecía? Will continuó.

—¿Pretendías hacer eso conmigo?

—¿Qué? —Replicó Julia, atónita ante el cariz de aquella conversación—. Si tú no tienes dinero.

—Soy el único heredero de mi tía, ya lo sabías —respondió con una mueca, como si Julia estuviera desesperada por mentir y él la tuviese entre la espada y la pared.

—No, no lo sabía...

Era cierto pero Julia ni siquiera se esforzó en decirlo en un tono de voz audible. En su cabeza solo había sitio para una cosa, y era para las palabras que aquellos paparazzis habían escrito sobre ella en los recortes de prensa. «Cazafortunas», «oportunista» e incluso «fulana». Esa era la imagen que se tenía sobre ella tras abandonar a Adrien, la opinión pública creía que se debía a la pérdida de su empresa y no a lo acontecido con Hansen.

Por un momento pensó en explicárselo a Will pero al minuto siguiente desistió. ¿Para qué? A ella no le importaba lo más mínimo lo que Will Rise o su tía pensasen sobre ella. No le importaba absolutamente nada de lo que creía que tenía en su vida. Nada.

—¿Vas a quedarte callada? —Volvió a hablar Will, convencido de haberse librado de una buena al

descubrir la supuesta doble cara de su novia.

—Vete —respondió Julia, ya ni siquiera estaba enfadada—. Hemos terminado. Y dile a tu tía que el lunes pasaré a recoger mis cosas y a dejar mi carta de dimisión.

Capítulo 6

Julia daba vueltas y más vueltas entre sus dedos al sobre lacado, la invitación a la cena de Navidad de la Real Academia de Artes. La había recibido unas semanas atrás y había confirmado su asistencia con acompañante, con Will por supuesto. Aunque ahora tendría que ir sola.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo? —Preguntó a su hermana Stella que había llegado desde Estados Unidos la mañana del día anterior, sábado.

—Por supuesto que no —respondió Stella—. Sabes que no encajo en esos ambientes pijos. Además, yo he venido a descansar.

Adoraba a su hermana, pero en ese momento le hubiera gustado estrangularla por ser tan poco colaborativa. En su lugar suspiró y se sentó a su lado en el sofá para degustar la pizza que habían pedido y ver la televisión, como hacían siempre. Su ritual fraternal.

Al día siguiente, ya a punto para la hora estipulada, Julia se encontraba vestida y completamente arreglada para acudir al evento. Se celebraría en una de las salas del Ritz en Picadilly. Tenía entendido que asistirían unas doscientas personas, algo que en las altas esferas se definía como una velada íntima a pesar de que a Julia le parecía todo lo contrario.

Se preguntó si asistiría Catherine Rise y se le hizo un nudo en la garganta solo de pensar en tener que enfrentarse a ella. Supuso, no obstante, que la vieja bruja no iría ya que era bastante poco dada a participar en actividades sociales que no tuvieran que ver con su propio negocio. Una mujer huraña y avara, eso era su próximamente ex jefa.

Se montó en un taxi que poco después le dejó frente al elegante aunque discreto edificio del Ritz, y entró a la par que una pareja de ancianos.

—¡Señor Russell! —Se alegró Julia de encontrarse con su antiguo profesor.

—Oh, señorita Moreland qué placer verla de nuevo —la saludó el hombre con ese eterno bigote—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias.

—Me entristeció mucho saber que dejó de trabajar en esa galería.

—Fueron diferencias de opinión con el dueño —explicó Julia—. No se preocupe por mí.

—Norbert, ya podemos pasar —intervino entonces la mujer del viejo profesor.

—Me alegra que esté bien —se despidió el hombre—. Son malos tiempos para el arte, pero no desespere señorita Moreland, usted tiene talento y sobrevivirá.

—Gracias, señor Russell.

Si él supiera...

Julia, cabizbaja, entró en el salón y buscó su asiento. Las mesas eran más pequeñas que en la gala del Savoy en primavera, pero también redondas con manteles de lino y flores decorativas. Esta vez rosas blancas.

Julia tomó asiento y esperó a que el salón se fuese llenando. Un cuarto de hora después, mientras a su alrededor la gente se saludaba efusivamente y se deseaba felices fiestas, ella decidió que había llegado el momento de pedir su primera copa de vino. Llamó a un camarero y, al levantar la vista, sus ojos se toparon con él. ¡Adrien! Había sido invitado a la cena, obviamente, pues solía donar grandes sumas a la institución desde hacía tiempo, pero ella suponía que a estas alturas ya estaría de vuelta en París. ¿Cómo es que todavía andaba por ahí?

Entonces el rubio, tras saludar a un hombre desconocido para Julia, se dirigió a su mesa, ¡La misma

en la que ella estaba sentada! No podía ser...

Los ojos aguamarina de Adrien se abrieron de par en par al encontrarla ahí, sentada justo frente al lugar que él mismo ocuparía en aquella pequeña mesa redonda.

—Julia —la saludó una vez superó el momento de sorpresa—. Es un placer verte... Otra vez.

—Igualmente —respondió ella pretendiendo fría cortesía, aunque sus palabras no encerraban sino la más pura verdad.

De pronto una tercera persona se acercó a ellos, como aparecida de la nada, y se sentó junto a Adrien. Era una morena alta, muy guapa, que llevaba un vestido de un tono amarillo pálido, muy favorecedor para su tono de piel tostado.

—Julia, te presento a mi acompañante, Coraline —dijo Adrien, visiblemente incómodo—. Trabaja conmigo en París.

—Ah...

La morena la saludó con un fuerte acento francés. No parecía tener idea de quién era Julia ni de qué tipo de relación la había unido a su acompañante.

Julia la odió al instante.

En ese momento la tal Coraline reparó en el asiento vacío justo al lado de Julia y preguntó. Julia la odió más.

—¿Has venido sola?

—Sí, verás...—replicó ácidamente la pelirroja—. Iba a venir con mi novio pero ha habido un cambio de planes.

—¿Has roto con él? —Intervino Adrien, tan sorprendido como satisfecho, Julia podía verlo en su mirada clara.

—No es asunto tuyo.

—Eso ha sido muy grosero, Adrien —le recriminó Coraline al sueco con un tono más cercano al dulce susurro que al enfado.

El ambiente permaneció tenso durante el tiempo en que los invitados terminaron de acceder a la sala y, cuando por fin dio comienzo la cena, tras un breve discurso del director del centro organizador, Julia se esforzó por concentrarse en su plato y en las insustanciales conversaciones de las personas que tenía a su alrededor.

Además de Adrien y Coraline, a su mesa se habían sentado varias personalidades del mundo del arte y la educación. Una de las profesoras de la institución hablaba acerca de la forma correcta de fomentar la creatividad en el alumnado mientras que la pareja de editores de una de las revistas de más renombre en el ámbito le rebatía con sus propias opiniones. Julia escuchaba sin tomar partido, ya que ninguna de las dos opciones casaba con su propio pensamiento pero, ¿qué sabía ella? Solo era, hasta la fecha, una simple administrativa en una casa de subastas; con cierto conocimiento de arte, sí, pero sin duda una doña nadie.

—Mi postura es que la sociedad en general no hace sino matar la creatividad natural de las personas. Su libertad —oyó decir de pronto a Adrien—. Las normas, el qué dirán, las malditas apariencias... Nadie hace en este mundo lo que realmente quiere hacer.

A Julia le sorprendió que dijera aquello, precisamente él que hasta ese momento había vivido siempre bajo la atenta mirada de la prensa internacional. Todos en la mesa asintieron ante su afirmación en mayor o menor medida. La profesora y los editores emprendieron una charla privada, profundizando en el tema mientras Julia se perdía en sus pensamientos.

Nunca se había visto a sí misma como una persona que se deja llevar por las apariencias, pero sí sentía constantemente que algo, no sabía qué, coartaba su libertad, su expresividad, su creatividad...

En su trabajo, durante su vida académica, en su entorno y en sus relaciones. ¿Es que alguna vez hacía lo que quería hacer?

Amaba el arte, pero se limitaba a hablar de historia o de las obras de otros. Pintaba, pero mantenía sus cuadros ocultos en su diminuto apartamento. Deseaba viajar, como su hermana, pero siempre estaba muy ocupada para eso. ¿Lo estaba de verdad o solamente era eso lo que quería creer?

Y se enamoraba, pero en lugar de estar con la persona a quien realmente quería, salía con hombres por los que no sentía absolutamente nada. ¿Por qué? Ni siquiera ella se entendía a sí misma.

—¿Tú qué opinas Julia? —Preguntó de repente Coraline, sacándola de su ensimismamiento.

Julia volvió de golpe a la realidad y levantó la vista de su plato para toparse con una mirada aguamarina que le encogió el corazón.

—Yo, eh... —balbuceó, incómoda—. Bueno, cuando vivimos en sociedad hay que seguir algunas normas, es lo lógico ¿no?

—¿Quién lo dice? —Replicó Adrien.

—Pues nadie, siempre ha sido así.

El azul imposible de sus ojos brilló.

—Que así haya sido hasta ahora no significa que así deba ser. Todo cambia, todos cambiamos.

Y todo parecía tener doble sentido en sus palabras, o al menos eso pensaba Julia, y no sabía si estaba viendo espejismos o realmente Adrien lo decía con intención de abrumarla. En cualquier caso, eso era lo que estaba consiguiendo.

—Disculpeme, voy al servicio —dijo, acto seguido se levantó y huyó de la mesa.

Adrien la miró marcharse con una mezcla de emociones en su interior. Lo había intentado, había fracasado y había tomado la difícil decisión de pasar página. Incluso había invitado a Coraline a ser su acompañante en aquella estúpida fiesta de Navidad. Aquella iba a ser su casilla de salida. Quería reinventarse como hombre nuevo que era, y aunque perder a Julia definitivamente le dolía como nunca antes nada le había dolido, no podía obligarla a amarle, o más bien, a admitirlo.

Julia era una mujer increíble, bella, inteligente, talentosa... Bullía en su interior un espíritu impetuoso que apenas dejaba salir. Adrien era una de las pocas personas que había sido testigo de su faceta apasionada e impulsiva, y aquello era lo que más le gustaban de ella. Sin embargo Julia se empeñaba en negar la evidencia. Negaba amarle, negaba desear más de la vida, negaba sus sueños, sus ansias de libertad... Y Adrien ya no sabía qué más hacer salvo darse por vencido.

No esperaba encontrarse con ella en la fiesta, y ahora volvía a sentirse perdido. ¿Acaso aquello era algún tipo de señal del destino? De nuevo veía a la preciosa pelirroja titubear bajo su mirada, sonrojarse, perder la compostura. Se notaba a la legua que Coraline no le había caído en gracia y que se sentía incómoda con su presencia. Para colmo la conversación acerca de la libertad...

Mientras la veía escapar en dirección al lavabo de señoras con su melena color fuego y su vestido negro ajustado ondeando tras sus pies se prometió a sí mismo que aquel sería su último intento. Si esa noche fracasaba, regresaría a París y se olvidaría de ella para siempre.

Ya en el lavabo Julia se escondió dentro de uno de los cubículos y se sentó sobre la taza de porcelana. Solo quedaba el postre y la cena habría concluido oficialmente, se iría entonces y dejaría atrás esa mirada azulada, acusadora, incitante, que no la dejaba pensar con claridad. Por no hablar de la atractiva morena que no paraba de preguntarle cosas impertinentes. ¿Qué demonios buscaba esa mujer? Tenía a Adrien y Julia no pensaba interponerse, lo estaba dejando claro con su actitud. ¿Qué más quería?

Suspiró y se tomó unos minutos antes de salir del excusado. Finalmente salió y se acercó al enorme espejo con marco dorado que cubría toda la pared de los lavabos. El maquillaje seguía perfecto y en

su sitio, su pelo aceptable y su vestido impecable. Lo único destrozado era su ánimo, pues. Justo en ese momento la puerta se abrió y Coraline hizo su aparición. ¡Qué fastidio! Julia decidió que fingiría retocarse el maquillaje durante unos segundos más y escaparía antes de verse obligada a conversar con ella. Por desgracia la morena habló enseguida, y su tono no fue tan amable como en la mesa.

—Sé quién eres, ¿sabes?

—Vaya, pues ya juegas con ventaja porque yo no tengo ni idea de quién eres tú —replicó Julia, sabía que eso podía dolerle, y acertó. Los oscuros ojos de Coraline brillaron.

—Oye, Adrien es un buen hombre —contraatacó ella—. Si no le quieres, déjale ir. Hay muchas mujeres que le harían feliz, y no tendría que estar aguantando a una arpía inglesa que solo le hace daño.

Julia se quedó estupefacta. ¿De qué demonios estaba hablando?

—No sé qué te ha contado Adrien, pero eso no es...

—No ha hecho falta que me cuente nada, puedo verlo, no soy tonta.

Quiso discutir esa afirmación, pero Julia decidió callarse, de modo que Coraline continuó.

—Eres la típica mujer que no sabe lo que quiere, o que lo quiere todo pero al mismo tiempo no quiere nada —dijo con ese acento exasperante—. Eres egoísta e infantil, sólo piensas en ti misma. ¿Te has preguntado acaso cómo está Adrien? Seguro que no... No te importa él en realidad, solo te importas tú, y pronto él se dará cuenta de que no mereces la pena.

Quizá Coraline no tuviese ni idea de lo que había pasado realmente entre ellos, pero en ese momento Julia se dio cuenta de que no hacía ninguna falta que conociera toda la historia. Lo cierto era que los motivos no importaban, lo que cualquiera podía ver al mirarlos, a Adrien y a ella esa noche, era lo que Coraline describía, sin duda.

Para su sorpresa, ser consciente de lo certeras que eran las palabras de esa insoportable morena le enfureció.

—Claro y ahí vas a estar tú cuando él se dé cuenta, ¿cierto? —Replicó Julia ácidamente—. Yo seré egoísta, pero tú eres patética.

Sus palabras fueron la puñalada definitiva que enmudeció a Coraline. Julia, triunfante, se dio entonces la vuelta, dispuesta a salir de ahí, cuando la morena volvió a hablar.

—Si de verdad le quieres haz algo, y hazlo ya —murmuró—. Porque si esta noche se marcha conmigo, te juro que lucharé con uñas y dientes para conservarlo y alejarle de ti.

Y lo vio, por fin Julia vio la verdad. La golpeó como si le hubieran lanzado una pelota de tenis a la frente.

Coraline estaba enamorada de Adrien, enamorada de verdad. Estaba convencida de poder hacerle feliz y al mismo tiempo sabía que Julia no era capaz de conseguirlo. Y sin embargo la animaba a actuar en ese momento, le daba una ventaja que claramente no merecía. ¿Por qué? Porque sabía que Adrien seguía amándola a ella, a Julia.

El verdadero amor es el que pone por delante a la persona amada, por encima de la propia felicidad.

Julia nunca había entendido ese concepto, si alguna vez había hecho algo por alguno de sus novios había sido por compromiso, por orgullo o por cualquier tipo de interés personal, no por amor.

¿Y si Coraline tenía razón en todo?

Regresó pensativa a la mesa solo para comprobar que el postre había sido servido y que el baile había dado comienzo. Su estómago se había cerrado y no quiso probar bocado del delicado tiramisú que aguardaba en su plato.

Sintió de pronto un movimiento a su espalda y oyó la voz de Adrien dirigiéndose a ella.

—¿Quieres bailar?

Quería negarse, no era buena idea y ambos lo sabían, sin embargo al levantar la mirada hacia su rostro, tan familiar, tan apuesto... No pudo evitarlo. Cogió su mano y ambos salieron a la pista.

Igual que aquella vez en el hotel Savoy, tomaron la postura típica del baile en pareja, aunque quizá algo más estrecha de lo habitual. Sonaba una lenta balada comercial con una letra romántica que no contribuía a hacer menos tensa la situación. A pesar de eso Julia no podía decir que estuviera incómoda en realidad, jamás podría estarlo rodeada por los brazos de Adrien, aspirando el olor de su cara colonia en combinación con esa esencia suya tan personal, perdiéndose en los océanos de sus ojos... Ninguno hablaba, no porque no tuvieran nada que decirse, sino porque sabían que en el momento en que comenzaran a tomar partido las palabras, todos esos sentimientos acabarían eclipsados.

Por desgracia no podían permanecer así, balanceándose en silencio para siempre.

—Pensé que te habías marchado —comentó Julia en voz muy baja.

—Lo haré, en un par de días —respondió él en un tono similar. A Julia le dio una dolorosa punzada el corazón—. Aunque sabes que tú podrías hacer que cambiara mi opinión, solo tienes que decirlo.

—¿Decir qué?

—Que me quieres, Julia.

Quizá en otras circunstancias más parecidas a la comida en aquel bistró unos días atrás, Julia habría reaccionado con esa ira contaminada de duda y miedo tras la que solía escudarse, pero esa vez estaba demasiado cerca de él, demasiado abrumada por el poder que ejercía su mirada.

En lugar de resistirse, por fin Julia se rindió.

—¿No te das cuenta? —Murmuró con los ojos húmedos—. Desde que nos conocemos no hemos hecho otra cosa más que herirnos mutuamente, no servimos para estar juntos.

Adrien frunció el ceño, no quería escuchar una afirmación como esa, no de sus labios ni con semejante convicción.

—¿Qué tonterías dices?

En ese momento Julia desvió la vista tratando de contener las lágrimas, y por encima de su hombro se cruzó con la figura de Coraline de pie junto al pasillo que daba a los lavabos. Los miraba con una expresión triste, derrotada.

Eso no estaba bien.

Julia detuvo repentinamente su danza y se separó de Adrien despacio.

—No puedo más —confesó—. Tengo que irme.

Se dio la vuelta y salió corriendo de la sala. Adrien la vio marcharse, impotente, sin saber cómo debía reaccionar. No se sacaba de la cabeza las palabras que le había dicho solo un segundo antes: «No servimos para estar juntos». ¿Cómo podía decir eso? ¿Acaso ella no había sentido esa conexión arrolladora, no había admitido que existía no mucho tiempo atrás?

No, Adrien no se había inventado nada, no era producto de su imaginación. Cedió entonces al impulso y corrió tras ella. Salió del salón en el que se había servido la cena y recorrió un largo pasillo enmoquetado hasta alcanzarla, justo cuando iba a doblar la esquina, en dirección a la recepción donde recogería su abrigo y se marcharía. No podía permitirlo.

Más bruscamente de lo que había pretendido, la agarró del brazo y la aprisionó contra la pared empapelada del pasillo, justo entre una columna decorativa y un gran macetero con una planta de amplias hojas verdes.

—¡Adrien! ¿Qué...?

No le dio tiempo a terminar de formular la pregunta. Adrien sujetó su cara entre sus manos y se

inclinó para besarla. Sus labios se unieron como potentes imanes, como si ambos hubieran estado anhelando ese beso con desesperación. Y así había sido.

Presa de un hechizo incomprensible, Julia soltó de golpe el aire de sus pulmones y sintió evaporarse todo rastro del conflicto que la había llevado al límite.

Al sentir que Adrien la cogía, había levantado una mano con la que pretendía golpear a su atacante, pero aquella intención se vio radicalmente transformada en un agarre desesperado. Julia se puso de puntillas y rodeó sus hombros, moldeando su cuerpo con la forma del de él, abriendo su boca para recibir aquel delicioso beso, para hacerlo más íntimo, más profundo. Emitió un leve jadeo cuando Adrien deslizó sus manos desde su cara hasta sus caderas, rozando delicadamente sus pechos mientras devoraba la boca femenina de un modo cada vez más violento.

Julia notó el tan añorado calor implacable que nacía en su vientre, como un fuego que estallaba en su interior, y supo que pasara lo que pasase, se dejaría llevar por Adrien a cualquier parte con tal de consumir aquello que había empezado en un pasillo del Ritz.

—No vuelvas a decir eso —masculló Adrien contra su boca de un modo agresivo que la enardeció todavía más si cabía—. Nunca digas que no estamos hechos para estar juntos, no cuando somos capaces de provocarnos esto.

Y presionó su cuerpo alto contra el de ella, que notó sin lugar a dudas la dureza de su excitación a la altura de su abdomen. Miles de brasas se avivaron dentro de Julia e, inconscientemente, se mordió el labio inferior.

—Pelirroja, dejémonos de juegos, no quiero más peleas —dijo entonces él cambiando a un tono suplicante—. Yo solo quiero estar contigo.

Acarició su mejilla con ternura y volvió a besarla. Esta vez sin brusquedad, despacio, suave...

—¿Qué pasa con tu acompañante? —Preguntó entonces Julia.

Adrien suspiró, pegó su frente a la de ella y meditó su respuesta unos instantes. No quería alejarse ni un milímetro de Julia, pero había acudido a esa cena con Coraline y no podía marcharse sin decir nada, al fin y al cabo, era su compañera de trabajo... Y su amiga, al menos solo eso por su parte.

—Tengo que volver —dijo, cauteloso—. ¿Me vas a esperar?

Los dorados ojos de Julia se clavaron en él, pozos de oro llenos de dudas.

—No lo sé.

Lentamente Adrien se separó de ella, resultaba duro no saber con certeza si al regresar la encontraría ahí, aguardándole, pero supo que debía hacerlo. Debía dar a Julia la oportunidad de serenarse y decidir, una vez libre de su cercanía, si quería seguir por el camino que habían iniciado, o prefería zanjar su relación de una vez por todas.

Todo dependía ahora de ella.

Julia vio la alta y elegante figura de Adrien retornando a la sala donde discurría el baile tras la cena. Caminaba con serenidad a pesar de que ella más que nadie sabía lo que en esos momentos había en juego.

Aún apoyada contra la pared del pasillo, parcialmente oculta tras aquella frondosa planta, Julia se planteó marcharse.

Sería un mensaje claro y directo para Adrien, un adiós definitivo.

Pero entonces se planteó una nueva opción. Ahora la situación de Adrien era algo diferente a cuando se conocieron. Ella odiaba su trabajo en la casa de subastas y estaba a punto de dimitir, había intentado tener una relación que había fracasado estrepitosamente y ya no sentía que hubiera nada en Londres que le retuviese. Por otra parte, Adrien ya no era un personaje famoso, aunque pudiera aún suscitar el interés de la prensa, ya no poseía una empresa de millones de dólares. Su hermano loco

estaba en la cárcel por fin y su mujer trastornada en Suecia, lejos de ellos. ¿Y si...?

Sacudió la cabeza. Todo eso era importante sí, valorar todos los pros y los contras de una relación, pero si algo había aprendido con Will era que en realidad nada de eso importaba si la decisión la tomaba el cerebro y no el corazón.

Resultaba difícil para Julia apartar la fría lógica y ceder a las emociones. Ella era una mujer práctica ante todo, una inglesa estricta, cerebral... Pero la verdad era que en ese instante, en aquel pasillo del Ritz, su cuerpo temblaba de excitación, sus labios palpitaban todavía a causa de aquel beso, tan feroz como ansiado, y la humedad entre sus piernas se había hecho evidente. Había entre ella y Adrien Lindström una indudable conexión sexual, pero también algo más.

Por primera vez en más de medio año sentía que, por encima de la confusión, de la angustia y el miedo, predominaba una sensación que se parecía a la felicidad. Podía llamarla euforia, alegría, placer... Aunque nada de eso respondía exactamente a lo que Julia experimentaba, pues no había palabras que lo describieran.

Esbozó una sonrisa involuntaria, casi rió de pura alegría, y así fue como Adrien la encontró a su vuelta. Con las mejillas arreboladas y una amplia sonrisa en los labios enrojecidos, Julia le esperaba justo en el punto en que la había dejado unos minutos atrás.

Y Adrien le devolvió la sonrisa.

Capítulo 7

Adrien despertó con los primeros rayos de luz tras haber dormido mejor que en mucho tiempo. Se sentía extrañamente ligero, inmensamente feliz para variar. Jamás creyó que volvería a sentirse así. Se incorporó y miró a su lado a la hermosa pelirroja que aún dormía. Tuvo la tentación de besarla pero se reprimió para no despertarla. ¡Estaba tan guapa!

Se quedó un minuto mirándola hasta que rebasó los límites del decoro. Después se levantó y fue directo a la ducha. Bajo el agradable chorro de agua caliente recordó la noche anterior.

Con el corazón en un puño había pedido a Coraline que no le odiase, intentó hacerle entender que no había pretendido que la noche transcurriese de aquella manera, pero no podía estropear la última oportunidad de recuperar a Julia.

Coraline le sonrió, a pesar de que Adrien sabía cuáles eran sus sentimientos hacia él, y asintió con una sonrisa triste en los labios. Lo sentía de verdad, había sido mala idea invitarla a ella a la cena, pero el error ya había sido cometido y lo único que podía hacer era tratar de enmendarlo en un futuro. Coraline era una buena mujer.

Retomó sus recuerdos entonces justo en el momento en que regresó al pasillo, con el pulso disparado, sin saber si Julia le habría esperado.

Y ahí estaba, preciosa y sonriente.

No hicieron falta palabras. Adrien le tendió la mano y ella lo siguió a un taxi que los trasladó hasta su mansión en Londres.

—¿Todavía la conservas? —Preguntó ella—. ¿No es muy caro?

—Estoy planeando una reforma para convertirla en dos viviendas, yo me quedaría la pequeña y vendería la otra.

A ella le pareció una genial idea, y de eso continuaron hablando mientras accedían al adosado, casi como si hubieran regresado a aquel breve tiempo en que habían sido casi como una pareja normal, justo antes de que todo se torciese.

Y aquel pensamiento pareció calar en ambos, pues al cruzar el umbral de la puerta Adrien ya no supo cómo actuar. ¿Estaría bien retomar lo que habían dejado a medias en el Ritz? ¿Sería mejor tomarse las cosas con calma? Julia parecía igual de perdida que él...

—¿Quieres un té? —Propuso él, aunque lo que realmente le apetecía era una buena copa de whiskey.

—¿Tienes algo más fuerte? —Respondió ella, leyéndole el pensamiento.

Automáticamente Adrien rió y ella le siguió. Sirvió dos vasos de su mejor bebida y brindó con ella.

—Por las segundas oportunidades.

Julia sonrió, bebiendo su vaso con sorprendente rapidez.

—Necesito saber una cosa...—Dijo entonces ella, y no se perdió en rodeos—. ¿Has tenido algo con ella?

Se refería a Coraline, por supuesto, y Adrien se preguntó por qué “necesitaba” saber eso, sin embargo no quiso discutir de modo que respondió.

—Nos besamos una vez. Solo eso.

—¿Y Nina? —Añadió Julia.

—No he vuelto a verla desde aquel día, está fuera de mi vida para siempre.

Algo brilló en los ojos de Julia, pero no eran celos, era otra cosa. Adrien temió que le preguntase por su pasado de nuevo, porque si lo hacía, esta vez se vería obligado a contarle la verdad.

—¿En qué piensas? —Quiso saber, ansioso.

—En que es posible que sea una mala persona por quererte solo para mí —respondió ella—. Aunque no sé si seremos felices juntos o si yo sabré hacerte feliz... Lo único que sé es que no puedo soportar pensar que puedas estar con otra.

Aquellas palabras significaron para Adrien mucho más de lo que ella podía imaginar. Él se había sentido terriblemente mal al conocer la existencia de ese novio suyo, Will. Saber que no era el único que tenía ese tipo de preocupaciones le aliviaba. Significaba que Julia sentía por él algo parecido a lo que él sentía por ella.

—Te lo he dicho ya, pero espero que esta vez me creas —dijo Adrien—. Te quiero, soy tuyo ahora y siempre.

A Julia se le encogió el corazón.

—Te he creído todas las veces, Adrien —replicó ella—. Solo que yo no comprendía mis propios sentimientos.

Incapaz de aguantar un segundo más sin estrecharla entre sus brazos, Adrien le quitó la copa de la mano y la atrajo hacia sí con delicadeza, acercándose para besarla de nuevo.

Aunque ya todo estaba dicho y las palabras de amor habían aclarado cualquier incomprensión que pudiera quedar entre ambos, él no quiso apresurarse. La besó calmadamente pero sin interrupciones, ambos sentados en el pequeño tresillo de la sala de estar, hasta que Julia volvió a hablar.

—Tengo que decirte una cosa... Sobre Will.

Adrien se detuvo sin alejarse demasiado. Levantó su mano y la posó sobre la mejilla femenina, cálida y sonrosada.

—No quiero oírlo, Julia —dijo—. Me da igual lo que hayas tenido con él. Ahora eres mía, y esta vez no te dejaré escapar.

Quiso volver a besarla, pero ella interpuso sus dedos entre los labios de ambos.

—No hice nada con él —reveló ella aún así—. No podía, no sentía nada con él. No eras tú.

Adrien no sabía hasta qué punto había enterrado profundo la sensación de desasosiego que le producía pensar en Julia con ese tipo, pero en el momento en que Julia pronunció esa declaración, toda aquella inquietud se desvaneció de golpe y Adrien sintió el alivio más grande de su vida.

No lo admitiría nunca, pues sabía que aunque Julia hubiese tenido relaciones con ese o con otro hombre durante el tiempo que habían estado separados, él no tenía ningún derecho a pedirle explicaciones. Ninguno de los dos lo diría, aunque ambos habían sentido, muy dentro de sí mismos, al terrible monstruo verde de los celos.

Sin mediar una palabra más Adrien atrapó de nuevo su boca y olvidó todo rastro de dulzura. Ya no quería contenerse. Deseaba con todas sus fuerzas desnudar a su preciosa pelirroja y tenerla de nuevo entre sus brazos.

La cogió entonces en volandas y, tras la sorpresa inicial de la chica, se dispuso a llevarla hasta el dormitorio. Julia reía mientras Adrien subía las escaleras con ella en brazos, risa que cesó cuando él la dejó por fin en el suelo, junto a la enorme cama donde habían hecho el amor por primera vez hacía no tanto tiempo, aunque para ellos bien parecía una eternidad.

Adrien desabotonó el corpiño de su elegante vestido negro y comprobó enseguida que bajo la prenda forrada de satén no llevaba nada más. Se deshizo del aparatoso vestido, dejando a Julia solo con unas bonitas bragas de encaje negro.

En ese momento Julia tomó el relevo y volvió a acercarse a él para besarle mientras le quitaba una prenda tras otra. Beso su boca, y la corbata fue arrojada al suelo, besó la áspera y sensual mandíbula, y la camisa cayó a sus pies. Las manos de Julia acariciaron entonces ese torso definido, marcando un

camino que después siguieron sus labios, hasta llegar al botón de los pantalones, que rápidamente fue desabrochado. Adrien quedó así al mismo nivel que ella, marcando el instante en que él volvió a tomar la iniciativa.

Pegó sus cuerpos, ya casi libres de ropa, y enredó sus manos en esa melena rojiza que olía a frutas. La besó con intensidad, con fervor, invadiendo con su lengua exigente cada recoveco, rememorando el sabor enloquecedor de su boca. La acostó de espaldas en la cama y se colocó sobre ella, dispuesto a recuperar cada instante perdido, comenzando por devolver a Julia, uno a uno, los momentos de placer que no habían compartido en esos meses.

Julia sintió las grandes y cálidas manos masculinas cerrarse entorno a sus pechos al tiempo que su boca descendía poco a poco. Cuando Adrien alcanzó la fina tela que aún cubría su sexo, la apartó, abriéndose paso en la humedad de su interior, buscando con su lengua el punto exacto de su anatomía. Pronto desató en ella un torbellino de sensaciones tan intensas que Julia no pudo evitar gemir, extasiada, completamente entregada a un placer que solo Adrien había conseguido provocarle.

En lo que parecieron segundos, Julia alcanzó un orgasmo tan potente que la dejó agotada, temblorosa y con la respiración agitada. ¿Cuánto hacía que no sentía nada ni remotamente similar? Quería experimentarlo de nuevo, no podía esperar, y se irguió buscando a Adrien, atrayéndolo hacia sí de nuevo.

—Hazme el amor, Adrien —pidió ella, casi suplicó.

—Tranquila, cariño —replicó él en un susurró, acariciando su frente—. Déjame disfrutar un poco más.

Un gemido frustrado brotó de la garganta femenina, acallado por otro largo y profundo beso tras el cual Adrien se desnudó por completo y cedió a su ruego, abriéndose paso en su candente carne, totalmente abrumado por las sensaciones que aquello le despertó. No había nada que pudiese compararse a eso, estaba seguro. Nada semejante a la plenitud que provocaba fundirse en uno con la persona amada.

Ambos comenzaron a moverse entonces, en sus mentes nada más aparte de caricias, besos, alientos y jadeos mezclados al ritmo de aquella danza primaria. Hasta que estallaron juntos en un clímax embriagador.

Los minutos pasaron sin que ninguno tomase la decisión de separarse. Finalmente Julia se estremeció, captando por fin el frío ambiental del que no había sido consciente hasta entonces. Adrien se incorporó entonces y la cubrió con las sábanas y la manta, uniéndose a ella inmediatamente después. La abrazó contra su costado y besó su pelo.

—No sé cómo he podido vivir sin esto tanto tiempo —mencionó entonces Julia, lo que despertó sonrisas en ambos.

—Prometo no volver a hacerte pasar por eso.

Risas y besos de nuevo. Parecía que por fin habían llegado a la meta de una carrera larga, dura y llena de dolorosos obstáculos.

—Duerme mi amor —susurró Adrien acurrucándose, aunque estaba tan pletórico que no supo si él conseguiría pegar ojo.

Julia, por su parte, cayó enseguida en un sueño tranquilo y reparador.

De vuelta en el presente, Adrien salió de la ducha con una toalla entorno a su cintura, solo para encontrar en el umbral de la puerta la deliciosa figura desnuda de Julia. Estaba tan hermosa... El pelo rojo enmarañado enmarcaba su preciosa cara de rasgos armoniosos y ojos color oro, descendiendo por su piel fina y blanca Adrien detuvo su mirada en esos pechos perfectos, hechos para despertar en él todo tipo de pensamientos lujuriosos; más abajo la cintura estrecha, las caderas

redondeadas y esas piernas esbeltas que lo volvían loco. Era una diosa, o al menos él así lo creía.

—Buenos días —saludó Julia con una sonrisa.

—¿Has dormido bien? —Preguntó él en respuesta, ella asintió y comenzó a acercarse, seductora.

—Mejor que en mucho tiempo —contestó.

Al llegar a su lado Julia le besó y tiró de la toalla, haciendo que esta resbalase hasta el suelo.

—Necesito una ducha —añadió.

—¿No tienes que ir a trabajar? —Preguntó él consciente de que aquella ducha podía durar algo más de lo habitual.

—Mis tareas para hoy son dejar mi carta de renuncia sobre la mesa de la estirada de mi jefa y recoger mis cosas de la oficina —replicó Julia—. Y eso no requiere horarios.

—Ahá...

En respuesta, Adrien la arrastró consigo de nuevo al interior de la ducha.

Cuando Julia atravesó la puerta de su apartamento en torno a las diez de la mañana, Stella saltó del sofá como un muelle y se puso de pie frente a ella con los brazos en jarras. Se esforzaba por componer una expresión furiosa pero solo consiguió una mueca extraña.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —Preguntó.

Julia, aún con su vestido negro de gala y ni una pizca de maquillaje, no pudo evitar sonreír. Stella se sorprendió. Aquella sonrisa era, para variar, genuina. Fuera lo que fuese lo que le había pasado a su hermana aquella noche, había sido bueno sin lugar a dudas.

—Se acabó, Stella —dijo—. Me he rendido....

—¿Qué quieres decir?

—Estoy enamorada, como una adolescente —explicó la menor de las hermanas—. Y ya estoy cansada de luchar contra eso.

Stella comprendía solo parcialmente lo que su hermana intentaba decirle.

—¿Es que ha vuelto? —Dedujo. Julia asintió.

—No quise contarte nada, no creía que nada pudiese hacerme cambiar de opinión respecto a Adrien, pero vino hace unos días a la casa de subastas y comimos juntos.

Stella se llevó una mano a la boca en un gesto de asombro y comenzó a dar saltitos.

—¡Cuéntamelo todo! —Exigió.

—Tengo que cambiarme e ir al trabajo —repuso Julia con fastidio.

—No, de eso nada —Stella la agarró de la mano con fuerza—. De aquí no te vas sin hacerme un resumen.

Julia terminó por ceder solo a cambio de que le permitiese cambiarse de ropa y maquillarse un poco mientras se lo contaba.

—Discutimos, en ese momento creí que ya no había nada más que hacer —explicaba la pelirroja al tiempo que se metía en unos vaqueros estrechos—. Pero anoche él estaba en la fiesta con una morena de infarto.

—¿Con otra mujer?

Julia frunció el ceño.

—No quiero entrar en detalles, pero era solo una compañera de trabajo —aclaró—. Al menos por parte de Adrien.

—Ya veo.

Durante un momento, mientras se abrochaba los botones de la camisa, Julia reflexionó.

—Solo imaginarle con otra mujer... Me pongo enferma —confesó—. Y no puedo esperar que, si no está conmigo, no esté con nadie. Entonces empecé a preguntarme las razones por las que puse distancia entre nosotros y, de pronto, ya no conseguía entenderlas. ¿Te ha pasado a ti algo parecido Stel...?

Se quedó muda al ver la tristísima expresión de su hermana mayor. ¡Qué pregunta! Stella sabía a la perfección lo que era equivocarse, aunque por desgracia ella no había tenido tan fácil la forma de solucionar su error.

—Lo siento —musitó Julia, reprendiéndose mentalmente por su falta de tacto.

—No importa —respondió Stella, forzando una sonrisa—. ¡Venga! Tienes que irte a trabajar...

La menor de las hermanas asintió, cogió su abrigo y su bolso y salió en dirección a la casa de subastas Rise por última vez.

Las perfiladas cejas de Catherine Rise se alzaron, expresando sorpresa, hasta casi quedar ocultas bajo su caro turbante de pedrería.

—¿Te marchas? —Preguntó. Ni rastro de la más mínima pena.

—Sí señora —contestó Julia, firme—. Este no es el tipo de trabajo que me hace feliz y desde luego no soy el tipo de persona adecuada para su casa de subastas.

Catherine frunció sus arrugados labios pintados de carmín.

—De acuerdo, pero comprenderás que no te proporcione ninguna carta de recomendación.

—No esperaba que lo hiciera.

La mujer entornó los ojos tratando de descifrar si aquello había sido un insulto. Julia le dedicó entonces una leve sonrisa y aprovechó para marcharse, musitando un breve «adiós».

Se despidió de Annie, la secretaria, la única persona a quien echaría un poco de menos, y entró en el ascensor que la llevó hasta la planta calle. Justo cuando las puertas se abrieron, la cara de Will apareció como de la nada, sobresaltándola.

—¿Julia? —Él también parecía sorprendido de verla—. Creí que te habías marchado.

—Eso mismo hago —replicó la chica, molesta por su tono hostil.

El ascensor se cerró a sus espaldas y ambos quedaron frente a frente, solos, en el vestíbulo del edificio. Julia no sabía si dejar las fricciones aparte y despedirse de Will de forma civilizada, al fin y al cabo, era posible que no volviese a verlo jamás, y hasta el momento en que la había acusado de ser una cazafortunas, había sentido afecto por él. Mientras ella pensaba, Will habló.

—Por cierto, el cuadro aquel, el de Renoir —dijo, captando al instante toda la atención de Julia—. Es falso.

—¿Qué?

—Y no solo eso —añadió con fría satisfacción ante la atónita mirada de la chica—. Tu amiguito Lindström vendió varias copias como originales, tengo los registros. Se va a pasar una buena temporada entre rejas por tráfico de arte.

A Julia le dio un vuelco el estómago y sintió náuseas. ¿Adrien? ¿Un traficante de arte? No, eso no era posible. Él amaba el arte, jamás haría algo así.

—No puede ser —musitó.

—Lo es, un amigo restaurador de Gales dice que las copias son obra de un célebre falsificador que se hace llamar Avignon —dijo Will—. Y la firma de tu amigo está en todos los contratos de compra

venta. Está jodido.

En ese momento el ascensor llegó de nuevo a la planta calle.

—Pero eso no tiene sentido, Will —replicó Julia—. ¿Por qué iba a firmar Adrien ese contrato sabiendo que el cuadro era falso y podían descubrirlo?

Will sonrió de nuevo, se encogió de hombros y entró en el ascensor.

—A mí qué me cuentas, solo sé que la pintura es falsa —contestó—. Tal vez Lindström no sea tan listo como crees.

En cuanto la puerta del ascensor se cerró, Julia salió corriendo. Tenía que avisar a Adrien antes de que lo detuvieran por un delito que, estaba segura, él no había cometido. Estaba claro que tenía que haber algún error, seguro que todo tenía una explicación.

Cogió el móvil de su bolso mientras detenía a un taxi y le indicaba la dirección. A los dos tonos, Adrien respondió a la llamada.

—Hola.

—Márchate de ahí Adrien, rápido —le indicó Julia—. Ven a mi apartamento.

—¿Qué? —respondió él, confuso—. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—La policía te va a detener, creen que has falsificado unos cuadros.

—¿De qué estás hablando?

Julia trató de explicárselo de la forma más rápida y certera que fue capaz, hasta que finalmente logró convencerle.

El taxi se detuvo poco después frente a su edificio y Julia subió las escaleras de dos en dos. Stella se asustó al verla aparecer tan alterada, por lo que tuvo que explicarle a ella también toda la situación. Confiaba en su hermana, sabía que si ella le decía que nada de eso podía ser cierto, Stella le creería.

—Pero, ¿qué vas a hacer? ¿Ayudarle a escapar?

—Le ayudaré a esconderse hasta que encontremos una explicación a todo esto —respondió Julia mientras metía aceleradamente ropa y objetos básicos en una maleta.

—¿Estás loca, Julia? —Preguntó Stella seriamente. No reconocía a su hermana, siempre tan estricta y reacia a saltarse las normas.

—Él no ha sido, no ha hecho nada —insistió Julia—. Y fui yo quien dio la voz de alarma respecto al cuadro que compró la casa Rise. ¡Tengo que resolver esto!

En ese instante sonó el timbre, Adrien había llegado.

La última vez que Adrien había estado en ese apartamento Julia le había enseñado sus pinturas, un par de pequeños lienzos. Ahora el rincón del salón que ella usaba para pintar estaba abarrotado de cuadros, de varios tamaños y diversos colores y temáticas. Le agradó saber que la pelirroja no había abandonado la pintura.

En el minúsculo recibidor una mujer de pelo cobrizo le miraba con un aire desconfiado. Suponía que se trataba de su hermana, de modo que decidió presentarse a pesar de que las circunstancias no eran las más amables.

—Hola, soy Adrien Lindström.

—Stella.

—Es un placer conocerte.

Los verdosos ojos de ella se entornaron, pero nada le preparó para lo que vino a continuación.

—Quisiera poder decir lo mismo —replicó Stella—. Pero antes de darte mi bendición para salir con mi hermana pequeña quisiera que me respondieras sinceramente a unas preguntas: Primero, ¿Has traficado con cuadros falsos? Y segundo, ¿Amas a Julia lo bastante como para no dejar que corra ningún peligro, ni siquiera para salvar tu cuello?

Durante un instante reinó el silencio, perplejos Adrien y Julia, hasta que esta última intervino.

—Stella, este no es momento de...

—Tranquila —la interrumpió Adrien dulcemente, después se volvió hacia la mayor de las hermanas—. No, no he traficado con arte, ni he falsificado cuadros ni los he mandado falsificar. Sea lo que sea, se trata de una trampa que alguien me ha tendido, y creo saber quién.

—Pues espero que lo soluciones cuanto antes —señaló Stella.

—En cuanto a tu segunda pregunta, la respuesta es: Por supuesto —Miró de reojo a Julia, pero siguió enfrentando a su hermana mayor—. No sé qué planeas hacer, pelirroja, pero no dejaré que te pase nada parecido a...

Los tres sabían que se refería a su último día en Estocolmo, pero ninguno terminó la frase. Julia tomó la palabra en ese punto.

—Tenemos que buscar un lugar seguro para descubrir quién y cómo ha podido hacerte esto —dijo—. No podemos quedarnos aquí, ni tampoco ir a un hotel...

—¿Por qué no vais a casa de la tía Marga? —Propuso entonces Stella.

Julia rechazó la idea en un principio, pero tras meditarlo unos minutos tuvo que admitir que no era un mal lugar para pasar desapercibidos. Marga tenía sesenta y siete años, vivía sola en una casa demasiado grande en Surrey, en una zona en la que nunca pasaba nada. Julia y Stella la visitaban cuando podían, menos de lo que deberían para ser sinceras. Si Julia aparecía en casa de su vieja tía con un novio como Adrien para pasar las Navidades, no solo estarían seguros sino que harían muy feliz a la solitaria mujer.

—Está bien —admitió la menor de las hermanas—. Pero, ¿cómo vamos a llegar hasta ahí? Coger el tren es peligroso.

—Alquilaré un coche —resolvió Stella.

En ese momento Julia recordó que Stella debía marcharse a Argentina al día siguiente.

—¿Y qué pasa con tu viaje?

—Iré igualmente, no voy a escapar con vosotros, solo os ayudaré con el coche.

A Julia no le gustaba la palabra “escapar” para definir lo que estaban haciendo Adrien y ella, sin embargo no discutió. Su hermana estaba siendo mucho más comprensiva de lo que cabía esperar, y estaba segura de que otra persona en su lugar habría echado por tierra sus planes y llamado a la policía de inmediato.

Movida por un impulso, Julia se acercó entonces a su hermana y la abrazó con un cariño que pocas veces demostraba de forma tan evidente.

—Gracias —susurró en su oído.

—Espero que sepas lo que haces, hermanita —respondió Stella.

Capítulo 8

Era extraño, se encontraban ambos en un coche barato de alquiler, recorriendo a cincuenta por hora las heladas carreteras del condado de Surrey hacia el pequeño pueblo de Clarendon, donde residía su tía Marga. Julia conducía. Puesto que el vehículo había sido rentado a nombre de su hermana, creía que era lo correcto, a pesar de que no conducía un coche desde hacía años y lo odiaba.

—No estés tan tensa, te vas a destrozar la espalda —comentó Adrien, preocupado.

—¡Cállate! No me distraigas, ya es suficientemente estresante.

—¿Por qué no me dejas a mí? —Insistió el rubio por enésima vez.

Adrien había sido obligado a ponerse una gorra y unas gafas de sol, aunque el día no podía estar más nublado. Se sentía como un fugitivo, y podía ser esa la realidad, pero no quería parecerlo.

—Estamos llegando, guarda silencio solo cinco minutos más —pidió la chica, y él obedeció.

Se quedó pensativo mirando pasar las señales de la carretera, una tras otra, y planteándose algo que llevaba en su cabeza ya unas horas. Era una idea que podría destruir definitivamente su relación con Julia, y ahora que había conseguido recuperarla sin duda era el peor momento para que aquella dichosa inquietud le asaltara con tanta vehemencia. Pero ahí estaba.

La cuestión era, ¿Podía emprender de nuevo la relación con Julia con el peso de un secreto, y sabiendo que ella esperaba que le fuera revelado tarde o temprano?

Tenía que hablarle de su pasado, era lo justo. Pero le daba tanto miedo perderla...

—Julia, detén el coche un momento —pidió Adrien.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Por favor.

La pelirroja chasqueó la lengua con fastidio, pero lo hizo, y una vez hubo estacionado en un ensanche, justo en medio de un campo helado, se volvió hacia él, confusa y contrariada.

—¿Qué pasa? —Quiso saber.

—Antes de que lleguemos, tengo que ser sincero contigo —dijo Adrien, con un apretado nudo en la garganta—. Tengo que hablarte de mi pasado.

En el interior de Julia algo se removió. No había querido sacar el tema, exigirle que se lo contara, por miedo a saber una verdad que quizá no quería saber. Era feliz con Adrien Lindström y esa era su única certeza. Una parte de Julia quería pedirle que parara, que guardase silencio, pero la parte que todavía tenía dudas, la acalló.

—Verás, cuando estaba con Nina... —comenzó Adrien e inspiró hondo para infundirse valor—. Yo le fui infiel, varias veces. No estoy orgulloso de ello, pero para mí nuestra relación estaba acabada. Aunque eso no es una excusa, lo sé.

Julia procesó las palabras de Adrien. Sí, podía comprenderlo.

—¿Qué quieres decir con infiel? —Preguntó la voz dubitativa de Julia, aunque su cabeza no había enviado la orden—. ¿Y a qué te refieres con “varias veces”?

—Verás, cuando nos casamos ella empezó a cuestionar todo lo que yo hacía —explicó él—. Si iba de viaje por trabajo, necesitaba saber qué hacía todo el tiempo. Si no respondía a esa actitud, montaba en cólera. Y sus berrinches eran...

Julia quiso decir algo. Creía en sus palabras, pero intuía que había algo más de modo que permaneció callada.

—Un tiempo después la relación empezó a ir mal y ella quiso solucionarlo teniendo un hijo, yo me

negué. Empecé a pasar mucho más tiempo fuera de casa, lejos de ella. La evitaba —continuó Adrien con la vista fija en el horizonte—. Al mismo tiempo la empresa se expandió y empezamos a ganar mucho dinero, había fiestas, reuniones, viajes... Y había mujeres.

—¿Cuántas...? —Julia sacudió la cabeza y reformuló la pregunta—. ¿Cuánto tiempo estuviste así?

—Un par de años —respondió él.

Julia se sorprendió. ¿Años? ¿Cuántas mujeres habían podido pasar por su cama en dos años? No quiso hacer la cuenta, era demasiado...

Lo importante en ese punto era únicamente saber si Julia podía seguir amándole, confiando en él, sabiendo que tenía un largo historial de conquistas con las que había engañado repetidamente a su mujer. Pensó en la posibilidad de verse algún día ella en una situación similar.

—Yo jamás te haría algo así —dijo de pronto Adrien, adivinando lo que pasaba por la mente de Julia—. Yo jamás amé a Nina, ni siquiera sabía lo que es estar enamorado hasta que te conocí.

Y era sincero, Adrien decía la verdad. Sí, era cierto que la primera vez que la vio, lo que sintió fue familiar: Un brutal y primitivo acceso de lujuria y atracción física. Pero luego aquello se convirtió en algo más, en mucho más... Había llegado a un punto en el que no tenerla cerca resultaba doloroso, a veces incluso le costaba respirar si no podía tocarla. Adoraba su cuerpo, sin duda, pero amaba todavía más el increíble interior que envolvía.

Tomó aliento y se dispuso a continuar con su confesión, pero justo en ese instante sonaron sirenas de policía muy cerca de allí. Julia dio tal respingo que se elevó casi un palmo sobre el asiento, golpeándose la cabeza contra el techo del habitáculo.

—¡Mierda! —Masculló—. Venga, vámonos de aquí.

Los policías pasaron de largo, no les buscaban a ellos. Los coches circularon, a una velocidad bastante temeraria para la opinión de Adrien, a su lado por la carretera y después se perdieron en la lejanía. A su vez Adrien perdió el poco valor que le quedaba para confesar sus pecados ante Julia, de modo que decidió dejarlo pasar por el momento. La mitad estaba dicha, y gracias a alguna suerte de milagro divino, no había hecho que Julia cambiase sus sentimientos por él. Respiró, algo más tranquilo, mientras Julia reanudaba el camino hacia Clarendon.

La tía Marga parecía no haber envejecido ni un día desde la última vez que la vio. Tenía las mismas arrugas, las mismas gafas de montura de pasta rosa y el mismo peinado cardado, teñido de castaño cobrizo con el mismo tono que había tenido su pelo natural, muy parecido al color de Stella.

Marga era una mujer de avanzada edad aunque con un espíritu joven. Se emocionó mucho al ver a su sobrina menor al otro lado de la puerta, justo unos días antes de Nochevieja, pero se sorprendió todavía más al ver a quien que la acompañaba. Que Dios la perdonase pero jamás en su vida había visto a un hombre tan guapo, ni siquiera su marido, en paz descanse, había resultado nunca tan atractivo a sus ojos.

—Virgen Santa, Julia ¿quién es este? —Quiso saber la mujer.

—Adrien —respondió ella, roja hasta conjuntar con el tono de su pelo—. Mi novio.

—¿El pintor? —Se preguntó Marga en voz alta—. No tienes aspecto de pintor.

—No tía, Adrien es...

—Trabajo en París señora, en una empresa de transporte.

—¡Válgame el Cielo! —Exclamó Marga—. Pasad y me contáis todo este lío. ¿Queréis un té?

—Sí, gracias tía.

Para cuando terminaron de contar a la tía Marga una versión abreviada de la historia de Julia y Adrien, los tres en torno a la mesa de madera de la cocina, con sendas tazas de té caliente en sus manos, la mujer suspiró y se llevó una mano al voluminoso pecho. Habían omitido el problema de la falsificación de arte, pero Julia le había narrado de forma superficial sus peripecias en Estocolmo.

—Menuda telenovela —opinó—. Sois demasiado jóvenes para complicaros tanto. Oíd mi consejo: Aprovechad bien el tiempo juntos, que vida solo hay una para vivirla con la persona que amas, ¿Quién me lo hubiese dicho a mí a vuestra edad? Así no habría hecho tanto de rogar a tu tío y hubiera vivido con él más cosas todavía. ¡Ay, Dios lo tenga en su Gloria!

Julia apenas había conocido a su tío, el marido de Marga, pero a pesar de que había muerto por un infarto hacía más de veinte años, su tía no perdía ocasión de contarles, a ella y a Stella, historias de él. Se notaba lo mucho que lo quería.

Daban las tres de la tarde cuando Marga se levantó por fin de la silla y anunció que se marchaba.

—Todos los lunes voy con mis amigas al centro cívico a jugar al bridge y luego vamos a cenar al italiano que hay en el pueblo —explicó—. Si me hubieras avisado de que venías hubiera cancelado el plan, pero ya es tarde. Tenéis pavo asado de ayer en la nevera, y quizá tenga sopa instantánea en la alacena. Sabrás apañártelas, Julia.

Sin más, la mujer se enfundó en un largo y mullido abrigo oscuro, se calzó unas botas de nieve rosas y salió al frío invernal.

—Tu tía es... peculiar —opinó Adrien.

—Sí —admitió la pelirroja.

Pasaron el resto de la tarde acomodando su equipaje en las habitaciones. Marga había establecido que no podían compartir cuarto si no estaban casados, de modo que el cuarto de invitados de la casa se le asignó a Adrien. Julia dormiría en la habitación que, de niña, había sido de su hermana Stella, pues la suya se había convertido en un trastero.

Cuando no tuvieron nada más que hacer decidieron dar un paseo por los alrededores. Julia siempre había odiado el silencio, las extensas planicies de campo blanco en invierno, verde en verano, que llegaban hasta donde alcanzaba la vista, o hasta donde los altos y espesos árboles permitían. Sin embargo esa tarde, caminando sobre la escarcha de la mano de Adrien, descubrió un nuevo modo de verlo. Comenzó a apreciar la textura de la crujiente nieve bajo sus suelas, el olor de aire fresco y los sonidos de la naturaleza.

Adrien construyó un pequeño muñeco de nieve mientras Julia le miraba. Parecía un niño, sonriendo al tiempo que vestía al hombre de hielo con su bufanda y le colocaba dos piedras en el lugar de los ojos.

—¿Qué te parece si hacemos una foto? —Propuso Julia, la sonrisa de Adrien se disolvió de inmediato.

—He tenido que apagar el teléfono móvil, podrían localizarme con él —respondió.

En ese momento Julia se sintió un poco estúpida. Ni siquiera había pensado en cómo estaría viviendo Adrien aquella injusta acusación contra su persona. Coraline tenía razón, Julia era una mujer egoísta y nunca se había dado cuenta, pero estaba dispuesta a esforzarse por cambiar eso.

—¿Estás bien? —Preguntó, acercándose a Adrien y abrazándole por la cintura.

El rubio la miró y su semblante entristecido recuperó al instante ese brillo jovial.

—Contigo a mi lado siempre estoy bien, pelirroja.

La besó, tenía los labios fríos pero a Julia no le importó. Se abrazó a él más fuerte, como temiendo que cualquier cosa pudiera separarles. Quería a Adrien, ahora lo sabía, y su nuevo sueño era llegar al menos a la edad de su tía Marga, a su lado. Julia se descubrió a sí misma imaginando a los dos con

ochenta años, tomando el té en una cálida estancia plagada de fotografías de familia. Tendrían un hogar y no importaba si estaba en Londres, en París, en Estocolmo o en el más recóndito lugar del planeta. Julia detuvo entonces el beso, asustada por la intensidad de un deseo que jamás habría imaginado que, precisamente ella, sentiría.

—Volvamos —propuso—. Tengo algunas ideas para entrar en calor.

Adrien sonrió con picardía y la siguió de nuevo al interior de la vivienda donde aprovecharon la ausencia de la tía de Julia para repetir lo que habían hecho esa misma mañana en la ducha.

Capítulo 9

«Las autoridades buscan en la ciudad de Londres y alrededores a un presunto traficante de obras de arte —decía la rubia mujer del telediario matutino—. Varias galerías y particulares del Reino Unido han denunciado la venta fraudulenta de copias falsas de una valiosa obra por parte de este individuo que...»

Julia apagó el televisor antes de que mencionasen el nombre de Adrien. Aunque Marga estaba en la cocina preparando el desayuno y no podía oír nada, no quería correr el riesgo.

Justo en ese momento Adrien apareció por las escaleras, todavía tenía el pelo húmedo tras tomar una ducha. Estaba terriblemente sexy con esos vaqueros y un jersey color verde de aspecto caro. Julia sintió un acceso de calor innombrable y se obligó a no pensar en que ya llevaban ahí dos días y Marga no había vuelto a salir.

—Esta noche tenemos invitados, queridos —anunció alegremente Marga mientras servía el desayuno, consistente en bacon, huevos y tomates asados, regados con una buena jarra de zumo de naranja y té, por supuesto.

—¿De verdad? —Se sorprendió Julia.

—A ver si te crees que porque viva en un pueblo no me relaciono con nadie —replicó su tía ácidamente—. Tenemos muchas actividades en el centro cívico, y tengo muchos amigos. Esta noche vendrán a cenar algunos: Doris, Hilda y Carl.

—¿Carl? ¿Quién es Carl?

—Un amigo especial —contestó Marga con naturalidad—. Tiene sesenta y ocho pero baila como un jovencuelo.

—¡Tía, por favor!

Adrien tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas.

—Julia, no seas remilgada —protestó Marga, a lo que el rubio no pudo aguantar más y rompió a reír, seguido pronto por ambas mujeres.

Tras el desayuno Adrien y Julia caminaron los tres kilómetros que separaban la casa de Marga de pequeño núcleo urbano de Clarendon. Era un pueblecito digno de una estampa navideña. Las casas de piedra con tejados a dos aguas, las contraventanas de paneles de madera y la iglesia, que tenía el aspecto de una abadía de Westminster en miniatura. Había una cafetería, un supermercado de una popular cadena comercial, una sucursal bancaria, un par de tiendas de productos variados y el centro cívico donde Marga se reunía con sus amigos. En uno de esos establecimientos, por suerte, Adrien y Julia pudieron adquirir un teléfono móvil básico de prepago. Sin embargo tuvieron que alejarse un poco de las estrechas calles para captar la cobertura suficiente como para efectuar la llamada. El lugar idóneo era, según el tendero que les vendió el móvil, la carretera que llevaba al cementerio.

Mientras Adrien marcaba en el aparato un número, Julia paseó la mirada por la valla que rodeaba el camposanto, rectangular, de apenas el tamaño de un campo de fútbol y con una diminuta capilla en uno de los lados. Nunca había sido religiosa, no creía en la vida más allá de la muerte a pesar de haber sido educada en esa fe, y sin embargo la visión de las lápidas le provocó un estremecimiento.

—¿Hola? ¿Karlsson? —Oyó decir a Adrien en sueco a través del móvil.

Lo habían planeado, comprar el teléfono de prepago para hacer una llamada furtiva al contable que llevaba los trámites de Adrien como presidente de Lindschmidt S.L. Según el rubio, era a él a quien le había encargado la venta de todas las obras de arte de su colección cuando su hermano Hansen y

su tío Henrik provocaron aquella crisis financiera en la empresa. Era evidente que, si alguien sabía algo de las falsificaciones, era Karlsson.

—Soy Adrien Lindström —dijo al aparato—. Necesito saber algo, Karlsson.

—¿Señor? ¿Qué...? —Balbuceó la voz del contable al otro lado de la línea—. ¿Dónde está?

Adrien no perdió el tiempo en explicaciones.

—¿Qué hiciste con el Renoir, Karlsson? —Preguntó directamente—. Estoy metido en un buen lío y sabes que yo soy inocente.

Un silencio tenso, aunque la llamada no se cortó.

—¡Karlsson, maldita sea! —Gritó Adrien—. Dime lo que sepas.

—Le dije que tenía problemas, señor, y usted no me ayudó —replicó entonces su antiguo empleado, con un tono angustiado—. Su hermano lo hizo, no usted.

—¿Hansen? —Julia sintió retorcerse su estómago ante la mención de aquel nombre—. Pero... ¿Cómo es posible que tengan mi firma? ¡Yo no firmé nada!

De nuevo silencio al otro lado.

—¡Joder, Karlsson! Pueden caerme años —Exclamó de nuevo Adrien—. Mi hermano también está en la cárcel, sea como sea no te librarás, ¿No lo entiendes?

—Yo... Lo siento señor Lindström —Masculló Karlsson, y colgó.

Adrien sintió tanta rabia, tanta frustración, que tuvo ganas de golpear algo. Se conformó con un montículo de nieve acumulado contra la valla del cementerio.

Julia se quedó mirándole en silencio mientras él se desahogaba, descargando puñetazos y pateando la blanda nieve, hasta que se sintió un poco mejor. Finalmente Adrien se recolocó la bufanda, se pasó las manos por el pelo, quitándose los rastros de nieve, y se volvió hacia ella.

—Volvamos a casa —propuso, y Julia asintió, echando un último y huidizo vistazo al campo de lápidas, entre las que había una con el nombre de Ann Moreland grabado.

Julia y Marga se encontraban cocinando la cena, atareadas con la preparación del típico pudding navideño, de modo que Adrien se escapó un momento con la intención de hacer una llamada más.

—¿Diga? —Escuchó la voz cansada de su padre tras marcar el número del hogar familiar en Estocolmo.

—Papá, soy yo —anunció, cauteloso—. Papá, necesito tu ayuda.

—¡Adrien! Por Dios hijo, ¿Qué has hecho ahora? —Quiso saber su progenitor.

A Adrien le dolió que supusiera que había hecho algo mal, aunque no le culpaba. Tiempo atrás le había dado sobradas razones para ello.

—Nada, te lo juro. Hansen y Karlsson se han aliado de alguna manera para tenderme esta trampa —explicó—. Tienes que creerme, papá.

Alfred chasqueó la lengua y suspiró. Sentía darle más quebraderos de cabeza, pero Adrien no tenía más opción que recurrir a él.

—¿Qué necesitas? —Preguntó su padre.

—Llama a Clayton, que descubra lo que pueda sobre un falsificador llamado Avignon y si mi hermano o Karlsson han contactado con él —dijo Adrien apresuradamente, temiendo que alguien lo interrumpiese o que el dinero depositado en la tarjeta prepago se agotase—. Necesito que descubra todos los cargos de que se me acusa y qué pruebas tienen contra mí.

—Hijo —replicó Alfred—. ¿Por qué no te buscas un buen abogado y preparas una defensa? Si no has

hecho nada, no tienes nada que temer...

Adrien casi tuvo ganas de reírse. ¿Cómo podía decir algo así, especialmente su padre? ¿Es que no recordaba lo que había ocurrido no mucho tiempo atrás?

—No es la primera vez que nos vemos obligados a buscar nuestra propia justicia —le recordó Adrien.

Y era cierto. Había ocurrido hacía algo más de cuatro años.

En aquella época, tal y como le había contado a Julia, su vida era un incesante discurso de fiestas, reuniones, cenas de negocios y viajes. Era un buen momento para la empresa, todo iba viento en popa en Lindschmidt, y su padre había dejado definitivamente las riendas del fructífero negocio en sus manos a pesar de las protestas de Henrik.

Como era habitual en los meses de verano desde la época de su abuelo, los empleados de la cúpula directiva disfrutaban de un fin de semana de pesca en el lago Vänern a cargo de la empresa, un retiro que ya se había convertido en tradición de modo que, al tomar Adrien la presidencia, continuó haciéndolo.

El hotel escogido contaba con todo tipo de entretenimientos, desde balneario, sala de cine, spa con masajes hasta un casino abierto veinticuatro horas. Y para ser honestos, la pesca fue la actividad menos practicada durante aquellos dos intensos días...

Ocurrió en la noche del sábado, alguien robó el coche de Adrien y condujo en dirección a la cercana ciudad de Karlstad, nunca se supo con qué intención, pues a medio camino hubo un accidente. Un hombre resultó herido de gravedad y, aunque no murió, quienquiera que había ocasionado el accidente se asustó y regresó al complejo turístico del lago sin avisar a las autoridades.

Una acusación de atropello con huída pesó de pronto sobre Adrien Lindström, el joven empresario más famoso del país. Los periódicos se volvieron locos, dictando sin dudar sus propias sentencias, y la vida de Adrien, por no hablar de su reputación, pendía de un hilo. Era su coche, Adrien ni siquiera había notado la ausencia de sus llaves, y lo peor, no tenía una coartada para el momento del atropello. Al menos no una que quisiera difundir, pues lo que en realidad estaba haciendo en ese lapso de tiempo, mientras sus directivos jugaban a la ruleta en el casino, se emborrachaban en el bar o se relajaban en el balneario privado, era acostarse con una famosa actriz noruega. Ella estaba casada con un poderoso productor de cine y solo aceptó declarar a cambio de una importante cantidad de dinero. Si no hubiera sido por el testimonio que le dio ella, Adrien podría haber sido condenado.

Por ese motivo las palabras de Alfred con respecto a la justicia despertaron en él aquel intenso rechazo. ¿Recurrir a un abogado? No serviría para nada...

La policía jamás encontró a la persona realmente responsable del accidente, de modo que Adrien, aunque no tenía obligación de hacerlo, también dio una generosa ayuda económica al afectado. A pesar de todo, su reputación no salió indemne, aunque con el tiempo el suceso se fue olvidando, sustituido por las cientos de acciones humanitarias que Adrien llevó a cabo después, y quedando solo en las páginas escritas de la prensa sensacionalista. Para él, no obstante, aquella noche de verano marcó un punto de inflexión en su vida, no solo por el modo en que afectó a su matrimonio con Nina, sino por las consecuencias personales que ambos sufrieron después.

—¿Adrien? ¿Estás ahí? —Lo llamó su padre.

—Por favor papá, hazlo.

—Está bien —cedió Alfred—. Le pediré que te llame a este número en cuanto averigüe algo.

—Gracias.

Justo en el momento en que colgó la llamada, abajo en el vestíbulo, sonó el timbre de la puerta. Julia

gritó su nombre desde la cocina y Adrien se apresuró a bajar, dándole vueltas a un pensamiento recurrente. Tenía que contarle a Julia su historia, no bastaba con las confesiones que le había revelado en el coche antes de llegar a Clarendon, no. Tenía que hablarle de todo, de sus graves errores, de todo lo malo que había hecho... Era el único modo.

La cena había sido opulenta y magnífica, no había duda de que tía Marga era una excelente cocinera. En torno a la mesa del salón, frente al fuego de la chimenea, encendido especialmente para la ocasión, los seis comensales disfrutaban del pudding que Julia había ayudado a cocinar y del licor de moras que Carl, muy dado a la fabricación artesanal de licores, había traído. Carl era un hombre agradable, a Julia le caía bien. Tenía el pelo completamente blanco pero espeso, los ojos marrones y una buena complexión para su edad, sin embargo Julia dedujo que no era eso precisamente lo que atraía a su tía, sino el humor chispeante que destilaba el hombre, contando chistes constantemente y bromeando casi con cualquier cosa. Marga no podía parar de reír.

Hilda y Doris, por su parte, eran algo más reservadas y no estallaban en ruidosas carcajadas como Marga, sin embargo era evidente lo mucho que disfrutaban contando anécdotas hilarantes de su juventud en la campiña y de otros habitantes del pueblo, algunos vivos, otros ya fallecidos.

—Por cierto, Julia —dijo de pronto su tía, con un par de copas de más y una tercera en la mano—. ¿Tienes pensado ir a visitar a tu madre?

Adrien, sorprendido, se volvió hacia ella. Lo cierto era que no tenía intención de visitar la tumba, para ella su madre no se encontraba bajo la helada tierra del cementerio, ni tampoco en el Cielo. Su madre era un recuerdo, nada más.

—No lo sé, tía —contestó, no tenía ganas de hablar del tema.

—Si quieres podemos ir mañana después de la misa de Año Nuevo —insistió Marga.

—No voy a ir a misa, tía —replicó la pelirroja, irritada.

Marga hizo una mueca y se levantó de la mesa, algo tambaleante.

—Bien, como quieras. Pero deberías ver a tu madre, ya que estás aquí —indicó, después añadió—. Creo que tengo algunas pastas por ahí, voy a por ellas.

Julia se quedó sentada a la mesa, atentamente observada por Hilda, Doris y Carl, que permanecían en silencio. Finalmente aprovechó la momentánea ausencia de su tía, que buscaba dulces en la cocina, para escapar de la deriva de aquella conversación. Necesitaba tomar el aire.

Murmuró una disculpa, cogió su abrigo y salió al porche. Allí su tía tenía un pequeño banco de mimbre donde le gustaba hacer ganchillo cuando hacía buen tiempo. Se sentó ahí y levantó la mirada hacia las estrellas. Definitivamente no creía en un Cielo, estaba convencida de que su madre no existía salvo en su memoria, por muy triste que eso fuese; pero si en alguna ocasión sus convicciones flaqueaban, le gustaba imaginar que las personas al morir en realidad se convertían en estrellas, y así podían observar a sus seres queridos desde el espacio.

En el interior de la casa volvió a escuchar risas y su sensación de desasosiego se atenuó. Fue entonces cuando la puerta de entrada se abrió y Adrien salió al frío de la noche. Se acercó a ella y se sentó a su lado en silencio.

—¿Estás bien? —Preguntó él, ella asintió.

—Ha sido una pelea tonta —respondió, Adrien hizo un ruido de asentimiento.

—Lo entiendo, pero si te hace sentir mejor puedes hablar conmigo de ello.

¿Hablar de ello? Lo cierto era, ahora que lo pensaba detenidamente, que nunca había hablado

realmente de la muerte de su madre. Nunca se había sentado al lado de alguien en quien confiaba y le había contado cómo se sentía.

—Yo... Tenía veintidós años y estaba en la universidad —comenzó a contar Julia—. Vivía en una residencia de estudiantes. Recuerdo que una tarde estaba estudiando y sonó mi móvil, era ella. Me dijo que tenía que hablar conmigo, que necesitaba que fuese a casa ese fin de semana.

En mitad del relato a Julia le alcanzó el llanto. Ni siquiera lo había sentido llegar, había sido repentino, como una ola rompiendo contra un acantilado. Adrien no se movió, siguió ahí escuchándola, con los azules ojos fijos en ella.

—Yo le dije que tenía mucho que estudiar, que no podía ir, y entonces, entonces ella... —Sollozó, pero continuó hablando—. Me dijo que tenía cáncer.

Julia no sabía lo doloroso que podía ser abrir las compuertas de sus emociones, pero una vez hubo empezado fue como una inundación. No pudo detenerlo.

—Y yo le colgué, llamé a unos amigos y me fui de fiesta... ¿Te lo puedes creer?

—Cada uno tenemos nuestra propia manera de enfrentarnos al dolor —dijo Adrien.

—Pedí un permiso en la universidad y fui a casa, pero lo hice porque era lo que se suponía que debía hacer. Lo que en realidad sentía hacia mi madre era furia. Estaba enfadada con ella por haber enfermado —admitió ella entre lágrimas—. ¿Qué tipo de hija hace eso?

—Julia, no te tortures más —Adrien cogió su mano—. Estuviste con ella, eso es lo que importa. Además, enfadarse es una reacción normal a las desgracias, no significa que estuvieras enfadada con ella.

—Ella lo notaba, pero no decía nada, y yo lo dejaba pasar —replicó Julia—. No tuve el valor de hablar de su enfermedad, me limitaba a fingir que no estaba pasando. Si hubiera sido más valiente y hubiese afrontado la realidad ahora no estaría arrepintiéndome de no haberme despedido de ella, de no haberle dicho nunca que la quería.

Adrien no estaba seguro de si era lo que ella realmente necesitaba en ese momento, pero no sabía qué más hacer, salvo abrazarla. Por suerte Julia recibió el abrazo y lloró en su hombro hasta que se hubo desahogado. Aún así Adrien no se separó.

—Estoy seguro de que ella sabía que la querías, mi amor —susurró, acariciando su pelo rojo. Le encogía el corazón verla sufrir, sin embargo había cosas que, por mucho que deseara arreglar, estaban fuera de su alcance.

Lo que sí podía hacer era tratar de no hacerle daño nunca más...

—Julia, tengo que contarte una última cosa sobre mi pasado.

Capítulo 10

En el interior de la casa, entre risas y copas de licor, dieron las doce de la medianoche. Un año nuevo había comenzado mientras Julia escuchaba la historia que Adrien le narraba. Un retiro de empresa, un atropello con fuga y una acusación injusta.

Parecía el guión de una película, pero sentía que, a pesar de lo enrevesado que era, podía creer en el relato de Adrien.

—¿A qué te refieres con que aquello te hizo dar un giro a tu vida? —Quiso saber la chica.

Empezaba la parte más difícil de contar. Adrien tomó impulso y se dispuso a hacerlo sin más.

—El problema del accidente supuso que todo el mundo supiera que yo le era infiel a Nina —explicó—. Y en aquel momento Nina estaba embarazada.

A Julia se le heló la respiración en los pulmones. ¿Embarazada? Creía que Nina no podía tener hijos, al menos eso le había dicho Magnusson en aquella fiesta en Estocolmo.

—Pero... ¿Tienes un...?

—No —respondió él a la pregunta no formulada—. No llegó a nacer. Después de mi error y de todo el revuelo que se montó, Nina...

Le costaba decirlo.

—Nina enloqueció —consiguió pronunciar—. Intentó suicidarse y mató al niño, después como consecuencia perdió la posibilidad de ser madre para siempre.

Julia no pudo evitarlo, se llevó las manos a la boca y gimió, horrorizada. Por primera vez desde que supiera de la existencia de Nina, comprendió las razones de su estado mental. ¿Quién podía quedar totalmente cuerda después de algo así?

—Fue mi culpa, aunque ella tomó esas pastillas, lo hizo por mi culpa —se reprochó Adrien también al borde del llanto.

Sin embargo, aunque aquella historia superaba con creces lo que Julia jamás hubiera imaginado sobre él, se obligó a pensar con frialdad. Adrien se sentía culpable, y en deuda con Nina, pero lo cierto es que la desgracia sufrida por ambos no era únicamente culpa suya. Al menos así lo veía Julia.

—Adrien, no... Tú no podías saber lo que iba a pasar.

—Eso no importa, destrocé la vida de Nina y lo que más temo en el mundo es destrozarse también la tuya —añadió—. Pero te quiero tanto, Julia... No sé si te merezco, pero te amo con locura. Soy incapaz de estar lejos de ti, por favor, dime que no me odias.

Julia sintió lágrimas resbalar por sus mejillas. Le dolía el dolor de Adrien, le dolía el suyo propio y comprendió que las cicatrices del pasado eran profundas y sería difícil curarlas, pero no, no le odiaba. ¿Cómo hacerlo? Los dos eran seres heridos que habían buscado la felicidad, sin encontrarla, durante tanto tiempo que habían perdido ya toda esperanza. Y de pronto se habían encontrado. Había mucho que superar, mucho que perdonar, mucho que aprender. Pero ahora, juntos, tenían una oportunidad.

Julia agarró su cara, ya áspera por la barba crecida, y le obligó a mirarla. Esos ojos aguamarina, tristes, desolados, afianzaron su determinación.

—Adrien no te odio —declaró—. Te quiero. Te he querido siempre.

La respuesta del rubio no se hizo esperar, le regaló una sonrisa llena de incompreensión combinada con una inusual alegría, y la besó. La besó despacio, como queriendo limpiar sus pecados; le secó

las lágrimas con los pulgares al tiempo que recorría su rostro pálido y apesadumbrado con la mirada, y le susurró mil veces palabras de agradecimiento. ¿Por qué? Por hacerle un hombre nuevo, por quererle a pesar de todo, por volver con él tras tantas piedras en el camino.

Julia, por su parte, sentía una mezcolanza de emociones. Tristeza y alegría a partes iguales, dolor y alivio, incertidumbre, miedo... Pero compartir aquello con Adrien había despertado en ella un optimismo que no sabía que pudiera sentir. Por primera vez en su vida había algo por lo que luchar, algo por lo que vivir de verdad, y no solo dejarse vivir. Adrien había despertado su aletargado corazón.

Los besos, dulces y ávidos a la par, se repetían uno tras otro. El vaho de sus respiraciones los envolvía. La noche era fría y parecía que estaba empezando a nevar. Tanto Adrien como Julia se transmitieron, sin palabras, la necesidad que los abrumaba. Desearon poder entrar en la casa, arrancarse la ropa y calmar aquella sed mutua, pero Marga, Hilda, Doris y Carl habían puesto música en el tocadiscos y ahora bailaban, en parejas o en solitario, en el salón de la casa.

Se le ocurrió una idea.

Julia le agarró de la mano y, tirando de él, lo guió rodeando la casa, saltando sobre montones de nieve acumulada, hasta la parte trasera. Ahí una enredadera ascendía hasta el segundo piso, bajo la ventana de la habitación donde Julia dormía un saliente en el tejado les proporcionaba un apoyo.

—¿Quieres que escalemos hasta ahí arriba? —Preguntó Adrien, incrédulo.

—¿Qué pasa? —Replicó Julia—. ¿Tienes miedo de que nos pille mi tía?

—Bueno, tu tía es implacable —rió él con una pícaro sonrisa.

Poco a poco, ayudándose entre los dos, consiguieron trepar hasta el segundo piso y entrar en la habitación de Julia.

—A veces los novios de Stella escalaban para darse el lote con ella —reveló ella entre risas una vez estuvieron en el interior de la habitación—. Era muy popular entre los chicos del pueblo, cada verano tenía un nuevo novio.

Adrien sonrió, sacudiéndose de la ropa los restos de hielo y nieve. Estaba muerto de frío, pero sabía muy bien cómo entrar en calor.

Se acercó a Julia y la atrajo hacia sí, cerrando los brazos entorno a su cintura. La besó de nuevo, esta vez con un ardor indudable, ávido por sentir de nuevo la conexión con ella, esa unión que les hacía invulnerables.

Julia respondió con igual fervor, entregándose sin reservas al intercambio de roces, suspiros y suaves mordiscos en los labios, al sensual baile de sus lenguas, hasta que sus piernas tocaron con algo y perdió el equilibrio. Cayó sobre el colchón de la pequeña cama y arrastró a Adrien consigo. Sin querer soltó una carcajada que apenas quedó eclipsada por la música que venía del salón, en el piso inferior.

—Shhh —chistó Adrien.

—Bésame —ordenó ella en respuesta, aunque no esperó a que él cumpliera. Se colocó a horcajadas encima de Adrien y le besó. Después comenzó a desnudarlo.

Él se dejó hacer, completamente embelesado en la contemplación de la mujer dueña de su corazón y de su vida. Sus ojos dorados oscurecidos por el deseo, el halo de su pelo lanzando rojos destellos a la luz de la luna que se filtraba por la ventana, y sus labios plenos atrayéndole con ese poderoso magnetismo.

Julia, por su parte, disfrutó la sensación de dominio mientras paseaba sus manos y su mirada por el torso desnudo del hombre que se había clavado en su alma, y se inclinó de nuevo para besarle, al tiempo que extendía la mano hasta el botón de sus pantalones. Una deliciosa punzada de placer nació

en su vientre al notar la excitación masculina bajo la tela vaquera.

Julia sintió tanto calor que no pudo esperar, se deshizo de su jersey, de la camiseta y los pantalones, hasta quedar en ropa interior. Volvió entonces al botón de Adrien y, de un tirón, liberó su erección para descender luego sobre ella y rodearla con sus labios. Adrien suspiró ante tal contacto, era una locura lo que esa pelirroja le hacía sentir. Ojalá ambos estuviesen locos el resto de sus vidas...

Al cabo de unos minutos, Julia se detuvo y él la atrajo hasta tumbarla de nuevo en la cama. Recordó aquella vez que había vendado sus ojos y atado sus manos y, aunque supuso que no se sentiría cómoda siendo inmovilizada, decidió repetir la experiencia de privación de la vista. Cogió su bufanda.

—Ahora, mi preciosa pelirroja —murmuró—. Te voy a llevar a las estrellas.

Julia gimió. En su cuerpo cosquilleó la anticipación.

Con hábiles gestos Adrien la despojó de las prendas interiores y comenzó a atormentarla con besos, suaves como plumas, y caricias que no hacían más que aumentaban la necesidad de Julia. Los diestros dedos de Adrien exploraron entonces su intimidad y se entretuvieron en los húmedos rincones de su sexo antes de llegar al punto donde se encendió la mecha. Él aumentó el ritmo de su roce y volvió a besarla, absorbiendo así los jadeos extasiados que ella profirió al llegar al clímax.

—Shhh —repitió él cuando las contracciones de su placer hubieron cesado. Julia se quitó la bufanda que cubría sus ojos y le sonrió en respuesta.

—Es culpa tuya —declaró ella.

Adrien le acarició la cara y se introdujo en su interior lentamente, deleitándose en la sensación captada por cada fibra de su ser. Julia se retorció bajo su peso y le rodeó las caderas con las piernas, acomodándose así a las pausadas acometidas de él. Hicieron el amor sin prisa, Adrien repartía besos por la cara y el fino cuello femenino mientras Julia gemía ahogadamente, recorriendo con sus uñas la ondulante espalda masculina. Era como él le había dicho, un paseo por las estrellas.

Durante minutos que parecieron segundos, ambos continuaron inmersos en el pequeño mundo creado entre los dos, solo para amarse, hasta que Julia se vio progresivamente catapultada a las puertas de un nuevo y arrollador orgasmo. Poco después Adrien la siguió, y con las respiraciones agitadas, quedaron recostados uno frente al otro, mirándose en la tenue oscuridad de la habitación. Poco tardó el sueño en alcanzar a Julia y, aunque hubiese preferido mil veces descansar arropada por los brazos de Adrien, tenía que admitir que la cama era demasiado pequeña para ambos, de modo que tras algunas somnolientas protestas, le permitió irse.

Él se vistió en silencio y se deslizó con cautela por el pasillo del segundo piso en dirección a la habitación que Marga había preparado para él. Mientras caminaba tratando de no hacer ruido, escuchó unas voces abajo. No pudo evitar asomarse discretamente al salón.

Ahí, en el sofá, Hilda y Doris dormían agotadas de tanto bailar, o quizá de tanto beber licor de moras. La tía Marga y Carl, sin embargo, se encontraban aún danzando, muy juntos, al son de una vieja balada romántica que sonaba a muy bajo volumen en el tocadiscos.

—Aún no me has contestado a la pregunta, querida —decía Carl.

—Pero hombre, somos demasiado mayores para esas cosas —replicaba Marga, colorada hasta la raíz del pelo.

—Yo no me siento mayor —insistía el hombre—. Te llevaría al altar aunque tuviésemos cien años, Margareth.

—¡Oh, Carl!

Adrien dejó de mirar en cuanto ambos se besaron. Tal vez pudiera regresar a Clarendon en otra ocasión, por motivos mucho más felices que los que le ocupaban en ese momento.

Cruzó la puerta de la habitación justo en el instante en que su teléfono sonaba. ¿Quién podía ser a esas horas? Reconoció algunos dígitos del número de Clayton, el detective, de modo que no le sorprendió escuchar su voz grave al contestar.

—Espero que tenga buenas noticias, Clayton.

—Mi contacto en la fiscalía me ha dicho que tienen su firma en varios documentos, los movimientos de sus cuentas y la declaración de su contable en su contra, Lindström —señaló el detective en un susurro—. Y aunque todo eso pueda ser rebatido, el fiscal general es uno de los damnificados por la compra de un cuadro falso. Irán a por usted.

Adrien frunció el ceño.

—Pero... ¿Cómo puede valer la declaración de Karlsson? Él es quien me dio a firmar esos documentos.

—Él trabajaba para usted, Lindström —replicó Clayton con sequedad—. En cualquier caso puede entenderse que estaba bajo su coacción.

Adrien suspiró, empezaba a estar un poco asustado.

—¿Qué puedo hacer, Clayton? —Preguntó, desesperado—. Si no hago algo, esta vez Hansen habrá ganado.

—Solo se me ocurre una cosa: Hacer un trato con su hermano —reveló Clayton—. Él puede liberarle de los cargos si confiesa.

—Hansen jamás haría eso —replicó Adrien.

—Tal vez si le da una buena razón lo haga —contradijo Clayton.

Adrien no quería pensar que el detective le estuviera sugiriendo lo que él creía.

—No voy a meter a Julia en esto —declaró con firmeza.

Clayton guardó silencio un minuto.

—Piénselo, Lindström —replicó el detective—. Con su hermano en prisión será más fácil de lo que cree hacer un trato y limpiar su nombre. Aunque para eso tenga que dejar otras afrentas sin respuesta. Adrien recordó entonces las palabras de Stella. Había prometido a la hermana mayor de Julia que no la pondría en peligro ni siquiera para salvarse a sí mismo y no pensaba hacerlo.

—Prefiero ir a la cárcel —dijo finalmente.

—Decida lo que decida hacer, señor Lindström, yo no quiero saber nada —declaró Clayton de forma tajante—. Por favor, debo pedirle que no vuelva a llamarme, ni usted ni su padre.

—De... acuerdo —respondió Adrien, confuso.

Y antes de poder pedirle ninguna otra explicación, Clayton colgó.

La mañana de Año Nuevo Marga no se levantó hasta casi las doce. Con su edad y sufriendo resaca, ¡Qué vergüenza! Sin embargo bien había merecido la pena trasnochar, pues desde su marido que no sentía esas mariposas en el estómago, la calidez de la mano varonil ceñida a su cintura al bailar y el tacto de unos labios contra los suyos. Aún no había dicho que sí, pero se lo estaba pensando...

—¡Ay, John! —Suspiró deteniéndose ante la fotografía de su difunto marido en el pasillo, en una cómoda donde guardaba la mantelería—. ¿Quién me iba a decir esto a mí?

—¿Te encuentras bien, tía? —Preguntó Julia, asomándose desde la cocina. Había dormido como un bebé y se había levantado a media mañana dispuesta a preparar un desayuno opulento y nutritivo. Adrien estaba dando buena cuenta de los huevos revueltos, las salchichas y las tostadas con mantequilla, pero a Marga se le revolvía el estómago solo de pensar en probar bocado.

—Sí, estoy bien —respondió—. Me voy a tomar un té e iré directa a misa o no llegaré a tiempo.

Julia se apresuró a servirle el té.

—Respecto a eso, tía —dijo—. Siento lo que pasó anoche. Lo he pensado y sí iré a visitar a mamá.

Miró entonces a Adrien y añadió.

—Ambos iremos.

—Me parece estupendo, cariño —respondió la mujer bebiendo el té a pequeños sorbos.

Cuando terminó se levantó, se puso el abrigo, la bufanda y el sombrero, y salió por la puerta sin más.

Parecía distraída y Julia se preguntaba por qué.

—Anoche Carl le pidió matrimonio —reveló Adrien a la pregunta únicamente expresada en los curiosos ojos de Julia.

—¿Qué?! —Exclamó la pelirroja, atónita—. Pero... Son demasiado mayores para casarse.

—¿Por qué? —Replicó Adrien—. Se quieren, deberían hacerlo. Y tú debes apoyarla.

—Pero...

—¿Y si nosotros nos hubiésemos conocido a los sesenta?

Julia enmudeció. No por el peso de su argumento, sino por la intención implícita en sus palabras. Se habían confesado su amor, lo habían expresado físicamente en múltiples ocasiones y podía decirse que ahora tenían una relación formal pero, ¿Matrimonio? No habían hablado de ello, y Julia no estaba ni remotamente preparada para pensar en ese tipo de compromiso.

De pronto el sonido del teléfono la salvó de una reacción que podía ser desastrosa. Se apresuró a responder.

—¿Diga?

—Soy yo —escuchó la voz de Stella al otro lado—. ¿Cómo va todo?

Por un momento Julia se preguntó a qué se refería. En aquel pueblo campestre la atmósfera era tan calmada, tan agradable, que había conseguido hacerle olvidar la razón por la que se encontraba ahí con Adrien. Regresó de golpe a la realidad.

—Bien —respondió—. Tía Marga está muy bien. Nadie nos ha seguido y no parece que haya peligro.

—Yo estoy en Argentina, trabajando —reveló su hermana mayor, después bajó la voz y continuó—. He tardado unos días en llamar porque al poco de marcharte vino a casa la policía preguntando por ti. Les dije que te habías ido de vacaciones con una amiga, que no sabía nada más. Parece que se lo creyeron, pero por si acaso he preferido guardar las distancias.

—Gracias Stella.

—No hay de qué —respondió ella—. Pero solucionad esto cuanto antes.

—Sí —aquello era algo que Julia también esperaba. Quiso decirle algo a su hermana que compensara lo que le estaba haciendo pasar, pero no se le ocurrió nada salvo—: Siento no haber pasado contigo la Nochevieja, hermanita. Era nuestra tradición.

Y era cierto, todos los años Stella regresaba a Londres en Navidad. Desde la muerte de su madre, cada Nochevieja cenaban juntas en el restaurante indio favorito de su progenitora y miraban viejas fotos de cuando eran niñas. Julia no creía en ninguna religión, pero Stella se consideraba budista. Creía que había un ciclo de energía y que las personas se reencarnaban según unas leyes incomprensibles para Julia. Ella deseaba poder creer en lo mismo que Stella, pero le era imposible.

—No te preocupes —contestó su hermana mayor—. Estás en buenas manos y yo soy feliz viéndote feliz por fin.

Un nudo se formó en la garganta de Julia que, antes de poder responder, se vio interrumpida.

—¡Ah! Perdona, tengo que cortar la llamada.

Apresuradamente se despidió de su hermana deseándole una buena estancia en Argentina y colgó. Se

volvió hacia Adrien y vio que tenía una expresión difícil de descifrar.

—¿Qué pasa? —Quiso saber ella.

—Anoche llamó Clayton.

Adrien le explicó con todo detalle la conversación mantenida de madrugada con el detective, aunque no mencionó la solución que le había propuesto adoptar Clayton.

—¿Un trato con Hans? Eso es imposible —resumió Julia, desmoralizada—. Además, ¿Cómo se supone que lo harías? Si vas a hablar con él, te detendrán.

Él no supo qué responder. Era obvio que Hansen no les iba a ayudar a cambio de nada, evidente también que, en cualquier caso, Adrien no podía siquiera pedirselo aunque si pudiera, dudaba que lo hiciera. Por desgracia no se le ocurría nadie más que pudiera darles una pista, nadie que pudiera ayudarle ahora que Clayton se negaba a tomar más partido en su situación. Así se lo transmitió a Julia, quien quedó pensativa unos minutos.

—Oye, ¿estás bien? —Quiso saber Adrien, preocupado. ¿No se le ocurriría a la temeraria pelirroja la misma idea que al detective? No, Julia había sufrido mucho por culpa de Hansen, nunca dejaría que se saliera con la suya.

La pelirroja se volvió para mirarle y forzó una sonrisa. Después le abrazó por la cintura y apoyó la cabeza contra su pecho.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo ella.

El cementerio estaba cubierto por una fina y esponjosa capa de nieve. El tejado de la capilla tenía grandes carámbanos colgando de sus frisos y la hierba congelada crujía bajo los pies de Adrien y Julia, en su camino al lugar donde Ann Moreland descansaba.

El rubio la seguía, consciente del esfuerzo que aquello suponía para Julia. En su opinión, la chica tenía demasiados asuntos que resolver con su madre, asuntos que sin ser consciente habían afectado enormemente a su vida cotidiana, aunque él no podía reprocharle nada porque, ¿Quién era él para hablar de problemas familiares?

Finalmente Julia se detuvo delante de una lápida gris sobre la que alguien había depositado un ramo de lilas. Sin duda había sido Marga.

Durante un minuto quizá demasiado largo, Julia permaneció de pie frente a la losa de mármol, inspirando y exhalando nubes de vaho, en silencio.

—Hola mamá —dijo por fin, aunque luego masculló—. ¡Joder! Me siento como una estúpida hablándole a una piedra.

Adrien sabía que aquella no era la razón por la que le costaba tanto.

—Vamos pelirroja —la animó él—. Hazlo, te sentirás mejor.

Julia tomó aire de nuevo y volvió a intentarlo.

—Siento no haber venido antes, ya sabes que soy escéptica —dijo con una triste pero hermosa sonrisa en sus labios. Luego se volvió hacia Adrien y cogió su mano enguantada—. Te presento a Adrien, mi novio... Sí, ya sé que te sorprende, nos criaste para ver el mundo de forma diferente, pero hasta tú comprenderías lo que veo en él si lo conocieras.

Julia rió nerviosamente y Adrien no pudo evitarlo, le rodeó los hombros con uno de sus brazos y la besó en el pelo.

—Yo... He venido para decirte que... Lo siento —se secó una lágrima furtiva y tomó impulso para emitir las últimas palabras, las que llevaban guardadas en su interior desde el día que perdiera a su

madre—. Siento no haber sido más madura, probablemente te hice sufrir más de lo necesario con mi actitud y ahora me doy cuenta. Siento no haber sido capaz de decirte «Te quiero», sobre todo en el momento en que más necesitabas oírlo. Siento no haber sido todo lo fuerte que tú me enseñaste a ser. Durante mucho tiempo te he utilizado de excusa para no hacer las cosas que me daba miedo hacer... Pero eso se acabó. Sé que tú querías que fuese feliz, sea del modo que sea, y ahora lo seré... Te lo prometo.

Las últimas tres palabras resultaron eclipsadas por un sollozo bajo. Adrien la atrajo hacia sí y la abrazó, había sido la prueba más difícil a la que Julia se había enfrentado en su vida, y la había superado. Estaba orgulloso de ella.

—Venga, vamos a casa mi amor.

Capítulo 11

Hansen no esperaba más visitas, pero definitivamente jamás hubiera imaginado que ella estaría esperándolo en la sala de comunicación, esa con mesas separadas por un cristal y un teléfono para hablar con quien está al otro lado. Era un poco humillante, pero Hansen admitió que entendía por qué Julia no quería verle en la sala de visitas normal. Al fin y al cabo, en su último encuentro él la persiguió por un bosque helado amenazando con hacerle daño. Se arrepentía de ese arrebató, no pretendía asustarla de verdad, únicamente quería molestar a su hermano. La mala experiencia de la inglesa pelirroja solo era un daño colateral.

Más contento de lo que imaginó que estaría, Hansen se sentó en la silla y cogió el auricular del teléfono mientras miraba fijamente a Julia, justo al otro lado, tesa como un palo y con muchas emociones en la mirada, complicado identificarlas todas. Finalmente ella cogió también el teléfono y se lo puso al oído, aunque no habló.

—¡Qué sorpresa! —Tomó Hansen la iniciativa—. No puedo creer que mi querido hermano te haya dejado venir a verme.

—Él no sabe que estoy aquí —contestó ella, con la voz tensa como una cuerda de piano—. Hoy tengo que declarar contra ti en el juzgado.

La causa estaba en instrucción en el Supremo y Hansen era periódicamente informado por su nuevo abogado, pagado por Nina y mucho más eficiente que el anterior, de los avances que trascendían al secreto de sumario. Por lo que sabía, los documentos que Adrien había firmado, engañado por el cobarde de Karlsson, eran una de las principales pruebas, pero lo más importante era la declaración del propio contable, una absoluta mentira que podía salirle muy cara si se descubría. Por suerte para Hansen, Karlsson era un inconsciente.

Sin embargo había cargos contra Hansen que nadie podía asumir, y esos eran los relativos exclusivamente a Julia y a lo que pasó en Estocolmo.

—Supongo que has venido a decirme que me pudriré en la cárcel mucho tiempo —dedujo Hansen.

—No —replicó Julia, sorprendiéndole—. He venido a proponerte un trato.

Hansen se quedó perplejo, tanto que el teléfono estuvo a punto de caérsele de las manos. ¿Un trato?

—Te escucho —dijo Hansen tratando de no parecer demasiado interesado.

—Quiero que asumas toda la responsabilidad en el asunto del tráfico de arte.

Durante un momento Hansen esperó a que ella continuase hablando pero no lo hizo, solo le miraba fijamente con esos ojos de gata a través del cristal.

—Claro, ¿y qué más? ¿Me declaro culpable del asesinato de Kennedy? —Se burló él, con una sonrisa torcida. Al menos se divertiría un poco.

Julia frunció el ceño.

—Es cierto que te pudrirás en la cárcel mucho tiempo —dijo ella—. Secuestrar, agredir sexualmente a una mujer es un grave delito violento, es posible que mi memoria esté dañada por el trauma, quizá me hiciste más de lo que realmente recuerdo. Estaba tan asustada...

Hansen entornó la mirada, la inglesita era astuta, le estaba amenazando de una forma tan sutil que ningún jurado la condenaría. Sin embargo no sabía que estaba jugando con un experto en manipulación.

—Mira guapa, lamento que estuvieras en un mal lugar y en un mal momento, pero hice lo que hice, nada más —replicó Hansen, molesto—. Y tú sabes bien lo que pasó en aquel bosque.

Sí, Julia lo sabía, y le revolvió las tripas comprender que Hansen no sentía el más mínimo remordimiento por el daño que le había causado. Para él solo había sido un juego, un susto, pero para Julia supuso un terror que nunca antes había sentido, una agonía comparable a la tortura. Respiró hondo y se obligó a no perder la compostura. Tenía un plan e iba a cumplirlo.

—Si asumes los cargos de tráfico y falsificación, diré la verdad al juez, que no fue nada, solo un susto —declaró entonces ella. Su voz sonó mucho más segura de lo que estaba.

—No —contestó él—. Esto se está volviendo aburrido, me voy a mi celda.

Alarmada, Julia se levantó de golpe haciendo que la silla cayese a sus pies. Un guardia se asomó pero ella le indicó que todo estaba bien con un gesto, tras el cual se volvió hacia Hansen de nuevo. Agarró fuertemente el teléfono y habló.

—Está bien —cedió Julia—. Retiraré todos los cargos.

Él se quedó un minuto pensativo. Sin previo aviso a Julia le asaltó el recuerdo del día en que lo conoció. Había sentido simpatía por él aunque desde el principio notó que había algo raro en su forma de ser, como si de alguna manera la conociese de antes o supiera un secreto del que ella no era consciente. Era perturbador, siempre le había causado esa incomodidad, y aún así Julia le dejó entrar en su vida.

—Te escucho —Se decidió finalmente.

—Retiraré todos los cargos contra ti —repitió Julia, no sin esfuerzo—. No serás juzgado por agresión ni secuestro, tampoco por amenazas. A cambio quiero que reconozcas haber ordenado falsificar los cuadros y haberlos vendido después en nombre de Adrien, usando a Karlsson para obtener su firma en los documentos.

Hansen la miró, completamente estupefacto. ¿Tanto amaba a Adrien que estaba dispuesta a renunciar a su venganza contra él para salvarle de la cárcel? No podía creerlo, no le cabía en la cabeza. Julia estaba intoxicada, como lo estuvo Nina.

—Estás loca —sentenció.

—Tal vez, pero esta oferta caduca en el momento en que salga por esa puerta —dijo Julia señalando la salida de la sala—. Podrías quedar libre de los cargos más graves, con la estafa y el tráfico de arte estarías en la calle en pocos años. Además podrías ir a una prisión de baja seguridad.

Lo que Julia le ofrecía sonaba tentador, pero ¿Dónde quedaba la motivación principal de todo aquel entramado criminal? La principal aspiración de Hansen desde el principio había sido inculpar a su hermano y conseguir que acabase en prisión, pero si asumía los cargos por tráfico de arte, Adrien quedaría exonerado y aún así él pasaría una temporada entre rejas. ¿Qué ganaba si aceptaba el demente trato de Julia?

De pronto la respuesta se le apareció en su mente, con la imagen de la preciosa y rubia Nina. En las dos semanas que llevaba en prisión había recibido sus visitas casi diariamente. No podía creer en su suerte.

El amor que de niño sintió por ella y que parecía amargamente olvidado, había regresado en todo su esplendor, con tanta fuerza que se descubría a sí mismo, casi a cada instante del día, pensando en ella como un adolescente enamorado. Y lo mejor de todo era que ella parecía sentir lo mismo. Le había hablado de su encuentro en el bosque circundante a su casa, justo tras el anuncio de su compromiso con Adrien, hacía ya una década. Aquel único beso que habían compartido seguía latente en sus memorias, y Nina había confesado las dudas que le había hecho sentir en aquel momento.

Una parte muy fuerte de Hansen pensó que tal vez, solo tal vez, si salía libre podía tratar de construir la vida que diez años atrás se le había negado al lado de Nina.

—Contraoferta —expresó—. Te ayudaré a salvar a tu querido Adrien. Cargaré con el tráfico de arte

a cambio de que retires los cargos y una cosa más... —añadió él con una amplia y enigmática sonrisa.

Julia no se atrevía a preguntar.

—¿Qué cosa?

—Quiero que encuentres a Avignon en persona y lo entregues en mi nombre, si capturan al mejor falsificador de arte del mundo me reducirán la pena —dijo Hansen con una expresión curiosa, como la de un niño cuando descubre los regalos de Navidad bajo el árbol.

—¿Lo dices en serio? —Preguntó, confusa. Aquello podía ser peligroso.

—Eso es lo que quiero, sí —confirmó él—. Pero antes tengo que hablar con mi abogado para conseguir un trato con la Fiscalía.

Julia estaba contrariada, aquel hombre tenía que estar loco si pensaba que ella iba a hacer algo así, arriesgarse de ese modo para restar un puñado de años a su condena.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —Replicó Julia, indignada—. Nos has hecho la vida imposible.

—Ese es el trato guapa —replicó Hansen—. Lo tomas o lo dejas.

A Julia le irritaba mucho ser consciente de la seguridad en sí mismo que exhibía Hansen, aún estando al otro lado del cristal, recluido en una celda de una cárcel inglesa. Pensó que si no aceptaba el encargo que le hacía, sus esfuerzos no habrían servido para nada y el trato quedaría en papel mojado.

—De acuerdo —cedió Julia, rezando para no tener que soportar un minuto más en aquel lugar—.

¿Cómo lo encuentro?

Hansen sintió la profunda satisfacción que le proporcionaba el éxito.

—No seas ansiosa, en cuanto tenga el trato con la Fiscalía por escrito te llamaré para darte las indicaciones necesarias—respondió Hansen con un tono quizá demasiado brusco.

—Pero yo tengo que testificar en una hora —replicó la pelirroja al borde de un ataque de nervios.

—Entonces si quieres que este trato llegue a buen puerto, harás lo que se supone que debes hacer.

A Julia se le acabó la paciencia. Volvió a levantarse de la silla y se acercó al cristal blindado que los separaba. Colocó su mano sobre la fría superficie, quería parecer amenazante.

—Escúchame pirado —dijo con la voz cortante como el filo de un cuchillo a través del teléfono—.

Voy a negar ante un juez que me metiste a la fuerza dentro de una furgoneta, me ataste a una tubería oxidada y trataste de violarme. Voy a mentir y a negar que me persiguieras como un animal a través del bosque. Trataré de olvidar que tengo pesadillas cada noche por tu culpa y te ayudaré a reducir tu condena, aunque personalmente creo que deberían encerrarte en el agujero más profundo del mundo y que no volvieras a ver la luz del sol. Así que si tienes planeada alguna sucia jugada te recomiendo que lo pienses dos veces, porque si no cumples tu parte del trato te perseguiré hasta el fin del mundo.

Los ojos ambarinos de la pelirroja brillaban como brasas al rojo vivo y Hansen tuvo que admitir que, aunque nunca la había subestimado, una parte de él empezó a admirarla en ese preciso momento. Cumpliría su parte del trato.

—Puedes contar con mi palabra —aseguro Hansen.

—No, no puedo. Pero por ahora es todo lo que tengo.

Tras decir esto, Julia colgó el teléfono, se dio la vuelta y salió por la puerta sin echar la vista atrás.

Julia miró detenidamente a su alrededor. El despacho del magistrado era como el de cualquier hombre de su categoría, grande, ordenado, limpio y muy marrón. Suelos de parquet, mesa de caoba, estanterías de roble y papel pintado color crema. La toga y la peluca que solían llevar en los juicios

estaban pulcramente colocada en una percha y un busto respectivamente. El hombre, llamado Green, la miraba incrédulo y contrariado desde el otro lado del amplio escritorio. Al lado de Julia se encontraba el que parecía ser su abogado, un hombre menudo y entrado en carnes al que no había visto en su vida.

—¿Está diciendo, señorita Moreland, que el acusado Hansen Lindström no la retuvo contra su voluntad, la mantuvo presa durante varias horas e intentó forzarla a mantener relaciones sexuales de forma violenta? —Preguntó el juez Green.

Julia se sentía fatal, pero no tenía otra opción.

—No señoría, no fue así —mintió—. Verá, todo fue un malentendido. Yo estaba enfadada con el hermano de Hansen, Adrien Lindström. Habíamos tenido una relación que no salió bien y quise hacerle daño enviándole aquel vídeo, pero era todo un montaje, una broma... Siento que se nos fuera de las manos, pero nadie salió herido. Fue una estupidez.

—Tengo entendido señorita que usted sufrió una lesión en el brazo y según el médico que la atendió, tenía algunos golpes y heridas superficiales —intervino el abogado, completamente desconcertado ante el cambio de testimonio de Julia.

—Verá, me caí en el bosque —inventó la chica, cada vez más mortificada.

Los hombres se miraron con cara de circunstancias. Era evidente que no la creían, no mentía tan bien como pensaba.

—Señorita Moreland —insistió el juez con un tono irritantemente paternalista—. ¿Entiende que está usted aportando una información que cambiará la acusación de Hansen Lindström de forma esencial?

—Sí, señor —contestó Julia, lo sabía a ciencia cierta.

—Entonces, si no tiene nada más que añadir, nos retiramos —dijo el juez.

El abogado, en silencio, recogió sus papeles y se volvió hacia ella.

—Un placer conocerla, señorita —dijo con una inclinación de cabeza, después se marchó. Una fórmula de cortesía de lo más absurda en opinión de Julia, que salió de aquel despacho con un apretado nudo en el estómago. Lo había hecho, y apenas podía creerlo. El psicópata de Hansen nunca recibiría su merecido por el dolor que le había causado, pero si aquello servía para salvar a Adrien al menos tendría un consuelo.

Todavía temblorosa por la tensión y los nervios sufridos en aquel despacho, salió a la calle. Hacía frío y el día anunciaba lluvias. De pronto, cuando se disponía a ir a la parada del autobús que la llevaría a la estación donde cogería un tren a Clarendon para reunirse con Adrien en casa de su tía, alguien la asaltó en medio de la calle.

—Señorita Moreland, ¿Es usted? —Le preguntó de repente un hombre alto, pálido y calvo en inglés aunque con un remarcable acento nórdico—. ¿Le importaría responderme a unas preguntas?

Julia estuvo tentada de darle un puñetazo por sobresaltarla de esa manera, pero se contuvo.

—No, claro que no —respondió molesta—. ¿Quién demonios es usted?

—Frank Harrelsson del diario sueco *Expressen*.

—¿Un periodista?

—Señora, ¿es cierto que mantuvo usted una relación amorosa con Adrien Lindström, truncada a causa de las desavenencias económicas de su empresa? —Preguntó entonces el hombre, ignorando su negativa a aceptar una entrevista. Julia se dio entonces la vuelta y siguió caminando, Harrelsson la siguió—. ¿Podría usted confirmar que se llama Julia Ann Moreland, 29 años, inglesa de nacimiento y empleada de la casa de subastas Rise?

Julia se detuvo de repente, conmocionada.

—¿De dónde sacan esa información? ¡Es privado!

—No señora, su situación laboral y datos personales pueden encontrarse fácilmente —replicó el hombre—. Sin embargo si usted lo confirma...

—¡No confirmo nada! —Exclamó la chica, furiosa—. ¡Déjeme en paz!

Por suerte justo en ese instante llegó el autobús y Julia corrió para entrar un momento antes de que se cerrasen las puertas, dejando al insistente periodista en la acera y sin su exclusiva. Rápidamente sacó el móvil y llamó a Adrien. Estaba apagado, de modo que le dejó un mensaje de voz.

—Tengo que quedarme en Londres, hay periodistas que podrían seguirme y descubrirte. Intentaré ir mañana, lo siento. Te quiero.

Tras pasar la noche en su apartamento Julia se dispuso a intentar de nuevo llegar hasta la estación de Victoria sin que ningún paparazzi se diese cuenta. Se había recogido el pelo bajo un gorro de lana para que su llamativo tono pasara desapercibido.

Ya tenía una mano en el pomo de la puerta cuando, de pronto, sonaron dos golpes al otro lado. Se quedó quieta, en silencio, aguzando el oído. No podía creer que los periodistas se aventurasen a llegar hasta la misma entrada de su domicilio, ¡Era una locura!

—Julia, soy yo —escuchó al otro lado la voz familiar de Adrien con su suave acento.

¿Adrien? Qué hacía ahí y cómo demonios había llegado.

Julia se apresuró a abrir la puerta y lo arrastró al interior del apartamento, agarrándole de las solapas del abrigo.

—¿Qué demonios haces aquí? —Le lanzó un susurro furibundo, pero antes de que él respondiera, se lanzó hacia la ventana esperando no encontrar ni paparazzi, ni curiosos, ni mucho menos policías en la acera. Por suerte la calle estaba desierta, lo habitual para un cuatro de Enero frío y nublado a las ocho de la mañana.

—He venido de noche, nadie me ha visto —dijo Adrien—. Estaba preocupado por ti... ¿Cómo fue la declaración ante el juez?

Julia se sintió acorralada, todavía no había pensado en cómo decirle a Adrien que había ido a ver a su hermano y había hecho un trato con él, un trato que sin duda el rubio no aceptaría jamás.

Ante el silencio de la chica, Adrien comenzó a sospechar que algo había ocurrido.

—¿Qué pasa? —Quiso saber.

—Yo... eh... —Julia no sabía cómo empezar de modo que le obligó a sentarse en el sofá, se quitó el abrigo y el gorro y habló, sin pensarlo más. Dijo la verdad sin paños calientes, a bocajarro. Y la reacción de Adrien no se hizo esperar.

—¿¿Que has hecho qué?! —Bramó.

—No me grites, lo he hecho por ti —replicó ella, molesta.

—Ni siquiera has tenido el detalle de mencionar que ibas a verle, no me has tenido en cuenta para nada, ¿Cómo puedes decir que lo has hecho por mí?

—Sabía que no me dejarías ir —explicó ella, consciente de que eso no satisfaría al sueco.

—Pues tenías razón —replicó él—. No sé ni cómo empezar a expresar lo enfadado que estoy.

Una parte de Julia comprendía cómo debía de sentirse él, con las cosas completamente fuera de su control, pero aún así no se echó atrás. Lo hecho, hecho estaba y además no había sido en vano. Hansen le diría como encontrar a Avignon y Adrien quedaría libre de todo cargo. Eso era lo importante.

—Oye, tú no tienes que decirme cómo debo o no debo actuar —contestó ella, enfurecida no sabía

muy bien por qué—. Tal vez haya sido temeraria, pero gracias a eso tú no irás a la cárcel.

Adrien hizo un gesto desesperado y se pasó las manos por el pelo, varias veces.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? No puedes confiar en Hansen, nunca, ¿Acaso se te ha olvidado lo que te hizo?

Julia palideció, la ira burbujeó en su interior y, aunque Adrien no era el origen, sus palabras fueron el detonante. Fuera de sí, Julia se dio la vuelta y se acercó en dos zancadas a su pequeño espacio de pintura. Revolvió bruscamente entre los lienzos apilados y extrajo uno que mostró a Adrien. Era una pintura oscura, en tonos verdes y azulados. Era un denso bosque de altos y frondosos abetos entre cuyo ramaje se podía distinguir una amenazadora mirada azul. Adrien no requirió interpretación para esa imagen.

—Si se me ha olvidado, ¡No! Mira esto —Gritó Julia lanzándole el cuadro.

Acto seguido cogió otro, unas manos atadas con esposas. Un simple boceto al carboncillo que sin embargo, resultaba desgarrador para Adrien.

—Y esto —Se lo lanzó ella de nuevo, y repitió la operación con un par de obras más, semejantes a las primeras. Era evidente que Julia no había olvidado nada, que se mantenía muy vivo en su memoria. Entonces, ¿Por qué había permitido que Hansen quedara libre de esos cargos?

Adrien reaccionó a la iracunda pataleta de la pelirroja y se acercó a ella, estrechándola entre sus brazos. Quería que dejase de lanzarle cosas, pero más importante aún, quería consolarla.

—Lo siento, amor —dijo en un susurro, sintiendo los agitados sollozos de ella contra su hombro—. Lo siento.

—No sabía qué más hacer —balbuceó Julia, viendo aplacada su furia tan repentinamente como había aparecido—. No soportaré que te encierren.

—No lo harán, pensaremos algo —respondió Adrien.

—Encontraremos a Avignon y Hansen cumplirá su parte del trato.

En ese momento el rubio se separó lo suficiente como para mirarla a los ojos. Trató de ser sincero y sensible al mismo tiempo.

—Cariño, Hansen no te dirá nada —replicó—. Ya ha conseguido lo que quería, no va a confesar ni a decirte dónde encontrar al falsificador.

Julia sabía que no se podía confiar en el menor de los hermanos Lindström, lo había sabido desde el principio.

—Me lo dirá —replicó suavemente—. No me preguntes por qué lo sé, pero sé que esta vez cumplirá su promesa

Adrien chasqueó la lengua, frustrado. Le costaba mucho entender por qué la pelirroja estaba tan segura de tener razón, y más le preocupaba no poder hacer nada para protegerla.

En ese momento el teléfono de Julia comenzó a sonar, un número desconocido brillaba en la pantalla. La chica se zafó del abrazo de Adrien y descolgó con cautela.

—¿Diga?

—Señorita Moreland —escuchó una voz masculina que no reconocía—. Soy Ian Smith, el abogado del señor Lindström. Me ha pedido que le comunique algo.

Julia asintió, no muy segura de cómo responder ante tal situación. El abogado, tras una breve pausa, continuó hablando.

—Para encontrarle debe ir a Hyde Park, a la galería del Serpentine, y preguntar por el jardinero —dijo el hombre. Sus palabras estaban desprovistas de cualquier tipo de emoción reconocible—. Cuando lo tenga delante dígame que los rosales están mustios.

—Vale... —Fue lo único que Julia acertó a decir.

—Mi cliente le agradece su buena disposición y espera tener noticias tuyas pronto.
Y después, sin aguardar una contestación, el tal Smith colgó.

Capítulo 12

A pesar de las quejas y reticencias de Julia, Adrien consiguió finalmente su propósito: Ir con ella a buscar a Avignon.

Julia sabía que, aunque se hubiese negado tajantemente, él la hubiera seguido en contra de su voluntad, lo que podía resultar incluso más arriesgado, de modo que se vio obligada a ceder. Estaba enfadada pero a Adrien no le importó. No podía dejar que Julia cargase sola con aquella misión tan potencialmente peligrosa. No sabían quién era ese falsificador, Avignon, pero sin duda era una amenaza, podía hacerle daño a Julia si se veía acorralado y eso sí que Adrien jamás se lo perdonaría.

Ataviado con un abrigo negro y un gorro de estilo ruso, recién adquirido en una tienda de complementos de Bayswater, Adrien seguía a la pelirroja. Caminaba a buen ritmo tras ella, separados ambos por unos pocos pasos de distancia, fingiendo no conocerse.

Habían acordado que él saldría antes, así se aseguraría de que ella no huyese con la intención de perderle de vista. Fingió que esperaba al autobús mientras la pelirroja emprendía su camino hacia el mundialmente conocido Hyde Park, una enorme extensión arbolada en medio de la bulliciosa ciudad de Londres. Estaba a solo unas manzanas del apartamento de Julia de modo que fueron caminando. El paseo les llevó algo más de veinte minutos pero finalmente llegaron al parque y al edificio de inspiración neoclásica que constituía la galería de arte, llamada Serpentine por el lago junto al que estaba situada, justo en los jardines del palacio de Kensington.

A las puertas del edificio se reunieron y Julia inspiró, nerviosa. Adrien alargó entonces la mano y cogió la suya, enguantada. Julia seguía furiosa con él pero aceptó aquel contacto a sabiendas de que quizá era lo único capaz de infundirle ánimos en ese momento.

Nada más traspasar las puertas de entrada a ambos les envolvió el aroma a arte, la quietud del museo vacío un martes por la mañana, la sensación de que dentro de esos muros había algo que proteger, que conservar... Adrien le estrechó más fuerte la mano y la guió en dirección al mostrador de información. Ahí una chica joven con un llamativo fular de colores les atendió.

—Queríamos saber dónde podemos encontrar al jardinero —preguntó Adrien. La chica les miró, extrañada.

—Eh, hay una caseta de herramientas detrás —contestó—. Es posible que esté allí.

—Gracias.

Se dirigieron al lugar indicado, ignorando la expresión atónita de la joven recepcionista, y salieron de nuevo al frío de aquella mañana.

Encontraron la mencionada caseta adosada a la pared trasera de la galería, y por suerte, a un hombre bajo pero fornido en su interior. Llevaba gruesos guantes de jardinero y un cálido abrigo de forro polar.

—¿Qué se les ofrece? —Quiso saber el hombre al reparar en ellos.

Julia respondió, aunque se sentía como una estúpida. ¿Y si todo era una broma de Hansen?

—Los... Los rosales están mustios —balbuceó, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo dice? —Quiso saber el hombre.

—Que los rosales están mustios —repitió entonces Adrien, tomando la palabra con un tono bastante más firme y enérgico.

El jardinero los miró de hito en hito, primero a Adrien, luego a Julia... Finalmente asintió. Entró en

su caseta y volvió a salir pocos segundos después con un papel ajado en el que acababa de escribir unos números, en apariencia aleatorios.

—¿Qué es esto? —Quiso saber Adrien.

El hombre no respondió, se encogió de hombros y les dio la espalda para coger su carretilla y emprender camino hacia los jardines, probablemente con la intención de continuar con sus tareas.

Adrien y Julia se dieron la vuelta y dirigieron sus pasos de vuelta al apartamento de Julia, preguntándose qué serían esos números.

«51-30-44 12 0-12-1 9»

Por más que se devanaron los sesos, no supieron a qué podía referirse aquella secuencia.

De pronto, justo cuando estaban a punto de abandonar el parque y poner los pies de nuevo en la calle, un coche se detuvo bruscamente delante de ellos. Tardaron un instante en darse cuenta de que se trataba de un coche patrulla.

El primer instinto de Adrien fue correr en dirección contraria, y agarró a Julia del brazo para llevarla consigo, pero apenas dio un paso se percató de que dos agentes de policía se acercaban a ellos con las manos en sus armas reglamentarias. No había otra opción.

Adrien levantó los brazos en señal de rendición y pronto ambos se vieron esposados dentro del coche patrulla.

Llevaba más de dos horas en aquella celda, sola. Se habían llevado a Adrien a otra parte, no sabía dónde.

De pronto el guardia se acercó a los barrotes de su celda y abrió, mirándola con cara de pocos amigos.

—Puedes salir —dijo.

Julia no quiso protestar, se apresuró a escapar de esa jaula incómoda y fría. Sin embargo sí se atrevió a preguntar por Adrien.

—¿Y qué pasa con el hombre que vino conmigo?

—Él no ha tenido tanta suerte.

El policía le indicó el camino hacia la salida pero Julia no quiso seguirle.

—Quiero verle —pidió.

—Vamos guapa, no me hagas perder el tiempo —replicó el enfurruñado guardia.

Por un momento Julia pensó en obedecer sin más, pero no. Eso sería algo típico de la antigua Julia, no de la mujer en que se había convertido.

—Déjeme verle —exigió—. Es mi derecho como ciudadana británica. Se me ha retenido contra mi voluntad y nadie me ha dicho por qué, de qué estaba acusada. ¿No es eso una violación de mis derechos?

El irritado guardia palideció. Era cierto que la chica no tenía cargos y se habían apresurado demasiado a la hora de arrestarla, si ella ponía una queja podía causarle problemas. Decidió permitirle ver al preso.

Adrien estaba en una celda igual que la suya, también solo, en una sala contigua.

—Tienes dos minutos —señaló el guardia.

Julia se volvió hacia Adrien que se había acercado a los barrotes.

—¿Estás bien? —Le preguntó él. Julia podía notar la profunda preocupación en sus ojos de aquel color imposible.

—Sí, tranquilo —contestó, enternecida—. ¿Y tú?

Adrien asintió, cogiéndole la mano y besando su dorso.

—Voy a ir a por él, a por Avignon —sentenció Julia—. Conseguiré engañarle y Hansen cumplirá su palabra. Entonces saldrás de aquí.

—No Julia, ya es tarde —replicó Adrien—. No te arriesgues, es demasiado peligroso.

Julia sacudió la cabeza en señal negativa. No iba a darse por vencida, no iba a conformarse con visitar al amor de su vida una vez por semana en prisión, no iba a esperar años para empezar su vida juntos, y lo más importante: No dejaría que el nombre de Adrien quedase manchado por un delito que alguien como él jamás cometería. Les había unido algo más fuerte, más sólido que la atracción física, y había sido su amor por el arte. Una pasión compartida que nadie conseguiría borrar. Julia no lo permitiría.

Ignorando las quejas de Adrien que no paraba de repetirle que no lo hiciera, Julia salió de la sala y acompañó al guardia a la salida. Ahí había un hombre trajeado, muy alto y delgado, con nariz aguileña y gafas de montura fina.

Julia lo miró, extrañada.

—Soy Ian Smith, señorita Moreland —se presentó él—. Abogado del señor Hansen Lindström.

—¿Qué hace aquí? —Quiso saber ella, confundida.

—Mi representado tiene un plazo límite para proporcionar a Avignon a la Fiscalía, y ese plazo expira en 24 horas —explicó con voz monótona, sin una pizca de expresividad—. Si usted está presa no podrá encontrar al falsificador.

Julia comprendió que no tenía ninguna oportunidad de sacar también a Adrien del calabozo y que tendría que afrontar aquella misión ella sola.

—Está bien.

El señor Smith asintió satisfecho y se marchó sin despedirse siquiera, ella por su parte firmó el papeleo necesario y se vio por fin libre. No tenía ni idea de dónde ir a continuación pero justo enfrente de la estación de policía vio un pequeño pub. Entró, tenía ganas de tomarse una cerveza fría. Una vez hubo pedido su bebida y se hubo sentado en una mesa se puso a pensar en qué podían significar esos números.

«51-30-44 12 0-12-1 9»

Podía ser un número de teléfono, o dos. Marcó varias combinaciones, todas incorrectas salvo una en la que respondió una voz con acento extranjero. Se enfadó mucho con Julia por molestarle preguntando por ese tal Avignon, y le colgó no sin antes despedirse con una retahíla de palabras malsonantes.

Pensó después que los números podían ser códigos de barras de un libro, datos climatológicos, números de envío o de algún tren o avión... Nada parecía tener sentido y Julia empezaba a desesperarse.

Sobre la barra del pub, donde un camarero casi adolescente servía bebidas a los clientes, había un reloj dorado, muy bonito. Las manecillas se movían incesantes con el tic tac, sin parar, evidenciando el paso de un tiempo que tenía límite, por desgracia para ella y para Adrien.

De pronto un par de chicas entraron en el pub y tomaron asiento justo delante de su mesa, en dos banquetas altas, de modo que le taparon la vista del reloj.

Una de ellas se quitó la chaqueta mientras la otra pedía. Llevaba un tatuaje en el omóplato derecho, un tatuaje que llamó la atención de Julia. Era una brújula adornada con flores, una esfera que marcaba los cuatro puntos cardinales. Fue entonces cuando Julia sintió que una luz se encendía en su cabeza. ¿Y si esos números fuesen coordenadas?

Ella era una chica de ciudad, no sabía moverse en la naturaleza y tampoco sabía utilizar correctamente una brújula, pero sí sabía que en una de las aplicaciones de su teléfono móvil podía introducir coordenadas y encontrar el punto exacto al que correspondían en un mapa. Así lo hizo, pero pronto se percató de que sobraban números y sin embargo faltaba información.

Podía ser, sí: 51 horas, 30 minutos, 44 segundos... Pero, ¿En qué dirección?

La chica del tatuaje se movió entonces y Julia volvió a tener el reloj en su campo de visión. De nuevo cayó en la cuenta de que el siguiente número, el 12, podía estar marcando la dirección de esas coordenadas. El 12 en la esfera de un reloj era el Norte y el 9 el Oeste.

Terminó de introducir la información en la aplicación y al instante supo que esta vez no se había equivocado. Esas coordenadas correspondían a un lugar de la ciudad de Londres.

Julia no esperó más, salió corriendo del pub y emprendió el camino al punto señalado. Alcanzar el lugar exacto le llevó poco más de media hora, aunque había pasado los últimos cinco minutos rezando para que aquellas coordenadas no correspondieran precisamente a un lugar que conocía muy bien. Fue en vano pues pronto se vio frente a la puerta de la pequeña tienda de su amiga Wendy. No podía creerlo, ¿En qué estaba metida Wendy?

El corazón le latía desbocado cuando entró en el local que estaba vacío, aunque se esforzó por mantener la compostura. Para la tendera aquella tenía que ser una visita como otra cualquiera, una de tantas que Julia había hecho.

Wendy, con los rizos morenos sujetos en un extravagante moño, con esos gruesos labios pintados de rojo, le sonrió alegremente al verla aparecer.

—¡Julia! Qué alegría verte, ¿Cómo ha ido el verano?

Si no hubiera sido por la tensión que tenía en su interior, Julia hubiera reído ante aquel comentario. Habían pasado meses desde el verano.

—Bien —respondió, no obstante—. Pasé por aquí pero habías cerrado y tuve que ir a otra tienda.

Wendy frunció teatralmente el ceño.

—Me fuiste infiel con otro —dijo, y acto seguido soltó una de sus características risotadas—. Bueno, es culpa mía. Me fui de vacaciones.

—Ahá.

—Dime, ¿Qué te trae por aquí?

Durante un instante Julia entró en pánico. No había preparado nada que decir y comenzó a balbucear sin sentido.

—Yo... Eh... Quería saber qué opinas de Pablo Picasso.

La tendera parpadeó confusa ante tal pregunta.

—La verdad, no puedo decir que el cubismo sea mi estilo pero considero que fue un pintor sobresaliente. ¿Por qué lo preguntas?

Julia empezaba a sentirse acorralada.

—Tengo que preparar una exposición y... —Improvisó sobre la marcha—. Creía recordar que tú conocías muy bien su obra, ya sabes: El Guernica, la Chica frente al Espejo, las Señoritas de Avignon...

—Por supuesto que las conozco pero sin duda tú debes saber más sobre este tema que yo —replicó Wendy. Todavía sonreía, pero a Julia le pareció que forzaba su expresión. La tendera salió entonces de detrás del mostrador y se acercó a la puerta, dio la vuelta al cartel que pendía de una ventosa pegada al cristal, dejando la palabra “cerrado” a la vista de los viandantes, y se volvió hacia Julia—. Se ha hecho tarde, tengo que cerrar. Si necesitas algo más...

Se le agotaba el tiempo, si no conseguía de Wendy lo que había ido a buscar y regresaba con las

manos vacías, Adrien pasaría mucho tiempo entre rejas. Se armó de valor y enfrentó a la que antaño había sido su amiga, alguien en quien no sabía ya si podía confiar.

—Iré directa al grano —declaró la pelirroja—. Busco a un falsificador de arte llamado Avignon, y sé que tú puedes decirme dónde encontrarle.

La expresión de Wendy no cambió, permaneció serena ante sus palabras.

—¿Quién te ha dicho eso? —Fue lo que finalmente preguntó.

—Eso no importa, sé que tú sabes cómo llegar hasta él y necesito encontrarle.

Wendy suspiró y regresó al mostrador. Comenzó a hacer el recuento de la caja facturada ese día como si nada, como si Julia no la hubiera acusado de estar compinchada con una intrincada trama de falsificación de arte. Tras cinco largos minutos en los que solo se escuchó el tintineo de monedas y el chasquido del tiquetero, Julia explotó. Se acercó al mostrador, lo golpeó con las palmas de las manos y gritó.

—¿¡Vas a decirme dónde está Avignon o tengo que obligarte!?

En el momento siguiente pasó algo para lo que Julia no estaba preparada. De debajo del mostrador de madera maciza Wendy extrajo una pequeña pistola con la que, discretamente la apuntó. En su cara, no obstante, no se reflejaba ningún signo de amenaza, parecía tranquila, inexpresiva.

Desde el exterior de la tienda nadie podía sospechar nada de lo que en realidad ocurría dentro. El cuerpo de Julia ocultaba a conciencia el arma, de modo que parecía una simple charla de dos mujeres, una a cada lado del mostrador.

—¿Qué...?

Julia tenía las sudorosas palmas de las manos aún sobre la madera, no se había atrevido a mover un solo músculo. No sabía cómo empezar a expresar la sorpresa, la incredulidad que sentía en ese momento, ni siquiera a sí misma. La idea de que su vieja amiga, la dicharachera tendera que le vendía materiales para pintar, fuese al mismo tiempo una criminal y que la estuviese amenazando con un arma, era inconcebible para Julia.

Miró a Wendy a los ojos, a esos ojos que hacía unos minutos eran alegres y amistosos pero que ahora desprendían una hostilidad evidente. Esa mirada le heló la sangre en las venas y al mismo tiempo le dijo dos cosas.

La primera: Que Wendy no dudaría en disparar el arma si era necesario.

La segunda: Que ella no iba a decirle cómo encontrar a Avignon, porque ella *era* Avignon.

—A la trastienda, ahora —dijo entonces la portadora de la pistola con una voz que no parecía la suya.

—Wendy, no hagas esto —fue lo único que a Julia se le ocurrió decir—. Tú eres una buena persona, lo sé... No hagas esto.

—¡Ahora!

A lo largo de los escasos seis metros que separaban a Julia de la puerta de la trastienda no encontró nada que pudiese ayudarle a escapar. Sí, había muchos objetos que podía usar para golpear a Wendy pero dudaba que nada alcanzase su objetivo antes de que una bala la alcanzase a ella. Era un suicidio intentar escapar, y al mismo tiempo sentía que no hacerlo le llevaba directa a su ejecución. ¿Sería Wendy capaz de matarla?

Apenas fueron segundos lo que tardó en llegar a la trastienda. Segundos durante los que su mente se llenó de imágenes. Pensó en su madre, en qué pensaría de ella si supiera el modo en que iba a morir. Pensó en Marga, en que no podría ir a su boda. Pensó en Stella, en que la iba a dejar sola en aquel mundo cruel. Pero sobre todo pensó en Adrien y en que esta vez la perdería de verdad y para siempre. Le dolió hacerle eso, deseó poder decirle al menos que lo quería. Que lo amaba de verdad

como nunca antes había amado a nadie.

Entró en la oscura trastienda llena de objetos almacenados: Caballetes, lienzos, botes de pintura, cajas de utensilios, paletas, botes de aguarrás...

De pronto un pensamiento diferente la asaltó: ¿Había falsificado Wendy algún cuadro en aquel lugar? ¿Sería aquella habitación la escena del delito?

Por lo que recordaba de ella en la facultad, no era especialmente buena en ninguna materia, más bien una estudiante mediocre, eso sí, con don de gentes y mucha labia. Por otra parte en las asignaturas prácticas siempre sobresalía, tenía mano para pintar aunque a menudo no consiguiera comprender las ideas detrás de las técnicas que tan bien imitaba. Todo lo contrario que Julia.

El sonido de los pasos de su captora tras ella la sacó de su ensimismamiento y se dio la vuelta. Wendy encendió la luz amarilla de la bombilla que pendía sobre sus cabezas de modo que Julia pudiera ver mejor que estaba acorralada, mientras seguía apuntándole con la pistola, con la misma expresión vacía que antes.

—¿Quién más sabe que estás aquí?

Nadie, nadie lo sabía, pero Julia comprendió que no podía decir eso.

—Hansen Lindström está en la cárcel, ha hecho un trato con la Fiscalía y nos ha llevado hasta ti —dijo, poniendo especial énfasis en la palabra *nos*—. No tienes escapatoria, hay policías alrededor de la tienda esperando a que salgas.

Durante un breve instante Julia pudo ver el miedo en sus pupilas, pero de pronto este se esfumó. No la había creído.

—Sabes Julia, sé muchas cosas sobre lo que has estado haciendo este último año —declaró expresando una amplia sonrisa en sus labios pintados—. Te has liado con un millonario poseedor de una de las colecciones de arte más ambicionadas del mundo, has salido en las revistas con él, y eso ha llamado la atención de sus enemigos. Lo siento por ti pero te metiste en la boca del lobo y yo no voy a ser quien te salve. Verás yo llevo mi negocio en riguroso secreto desde hace muchos años, me he labrado un nombre, mi caché es de los más altos del mundo y mis servicios gozan de una reputación excelente. No puedo dejar que todo se vaya al traste porque seas mi amiga, ¿Lo entiendes? Julia lo entendía, entendía que aquella mujer no era la persona que ella creía conocer, la persona que había formado parte importante de su juventud.

—¿Por qué has hecho esto? —Quiso saber Julia, le temblaban las manos, todo el cuerpo de hecho, aunque no sabía si era por el miedo o por la rabia.

—Por dinero, por fama... —Replicó Wendy, casi riendo—. Es difícil llegar a ser alguien de forma honrada, mírate a ti. De las mejores de la promoción y saltas de trabajo en trabajo sin pena ni gloria.

—Soy fiel a mis principios.

—¡Venga ya! Lo que eres es una cobarde.

Aquello fue la gota que colmó el vaso, no iba a quedarse ahí discutiendo con Wendy esperando a que, de una vez por todas, decidiera acabar la cháchara y matarla. Julia no era una cobarde, ya no... Cerró los ojos y se atrevió a decir lo que pensaba en realidad.

—Cuando pasen los años y mueras, ya no quedará nada de tu nombre, ni de tu trabajo. Lo único que habrás dejado atrás será una vida triste llena de secretos, de personas que no te conocían de verdad y de rechazo por parte de quienes realmente amamos el arte —dijo. Después abrió los ojos y desafió a su antigua amiga—. Tú jamás serás nadie.

Lo que vio al abrir los ojos, aparte de a una Wendy que destilaba ira por sus poros, fue a alguien más detrás de ella que sostenía un gran bote de pintura con el que la golpeó, dejándola inconsciente. La persona que había aparecido como por arte de magia para salvarle la vida a Julia era, sin duda, la

última que esperaba.

—¿Estás bien? —Preguntó Nina con ese acento delicado de escuela de pago.

Julia dio dos pasos atrás, casi inconscientemente. La última vez que vio a esa rubia y elegante mujer la había manipulado y engañado para que todos los asistentes a su fiesta de cumpleaños, especialmente su familia y la de Adrien, creyeran que era una mujer fácil que caía en los brazos de cualquier hombre con una buena billetera, como su primo Roger Magnusson.

Esta vez, sin embargo, Nina se agachó junto a la desvanecida Wendy y trató de arrastrarla al interior de la trastienda.

—Vamos, ayúdame —pidió—. La encerraremos aquí hasta que venga la policía.

—¿Has llamado a la policía?

—Claro, tonta. Estabas a punto de echarlo todo a perder dejándote matar.

Atónita, Julia la ayudó a arrastrar a Wendy y después ambas buscaron las llaves de la trastienda, sin éxito, así que finalmente Nina colocó una silla a modo de cuña que impedía que el pomo se moviese.

—¿Qué demonios haces aquí tú? —Preguntó Julia una vez se supo a salvo, aunque harta de no comprender nada de lo que ocurría a su alrededor—. ¿Y cómo sabes quién era Wendy y lo que estaba haciendo yo aquí?

Nina no parecía ofendida por su tono, como supuso que estaría, sino que tomó asiento sobre unas cajas, cruzó las piernas y la miró con esos ojos verde jade que ya no parecían tan taimados y crueles como los recordaba.

—Siéntate, te contaré una historia.

Capítulo 13

El amor es como un huracán indomable, cuando aparece ya no hay nada que pueda detenerlo. Arrasa con todo y tú no puedes hacer nada más que huir o afrontar el desastre.

Nina había conocido a los hermanos Lindström a la edad de tres años cuando sus padres se mudaron a esa coqueta casita en las afueras de la ciudad de Estocolmo, huyendo como supo después del lío amoroso que su padre había tenido con una vecina de su anterior barrio.

En su nuevo hogar no había nada que le gustara, nada divertido. La casa más cercana estaba a dos kilómetros de distancia a pie, a través del denso bosque helado, y la familia que vivía ahí tenía dos hijos, dos chicos que seguramente serían unos brutos y solo querrían jugar a pelear y a fútbol.

Nina no recordaba, como se suele decir, el momento exacto en que vio por primera vez al que sería el amor de su vida; de hecho no podía encontrar en su mente el recuerdo de su primera visita a casa de los Lindström, pero con el paso de los años y de alguna manera que nunca llegaría a comprender del todo, su vida se formó en torno a esos dos chicos. Uno de ellos, Hansen, tenía su edad y el otro, Adrien, era unos años mayor. Casi todas las tardes iba a merendar con ellos y jugaban al escondite en su inmensa casa, o a buscar el tesoro en el jardín... A veces iban a montar a caballo, visitaban el acuario, o iban a pescar a la costa con el tío de Nina que vivía del Estado porque de joven había perdido un brazo en un accidente cuando trabajaba en un pesquero. Se llamaba Ralph.

Como sucede a menudo el tiempo pasó sin que ninguno se diese cuenta, y la infancia dio paso a la pubertad. Adrien la alcanzó antes, por supuesto, y comenzó a abandonar las tardes de juegos para asistir a clases extraescolares de idiomas, de protocolo y de todo tipo de doctrinas que debía dominar el día que sustituyese a su padre en la gerencia de la empresa familiar.

Mientras tanto la adolescencia llegó y aunque Nina nunca lo admitiría, su primer pensamiento amoroso no fue dedicado a Adrien, sino al chico de rodillas peladas y sonrisa traviesa que debía ser más como un hermano para ella. Su primer enamoramiento fue con Hansen.

Nunca demostró ninguno de aquellos frágiles sentimientos pues estaba segura de que él no sentía lo mismo por ella, pero conforme ellos crecían, sus padres comenzaban a planear el futuro sus hijos.

Adrien había empezado la universidad e iba camino de convertirse en un hombre de provecho, el tipo de marido que unos padres desean para su hija. Hansen, sin embargo, fue enviado a estudiar a Boston a un internado donde pasó los años de la escuela secundaria.

Nina iba a un instituto femenino en el centro de Estocolmo, muy cerca de la facultad donde Adrien estudiaba y donde ella comenzó a estudiar poco después. Solían comer juntos, a menudo incitados por sus padres. Las cenas de los sábados por la noche eran habituales para las dos familias y también hubo algún viaje a esquiar o a navegar. Con todo, resultó muy fácil que Nina terminara enamorándose de Adrien, y aquellos sentimientos de mujer de dieciocho años eclipsaron por completo los de la niña de catorce.

Durante el tiempo que duró su compromiso con Adrien, Nina se convenció de que lo amaba tanto y con tanta fuerza que su vida se redujo a esa relación. Vivía, respiraba y se movía con la única ilusión de convertirse próximamente en su esposa. Hasta que dos días después del anuncio oficial de su compromiso a las dos familias, se encontró a Hansen en el bosque.

Sus palabras, el tono desesperado de su voz, la expresión de infinito sufrimiento que descubrió en esos ojos azules... Su interior se sacudió como si se desencadenara un violento terremoto. En el momento en que la besó, aunque fuese un beso robado, estuvo a punto de perder todo aquello que

daba estabilidad y sentido a su vida. ¿Hansen la amaba? Pero ella... No. Ella había sentido un breve encaprichamiento cuando eran niños, una tontería. Ella estaba locamente enamorada de Adrien, y él de ella. Se iban a casar.

Lo rechazó, por supuesto, y desde ese momento Hansen desapareció de su vida y de la de toda la familia. Nina se convenció de que sentir su ausencia era normal, era su cuñado y su amigo de la infancia, pero algunas noches mientras dormía al lado de Adrien se descubría a sí misma añorándole tanto y con tanta intensidad que no podía ser normal. Pensó que jamás volvería a verle, se hizo a la idea y continuó con la idílica vida que entre sus padres y ella misma habían construido.

El tiempo pasó y un nuevo deseo inundó su corazón. Quería tener un hijo y se lo propuso innumerables veces a Adrien, pero este siempre ponía alguna excusa. «Ahora no es el momento, tengo que cerrar un trato importante» «Tengo mucho trabajo, no tendré tiempo para dedicarle a un niño» «Viajo demasiado y no quiero que estés sola» y Nina lo aceptaba aunque en el fondo sabía la realidad detrás de aquellas palabras. Adrien no quería hijos. A menudo se preguntaba el por qué y por muchas vueltas que le daba al final solo una razón tenía sentido. Adrien no la quería. Entonces, ¿Por qué se había casado con ella?

Nina pasaba sola la mayor parte del tiempo en el céntrico ático de Estocolmo. Sí, dedicaba sus días a organizar eventos para una fundación, a hacer ejercicio, a tomar té con sus amigas del colegio... Pero en realidad era una mujer solitaria a la que constantemente se le negaba un deseo insistente y recurrente: Ser madre.

De pronto un día, mientras paseaba por la calle en dirección a casa de una de sus amigas, vio el coche de Adrien en la acera contigua. Quiso acercarse pero tuvo que detenerse en un paso de peatones, a la espera de poder cruzar. Fue entonces cuando lo descubrió. Una mujer despampanante, morena y muy guapa, estaba sentada en el asiento del copiloto. Vio claramente cómo su marido se inclinaba y la besaba con pasión en la boca a modo de despedida. Después ella salía del coche y desaparecía en el interior de un portal.

Nina se quedó de piedra, quieta frente al paso de peatones que ya estaba en verde. No cruzó, se dio la vuelta y regresó a casa mientras llamaba a su amiga para decirle que no se encontraba bien y que quedarían otro día.

Pensó que se sentiría triste por el engaño de Adrien pero en realidad la tristeza era apenas una sombra en la mezcla de emociones que se desataron en su interior. Las más intensas fueron la rabia, la vergüenza y el sentimiento de traición. No, Adrien no la quería. ¿Por qué demonios se había casado con ella?

Tal vez era cierto que tenía una personalidad trastornada, como más tarde le diagnosticaron, porque esa rabia que estalló en su interior la desbordó. No supo cómo manejar el modo en que aquel descubrimiento la afectó y lo único que la hacía sentir mejor era ignorar la razón y el sentido común. Se transformó en una mujer celosa, exigente, irracional... Si Adrien se había casado con ella, si le había enamorado hasta el punto de convertirse en el centro de su vida, entonces tenía que cargar con las consecuencias.

Pasó un año más y, aunque Nina sabía que Adrien le era infiel de forma habitual, ella se tomaba sus propias represalias. Pensó en vengarse del modo más cruel que se le ocurriera, incluso ideó un plan para divorciarse y llevarse consigo todo su dinero. Pero antes de que ningún plan malévolo llegase a buen puerto Nina descubrió que estaba embarazada.

De pronto sintió que por fin su vida empezaba a cobrar sentido, el dolor y la rabia empezaron a desaparecer y un nuevo horizonte de luz se abrió para ella. Sí, tal vez Adrien no la amase pero él podía seguir con sus líos mientras ella dedicaba su vida al verdadero amor, el de una madre por sus

hijos.

Entonces ocurrió. Aquel incidente en el fin de semana de empresa que los directivos de Lindschmidt, incluido Adrien, pasaron en el lago Vänern. Cuando el asunto del accidente quedó aclarado Adrien respiró tranquilo, pero para Nina fue entonces cuando empezó el calvario. La prensa rosa se enteró de que su matrimonio no era ni de lejos la unión idílica que parecía y se habló de ello durante meses. A menudo la compadecían y sentían pena por ella pero otras veces incluso la insultaban e insinuaban que ella era el problema de la relación. Nina pasó tanta vergüenza aquellos días... La humillación que estaba sufriendo por culpa del comportamiento de Adrien superaba todos los límites de lo soportable, y sí... perdió la cabeza.

Fue solo un momento, un instante de soledad y debilidad. Esa noche Nina no pensó en nada salvo en que no quería seguir sufriendo más, y se tomó todas las pastillas de aquel bote de Loracepam, un medicamento recetado mucho tiempo antes del embarazo para controlar sus estados de ansiedad.

Mientras la sobredosis de benzodiazepinas empezaba a hacer su efecto, Nina se abrazó el vientre ya abultado y pidió perdón al niño que no nacería. Al mismo tiempo deseó que su muerte y la del bebé fuesen el dardo envenenado definitivo que en vida no había podido dañar a Adrien. Ojalá le doliese... Ojalá.

Se fue quedando dormida con odio en su mente y en su corazón, pero entonces una breve imagen se abrió paso. Hansen. ¿Dónde estaría? ¿Se apenaría cuando supiera que ella había muerto?

Ya no pensó más...

Despertó unos días después con un dolor insufrible por todo el cuerpo y agujas martirizando su cabeza sin cesar. Los médicos dijeron que habían conseguido salvarla casi milagrosamente pero que el niño no había sobrevivido, de hecho la situación se complicó tanto que todo su aparato reproductor quedó dañado. Ya nunca más podría tener hijos.

Nina no recordaba casi nada de los meses que siguieron a aquel día que despertó en el hospital. Fue como si su cabeza se desconectara, como si se retirase a alguna parte alejada del mundo mientras su cuerpo se quedaba ahí. La internaron en un hospital psiquiátrico, le diagnosticaron una grave crisis nerviosa y un trastorno de personalidad límite. La medicaron para apaciguar la neurosis y la mantuvieron vigilada para que no volviese a intentar suicidarse, cosa que aún así trató de hacer al menos dos veces más.

Había momentos en que Nina pensaba que en realidad sí había muerto y que aquello era el Infierno, algo merecido teniendo en cuenta que había matado a su bebé. Pero entonces recibía la visita de sus padres, de los Lindström e incluso de Adrien y comprendía que no, que por desgracia estaba viva y que era muy posible que terminase sus días atrapada en aquel horrible lugar, arrepintiéndose una y mil veces de haberse tomado aquel bote de pastillas.

Pasó un año entero allí y nada parecía avanzar. El protocolo anti suicidio seguía activo y Nina ni siquiera podía ir al baño sola. La medicación hacía que sus días fueran confusos, borrosos, y que la mayor parte del tiempo transcurriese en una nube. Empezó a temer quedarse atrapada en aquel sinvivir para siempre, o al menos hasta que consiguiera matarse, pero entonces recibió una visita diferente.

Era jueves, o miércoles, ¡Qué más daba! Los celadores la recogieron en su habitación y prácticamente la arrastraron hasta la sala de visitas. Ahí había alguien esperándola. Al principio pensó que era Adrien y quiso regresar a su habitación, pero luego miró mejor y vio que se trataba de Hansen.

Habían pasado ya tres años desde la última vez que lo vio. Desde aquella mañana en el bosque.

¡Dios! ¿Por qué no la habían avisado? Estaba horrible, demacrada, con el pelo revuelto y ese

horrendo camisón blanco. Era incluso peor de lo que pensaba, de hecho, lo supo cuando los azules ojos de Hansen se fijaron en ella. Lo que leyó en ellos fue una tremenda sorpresa, seguida por enfado e indignación.

—¿Que te han hecho? —Preguntó él con un hilo de voz, sin saludar, sin decir antes nada más.

—No... Yo, he sido yo —respondió ella.

Deseaba que los celadores se marchasen, que les dieran un poco de intimidad, pero eso no era posible de modo que tuvo que hablar con Hansen con aquellos dos hombres a sus espaldas, vigilando sus movimientos.

—¿Dónde estabas? —Quiso saber ella.

—Viajando...

Hubo un largo silencio durante el cual ambos desearon decirse muchas cosas pero ninguno se atrevió a hacerlo.

—Lo siento Nina, tendría que haber estado aquí, tendría que haber luchado más —dijo Hansen finalmente—. Así tal vez hubiera evitado que Adrien te hiciese esto.

—No fue él, lo hice yo —insistió Nina.

—¿Cómo puedes defenderle? ¡Te ha metido en un manicomio!

—Eso es porque estoy loca —contestó ella, su voz era solo un hilo apenas audible—. Maté a mi bebé.

—¿Cómo?

Con mucho esfuerzo Nina le contó lo que había ocurrido en realidad. Le explicó que estaba pagando una condena que merecía y que Adrien no tenía toda la culpa. No le habló de sus infidelidades y de las constantes humillaciones que había sufrido en el breve tiempo de su convivencia como matrimonio pues, al fin y al cabo, nada de eso podía justificar lo que ella había hecho. Aún así Hansen no lo aceptó.

—Ni siquiera después de todo esto te das cuenta de la verdad —masculló él. Tenía hielo en la mirada y los puños fuertemente cerrados sobre la mesa blanca de la sala de visitas—. Todos estáis ciegos, ninguno veis que el único que merece estar encerrado es él.

—Hansen, no...

Nina estaba cansada, incluso hablar era un esfuerzo enorme para ella.

—Quédate aquí pagando esa condena que crees que mereces, eres una estúpida —bramó Hansen, levantándose de la mesa con brusquedad—. No volveré a visitarte.

Y sin más, se marchó.

Aquella visita, no obstante, despertó algo dentro de Nina. Empezó a plantearse la posibilidad de trabajar para recuperarse, colaboró con sus médicos y siguió su tratamiento. Unos meses después se sentía mucho mejor. Recibió entonces la visita de Adrien y por fin se atrevió a hablar con él de lo ocurrido y, aunque no pidió perdón por el daño que a él le había causado, accedió a divorciarse. Solo unos días después una persona que no conocía fue a visitarla, se trataba de un abogado que le trajo los papeles del divorcio y Nina los firmó.

—Aquello fue el inicio de mi recuperación —dijo, de vuelta al presente, a la tienda de materiales de bellas artes de una pequeña calle de Notting Hill donde acababa de salvar la vida de una mujer a la que en realidad nunca había odiado.

Julia la miró con una expresión extraña. Parecía atónita, apenada, incrédula y atormentada, todo al mismo tiempo. Nina estaba segura de que desde el momento en que se conocieron Julia había pensado que era una bruja malintencionada que solo quería recuperar a su ex marido a costa de cualquier cosa. Una mujer despechada que no había dudado en hacerle daño para alejarla de Adrien.

Y en cierto modo así era, Nina no había tenido escrúpulos a la hora de dejar a Julia en evidencia, pero sus intenciones nunca habían sido las que la pelirroja creía. Nina no quería recuperar a Adrien. Nina quería que él estuviera solo, que perdiera a todas las mujeres que llegase a amar, si es que alguna vez amaba a alguna, que sufriera como le había hecho sufrir a ella... Pero ya era suficiente.

—No consigo entenderlo —habló por fin Julia—. ¿Por qué me has ayudado? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Hansen me pidió que te ayudara, que te metías en algo muy peligroso —respondió—. Me contó que Avignon era despiadado y que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de no ser desenmascarado... Lo que no imaginaba es que Avignon fuese una simple tendera de barrio.

—Yo tampoco —replicó Julia—. De hecho creía conocerla, pero...

—Las personas a menudo sorprenden —dijo Nina.

Julia la miró con intensidad. Seguía sin comprender nada, tenía muchas preguntas agolpándose en su cabeza, pero antes de poder formular una, Nina volvió a hablar.

—Quizá te cueste creerlo pero lo cierto es que Hansen no es tan malo como piensas, en el fondo tiene un buen corazón.

—Tienes razón, me cuesta creerlo —contestó Julia quizá con demasiada brusquedad.

Justo en ese momento la sirena de un coche patrulla las alertó de que por fin habían llegado las autoridades. Los policías despertaron a Wendy y la detuvieron como sospechosa de delitos de falsificación y tráfico de bienes culturales. También obligaron tanto a Julia como a Nina a acompañarles a la comisaría a prestar declaración como testigos.

Parecía imposible que, después de todo lo que habían sufrido, algo pudiera salir mal, pero la preocupación estaba muy presente ese día en la vista para la sentencia contra Hansen Lindström. En el primer banco de la sala se encontraban Nina, Julia y Adrien. Tras ellos, sus padres Alfred y Mathilde, que habían viajado expresamente a Londres el día anterior.

Adrien jamás imaginó que su novia y su ex mujer podrían estar sentadas una junto a la otra en un mismo lugar de forma tan civilizada y con sus padres tan cerca sin causarle un síncope por la tensión, pero parecía que tras aquella charla en la tienda de Avignon, que había resultado ser Wendy, la tendera, Julia y Nina habían alcanzado una suerte de simbiosis, un acercamiento, quizá hasta una conexión, que había hecho que ambas olvidaran su rivalidad y todo lo que había acontecido entre ellas previamente.

Cuando fue liberado de aquella celda tras más de veinticuatro horas encerrado en el calabozo de la comisaría, Adrien pensó que estaba delirando al ver que las dos estaban esperándole. Sintió un crudo acceso de temor y desconfianza hacia su ex mujer mientras, al mismo tiempo, se sentía aliviado de que el arriesgado plan de cazar al falsificador Avignon hubiera terminado con Julia ilesa. Sin embargo se encontraba tan exhausto que no preguntó más de lo necesario, se dejó llevar al apartamento de Julia mientras Nina regresaba a su hotel.

Cuando despertó unas pocas horas después en la cama de la habitación de Julia la escuchó hablar en el pequeño salón con alguien. Se asomó y comprobó que estaba al teléfono.

—Sí tía, estamos bien —decía—. Dile a Stella que no se preocupe. Te prometo que pronto iremos a verte. Sí, adiós.

Adrien carraspeó para llamar la atención de la pelirroja que se volvió hacia él.

—Hola —sonrió ella. Esa sonrisa suya tan dulce era como una flecha directa a su corazón—. ¿Has

descansado un poco?

—Sí.

Quería preguntarle por lo ocurrido, pero no estaba seguro de si saber todos los detalles de lo acontecido mientras él estaba preso sería bueno para sus nervios.

—Fuimos amigas íntimas durante cuatro años en la facultad —dijo entonces Julia, inesperadamente. Adrien se sentó a su lado en el sofá, dispuesto a escuchar sin alterarse todo lo que ella tuviera que contarle—. Ya no hablábamos tanto, algún mensaje de vez en cuando y nos veíamos cuando iba a comprar materiales a su tienda. Nunca pensé que fuera nada más que lo que parecía, una chica que tenía una tienda de arte. Y resulta que llevaba una doble vida... Me apuntó con una pistola y estoy segura de que hubiera disparado si Nina no llega a aparecer.

Aquel parecía el momento típico en que cualquiera rompe a llorar por la frustración, por la impotencia de ver lo cruel y dolorosa que puede ser la realidad, sin embargo Julia no lloró. Mantuvo la mirada dorada fija en algún punto indeterminado de la pared.

—¿Nina te salvó?

Julia asintió.

—Apareció de pronto y golpeó a Wendy con un bote de pintura —dijo—. Hansen le pidió que lo hiciera, que me vigilase.

Adrien frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No te enfades —advirtió Julia—. Nina me lo ha contado todo, todo lo que tú me dijiste sobre vuestra relación, pero desde su punto de vista. Ha sufrido mucho por ti Adrien pero parece que lo ha superado, y creo que es gracias a Hansen.

—No te entiendo —confesó Adrien, tal vez todavía estaba un poco aturdido.

—Ellos están enamorados —explicó ella.

Julia trató de explicarle con todo el tacto de que fue capaz, la historia que había escuchado de los labios de Nina. Al final, Adrien parpadeó un par de veces, confuso. ¿Su hermano y su ex mujer?

—¿En serio?

Julia asintió de nuevo. Durante un minuto Adrien se mantuvo en silencio pero después sacudió la cabeza.

—No me importa lo que sea de esos dos —replicó él, y con el corazón en un puño continuó—. Quiero saber si tú estás bien y... si estamos bien.

Julia deslizó la mirada hasta la suya y asintió de nuevo.

—Estoy bien —dijo—. Estamos bien.

La abrazó sin más dilación, suspirando para liberar el terrible peso que llevaba dentro de sí desde que la viera desaparecer de aquel habitáculo donde le tenían enjaulado, incapaz de evitar que la mujer a la que amaba fuera detrás de un peligroso delincuente, poniendo en peligro su vida. La abrazó fuerte para que nunca más se marchase de su lado.

—Me vas a ahogar, Adrien —protestó ella cariñosamente.

—Lo siento.

Él aflojó su agarre y la miró con infinita ternura. No podía creer que por fin todo hubiese terminado, que ella conociera todo su pasado y aún así continuara amándole, que la última trampa de su hermano para destrozarle la vida hubiera fracasado y que su ex mujer finalmente hubiese desistido en su afán por arruinar su relación.

—Necesitas una ducha —comentó entonces Julia, sacándole del hilo de sus pensamientos para traerle al momento real, a la vida sin dramas que estaban a punto de emprender juntos. Adrien sonrió.

—Los dos la necesitamos.

Adrien abandonó aquellos recuerdos en el momento en que el magistrado hizo su aparición en la sala y tomó asiento en el estrado. Hansen, desde su lugar en el banquillo de los acusados, se levantó al mismo tiempo que su abogado Smith y todos los demás profesionales de la sala. Todos volvieron a sentarse después, cuando el juez dio comienzo a la sesión.

Los asistentes escucharon con la respiración contenida la perorata legal que tanto el fiscal como el juez emitieron acerca de los cargos que se mantenían contra Hansen, las pruebas, los pactos, los atenuantes y eximentes aplicables y demás aspectos que iban a influir en el desenlace del caso.

Finalmente el juez se dispuso a emitir la sentencia.

—Hansen Lindström, vistas todas las pruebas y alegaciones en su favor, puesto que ha restituido las obras de arte robadas, y dada la colaboración aportada gracias a la cual se ha conseguido detener a uno de los delincuentes más buscados del país, estimo que existen razones suficientes para reducir su sentencia a una indemnización de 500.000 libras esterlinas al señor Adrien Lindström, así como una pena de prisión de un año y seis meses —declaró el juez—. Puesto que ya ha cumplido dos meses de prisión preventiva aquí, en Reino Unido, se le deportará a su país natal, Suecia, donde cumplirá el resto de la pena en libertad vigilada.

El golpe seco con el mazo puso punto y final a un episodio que a partir de entonces todos preferirían olvidar.

Adrien vio cómo Nina, exultante de felicidad, corría a abrazarse a su hermano menor y le besaba en la boca. Todavía le resultaba impactante la idea de que en algún momento de su vida, sin pretenderlo, se había interpuesto en la felicidad de ambos igual que ellos se habían interpuesto en la suya, si bien en su caso fue intencionado él añadía a su lista un motivo más para sentirse mal.

Aunque no había perdonado a su hermano, se alegró de que la sentencia le fuese favorable. Bien está lo que bien acaba.

Se volvió hacia Julia que le llamaba con suaves toques en el brazo.

—Vámonos o llegaremos tarde —le advirtió.

Adrien se volvió hacia sus padres que, también contentos, se despidieron de él y de Julia. Había conseguido que olvidasen, de una vez por todas, su recelo hacia la pelirroja. Comprendía que la primera impresión que tuvieron de ella en la fiesta de cumpleaños de Nina, en Estocolmo, no fue la más adecuada para ellos dado su carácter y la importancia que siempre habían otorgado al decoro, la discreción y la elegancia; pero finalmente Adrien consiguió hacerles entender que Julia no era así, que todo había sido un montaje de Nina y ese imbécil de Magnusson. Desde entonces al menos la aceptaban y la trataban con cortesía, y Adrien estaba seguro de que con el tiempo, cuando la conocieran de verdad, se enamorarían de ella como había hecho él.

Salieron al exterior del edificio del juzgado. Algo más lejos de la entrada habían dejado estacionado el coche de alquiler que habían recogido esa misma mañana y con el que pensaban conducir hasta Surrey, igual que habían hecho casi dos meses atrás, cuando Adrien escapaba de la policía. Esta vez, no obstante, el motivo era mucho más alegre. Ese día era la boda de tía Marga.

Capítulo 14

Llevaban recorrido la mitad del camino cuando el móvil de Adrien comenzó a sonar en el bolsillo de su chaqueta. Esta vez él conducía y no habían conectado el manos libres de modo que pidió a Julia que contestase por él.

—¿Diga?

—¿Hola? —Escuchó una voz masculina con acento francés al otro lado—. Quisiera hablar con Adrien Lindström.

—Ahora mismo —Julia conectó el altavoz.

—¿Allô?

—Hola Fabien, ¿Cómo va todo por ahí? —Contestó Adrien en francés.

—Todo sobre ruedas *mon ami* —respondió Coutard—. Esperando a que regreses. Gaminde se está ocupando de todo en tu ausencia.

—Estupendo.

Adrien miró de reojo a Julia. Sabía que no comprendía casi nada del francés pero aún así temía que su pequeño secreto fuese desvelado antes de tiempo.

—¿Qué hay de aquello que te pedí? —Se atrevió a preguntar finalmente.

—No ha sido fácil pero he conseguido uno a muy buen precio, en la rue Nicolette en pleno barrio de Montmartre.

Lo habían decidido hacía poco pero parecía seguro que después del juicio, una vez hubieran asistido a la boda de Marga y Julia hubiera llevado a cabo todo el papeleo necesario para ello, ambos se trasladarían a vivir a París.

El apartamento de Julia estaba en venta y pronto conseguirían comprador, según había asegurado la inmobiliaria contratada a tal efecto. Igualmente la mansión de Adrien había sufrido una reforma para convertirse en dos viviendas independientes. La más pequeña seguiría siendo propiedad de Adrien, un lugar al que ambos podrían regresar siempre que quisieran, mientras que la grande había sido alquilada. Con eso y su trabajo en París podrían vivir sin problemas, incluso en el caso de que Hansen nunca llegase a pagar la indemnización impuesta por el juez.

—Perfecto —respondió Adrien a Coutard—. Nos vemos el próximo lunes.

—*Au revoir*.

Colgó y poco después llegaron a Clarendon justo a tiempo para la ceremonia.

Las campanas de la iglesia ya repicaban llamando a los asistentes al enlace más esperado del momento. No se solían celebrar muchas bodas en aquel pueblo tan pequeño, mucho menos cuando los contrayentes eran lugareños de edad avanzada. Todo el pueblo quiso asistir, parecía que no faltaba nadie en el templo cuando Adrien y Julia entraron. Ambos se adelantaron hasta los primeros asientos y esperaron. Apenas un par de minutos después una señora tan mayor que parecía a punto de quebrarse comenzó a tocar enérgicamente una marcha nupcial en un organillo electrónico que, sin embargo, sonaba bastante bien.

Carl, vestido con un traje gris muy elegante, apareció al fondo del pasillo del brazo de Stella. La hermana de Julia, radiante con su pelo cobrizo y su piel pecosa tostada por el sol, acompañó al hombre hasta el altar donde él aguardó a su futura esposa. Marga llegó poco después, del brazo de un hombre de mediana edad que, Julia supuso, sería el hijo de Carl. Su tía estaba exultante, llevaba un vestido blanco con flores estampadas, una rebeca de punto rosa y una pequeña pamelita a juego con su

ramo de novia confeccionado con rosas frescas y hortensias blancas. Sin embargo lo más destacable de su aspecto era, sin duda, su sonrisa deslumbrante.

Parecía imposible que, después de tantos años sola, desde la muerte de su marido John hacía más de dos décadas, Marga hubiera encontrado a alguien con quien compartir el resto de su vida. Era algo tan bonito que Julia no pudo evitar pasar toda la ceremonia lagrimeando, a pesar de lo mucho que odiaba sentirse tan vulnerable y emocional en público.

Más tarde, una vez que los novios se dieron el sí quiero y todo el pueblo estalló en aplausos y vítores para celebrarlo, los invitados al convite se dirigieron a la casa de Marga. Allí sus amigas Hilda y Doris se habían ocupado de preparar un succulento pastel de carne con abundantes patatas, pudín de calabaza, verduras asadas y postres de aspecto increíble. Todo aquel festín aguardaba en la cocina mientras que, en la sala de estar, se había dispuesto una mesa para acoger a los contrayentes y a toda la familia: Los dos hijos de Carl con sus mujeres y sus tres niños de edades comprendidas entre los diez y los catorce años; Stella y Julia, Adrien y por supuesto las inseparables amigas de Marga. Toda una familia feliz, como su tía Marga siempre había deseado.

Por enésima vez Julia sintió un acceso de llanto pero esta vez lo controló. Comprobó que Adrien estaba ocupado hablando con uno de los hijos de Carl y se acercó a Stella. Con un silencioso gesto pidió a su hermana que la acompañase arriba mientras se servían las bebidas.

—¿Qué pasa, Julia? —Quiso saber Stella.

—Sujétame esto y no te alteres con lo que te voy a contar.

Stella parpadeó cogiendo el bolso de Julia en el que esta comenzó a buscar hasta extraer una cajita de cartón alargada.

—¡Madre mía! —Exclamó la hermana mayor al comprender de qué se trataba.

—Lo he comprado esta mañana mientras Adrien estaba alquilando el coche. Necesito que me ayudes, tengo los nervios de punta y no sé si estoy preparada para...

—A ver, cálmate —sugirió Stella abrazando a su frenética hermana pequeña por los hombros—. Vamos paso por paso. Primero, vamos al baño.

Ambas se encerraron en el cuarto de baño del segundo piso y después Stella sacó el dispositivo de su envoltorio, también cogió las instrucciones y las leyó detenidamente antes de tenderse a su hermana.

—Ahora haz pis en el palito.

—No puedo.

—Claro que puedes.

—Vale, pero date la vuelta.

Stella lo hizo y aunque tardó un poco, al fin Julia hizo lo que debía.

—Tenemos que esperar un poco —señaló.

Consciente de que esos minutos podían ser los más largos de la vida de su hermana, Stella buscó algo de qué hablar para distraerla antes de que le diese un ataque de ansiedad. Se preguntó si sería ese un momento acertado para contarle lo que llevaba días guardándose para sí.

—He encontrado a Kevin —dijo de golpe, sin pararse a pensarlo por más tiempo.

Por suerte aquello atrapó de inmediato la atención de su hermana, que la miró fijamente con esos ojos de gato, tan particulares.

—¿Cómo?

—Sí, fue por casualidad —explicó—. Un antiguo compañero mío que ahora trabaja para el canal Sky Living en Irlanda me envió un vídeo el otro día. Me dijo que estaban grabando un reportaje sobre una granja y una vez tuvimos un incidente con una vaca en una grabación, bueno... eso es otra historia. El

caso es que me mandó ese vídeo como una broma pero vi que uno de los que le acompañaban se parecía mucho a Kevin, era él, estoy segura.

Julia escuchó a su hermana, totalmente absorta en su relato.

—¿Y qué hiciste?

—Al principio no me atrevía pero ese vídeo se convirtió en una obsesión, así que llamé a mi amigo y le pregunté directamente —contestó Stella—. Me dijo dónde vive Kevin, me dijo que lo conocía desde hacía un par de años y que no está casado y.... Quiero ir a verle, saber si todavía... pero...

Julia comprendió mejor que nadie los miedos e inseguridades de su hermana, de modo que no dudó en decir lo siguiente.

—Yo iré contigo.

—¿De verdad? —Stella sintió un profundo alivio al oír aquello—. ¿No tienes mucho que hacer en París? Instalarte, buscar un estupendo trabajo, aprender francés...

—Adrien puede apañarse unos días sin mí y yo me ocuparé de todo eso cuando hayamos encontrado a Kevin —replicó—. Nada es más importante que ayudar a mi hermana.

Las dos se abrazaron con afecto. Fue entonces cuando Stella miró el aparato que llevaba algunos minutos esperando en la encimera del lavabo.

—Bueno, quizá sí haya algo más importante.

No había sido demasiado complicado convencer a Adrien de que se marchase sin ella en primer lugar, incluso habiendo prometido a Stella que no le contaría la verdadera razón del viaje que iban a emprender juntas. Sin embargo le había resultado demasiado duro buscar la forma de decirle lo que su hermana y ella habían descubierto en el cuarto de baño de la casa de campo de tía Marga, el día de su boda. Julia no había tenido el valor de contárselo y, como excusa que solamente servía para ella misma, se dijo que ayudar a Stella a reunirse con el amor de su vida era un asunto prioritario. Ya le diría a Adrien que iban a ser padres a su vuelta, cuando se instalase con él en París.

Lo cierto era que había sido bastante imprudente desde que Adrien volviera a aparecer en su vida pues, aunque cuando lo conoció y mientras estuvo con Vincent tomaba anticonceptivos, después de lo de Estocolmo y tras la dolorosa primera ruptura de su relación con Adrien, había dejado de hacerlo. No lo retomó después, cuando conoció a Will, y en el momento en que Adrien regresó a su vida, su mente estaba demasiado ocupada como para recordarlo. ¡Qué descuidada había sido! Ahora le tocaba pagar las consecuencias aunque, para ser sincera, el horror inicial de su descubrimiento pronto quedó aplacado por un sentimiento que jamás hubiera imaginado. Nunca había sido una mujer que aspirase a ser madre, ni siquiera se lo había planteado seriamente a pesar de tener ya los treinta, pero ahora que había sucedido se sentía feliz, más que feliz, pletórica. Dentro de sí estaba creciendo una criatura fruto de un amor que había cambiado su vida por completo, un ser creado por ella misma y por el hombre al que amaba con todo su corazón. ¿Por qué iba a tener miedo o a sentir rechazo ante algo así?

Al día siguiente de la maravillosa boda campestre de tía Marga, Adrien se marchó a Estocolmo con sus padres, por su parte Julia y Stella se pusieron en marcha, dirección Kilkenny, Irlanda, el lugar donde Kevin vivía según el amigo común con Stella. Sería un viaje corto, solo una hora y media desde el aeropuerto de Luton hasta Dublín, y de allí cogerían un autobús hasta Kilkenny.

Lo que Julia no imaginaba era lo impresionante de los paisajes irlandeses, la belleza vibrante del cielo azul en aquel despejado día de comienzos de abril.

Apenas había salido de Inglaterra y nunca había imaginado lo mucho que se estaba perdiendo fuera. El año anterior a Estocolmo, ahora a Irlanda y en breve se mudaría a París. Apenas podía reconocerse en el reflejo que la ventana del autobús le devolvía, pues ahí podía ver a una mujer muy distinta de la que había sido: abierta, espontánea, natural... Aquella era una personalidad más similar a la de Stella, y sin embargo había sido Julia la artífice de ese viaje. Ella había preparado el equipaje, reservado el vuelo y también el alojamiento. Ella había despejado las constantes dudas que asaltaban a Stella y que podían haber terminado con aquella aventura antes siquiera de emprenderla. ¿De verdad había sido ella quien había empujado a su hermana a ir en busca de su amor perdido, únicamente con una dirección y un puñado de ilusiones? ¡Qué locura!

«Si las cosas hubieran sido al contrario, yo jamás hubiera aceptado» pensó, aunque luego recordó su apresurado viaje a Estocolmo.

Tal vez todo era relativo. Era cierto que antes de conocer a Adrien jamás hubiera hecho nada semejante por Vincent, por Will o por cualquier otro de sus novios; sin embargo lo hizo por Adrien. Él la había cambiado de tantas formas y tan profundamente...

Pensó entonces en su madre, en la triste vida que había llevado, rechazando la mera existencia del amor, y se preguntó si alguna vez había sido feliz con su padre o si simplemente Ann había tenido la peor de las suertes y nunca había sentido en su vida la sensación de estar con la persona indicada. Sí, podía haber sido así... Y sin embargo Marga había encontrado a alguien especial dos veces en una vida. ¡Todo era posible!

Se volvió entonces hacia Stella, tenía los ojos verdes brillantes, fijos en algún punto del horizonte. Ella había tenido suerte una vez, había conocido al amor de su vida pero lo había dejado marchar y ahora corría tras él para recuperarlo. Julia pensó que no solo el amor era real, sino que las segundas oportunidades también existían, pero estas había que perseguirlas, luchar por ellas, como Adrien había luchado por recuperarla a ella y como Stella estaba haciendo en ese momento.

Un sentimiento de calidez llenó entonces su corazón. Alargó la mano hasta coger la de su hermana, que permanecía apoyada sobre su pierna, e intentó transmitirle ese optimismo, tan inusual en la Julia de antes.

—¿Estás nerviosa? —Quiso saber, aunque ya conocía la respuesta.

Sin embargo Stella sacudió la cabeza y sonrió.

—Estoy deseando verle.

Un rato después el autobús llegó a una villa de aspecto medieval, uno de los lugares más hermosos que Julia había visto jamás. Las hermanas descendieron del vehículo y cogieron su equipaje del maletero. Todavía era mediodía de modo que buscaron un lugar para comer algo, después irían en busca de la granja donde Kevin vivía.

Julia estaba muerta de hambre y engulló sin ningún tipo de decoro un succulento sándwich de bacon acompañado por un refresco azucarado. Su cuerpo estaba empezando a cambiar y lo notaba, a veces sentía la intensa necesidad de comer o beber algo concreto; otras veces cambiaba drásticamente de estado de ánimo, de cansada a alegre, de optimista a irritable... estar embarazada era como una montaña rusa y aquello apenas había empezado. Suspiró con el apetito saciado y miró la ensalada que Stella apenas había tocado. Había llegado el momento de hacer lo que habían ido a hacer allí.

Julia pagó su comida y preguntó al gerente del local la dirección de la granja que buscaban. El hombre, amablemente, les indicó un autobús que les dejaría muy cerca y las hermanas lo cogieron. Cuando se apearon, apenas media hora después, frente a una casa de piedra con una valla de madera blanca, Stella sintió de pronto el férreo puño del miedo retorciendo su estómago.

—Espera.

Julia agarró su mano con fuerza.

—Vamos Stella, no puedes echarte atrás ahora.

—No puedo...

Julia quiso gritarle, sacudirle, hacerla salir de ese bloqueo, pero antes de que pudiera hacer nada una voz potente las interrumpió en su discusión, llamando poderosamente su atención.

—¿Quiénes sois y qué queréis? —Preguntó una mujer mayor y entrada en carnes desde el porche de la casa de piedra.

Julia dio un codazo a su hermana para que reaccionase.

—Busco a... Kevin O'Neil —balbuceó Stella dando un paso adelante—. Me han dicho que vive aquí.

—Sí, vive aquí —replicó la mujer, todavía mirándolas como si fuesen unas intrusas—. Pero se ha ido a uno de esos viajes suyos. A China, o Japón. No sé dónde, siempre se va muy lejos.

Julia pudo ver cómo su hermana quedaba paralizada, había sido una estupidez no valorar la posibilidad de que Kevin no estuviese en casa.

—¿Cuándo volverá? —Intervino Julia entonces.

—Dijo que en un mes, se fue hace cuatro días.

Aquello era toda una decepción y Julia podía notar cómo su hermana se venía abajo. La agarró por los hombros y se despidió de la mujer, dándole las gracias al tiempo que regresaba a la parada del autobús con Stella en sus brazos.

—Mierda, ¿y ahora qué hago?

—Podrías esperarle, volver en un mes...

Los ojos verdes de Stella se llenaron de lágrimas.

—No puedo esperar tanto. No ahora que casi lo he conseguido —Protestó la mayor de las hermanas—. Sería incapaz de quedarme un mes de brazos cruzados, esperando sin más.

Julia lo pensó un instante. Se armó de valor y regresó a la casa.

La mujer ya había entrado dentro, seguramente a continuar con lo que fuese que estuviera haciendo antes de la aparición de las hermanas, pero a Julia no le importó, llamó a la puerta y la cara de pocos amigos de la anciana no consiguió amedrentarla.

—¿Se puede saber qué quieres, niña? —Preguntó la molesta mujer.

—Necesitamos hablar con Kevin, dígame por favor cómo encontrarle.

Julia no había querido contarle la verdadera naturaleza de aquel precipitado viaje que iba a hacer con su hermana, pero una vez Stella Moreland había confiado en Adrien dejando en sus manos la vida de su hermana pequeña, y ahora él iba a hacer lo mismo.

Adrien aprovechó el fin de semana para acompañar a sus padres de vuelta a Estocolmo y pasar con ellos algo de tiempo. No había sido un buen año para Alfred, había visto la mayor parte de sus ahorros comprometidos, menguados hasta no quedar casi nada por culpa de las artimañas de su hijo menor y de los errores del mayor. Por suerte había sabido cubrirse bien las espaldas y ahora formaba parte del grupo de accionistas de Coutard Trans. Esta vez Adrien no le fallaría, trabajaría para hacer que la empresa de Fabien Coutard, el hombre que le había dado una segunda oportunidad, creciera y diera frutos para todos los accionistas y empleados.

También había sido un año horrible para su madre, Mathilde. El evidente odio entre sus hijos unido a la desaparición de Hansen la habían hundido anímicamente. No era una mujer fuerte y no le

importaba lo que su hijo menor hubiera hecho, aún cuando su crimen fuese la estafa a la empresa familiar y la ruina para todos. Ella deseaba tenerlo de vuelta y por fin lo había conseguido. Parecía mucho más animada. Nada más traspasar la puerta de la casa de paredes amarillas a las afueras de la ciudad, Mathilde se propuso cocinar una succulenta cena para su marido y su hijo, y así lo hizo.

Adrien planeaba partir hacia París al día siguiente, pero eso no le impidió disfrutar del ambiente familiar de la casa de su niñez. Ya quedaban pocas ocasiones en que necesitara recordar la seguridad y comodidad de aquel lugar pues era hora de construir para sí mismo un hogar como aquel, con Julia.

Esa noche durmió como un bebé, como había mucho que no dormía, y se levantó tarde al día siguiente. Bajó al piso inferior y buscó a su padre. Se encontraba, como siempre, en la biblioteca, y no estaba solo. A Adrien le sorprendió encontrar ahí a alguien a quien pensaba que no volvería a ver jamás. Edgar Clayton, el detective, lo saludó con cortesía desde una de las butacas frente al escritorio de su padre.

—Un placer volver a verle, señor Lindström.

Adrien sabía que aquello no era cierto, recordaba la última conversación que mantuvieron por teléfono.

—El señor Clayton ha venido a interesarse por el desenlace del caso en el que ha trabajado tanto tiempo —informó su padre—. Es una visita amistosa.

—Me alegro —respondió Adrien.

El detective se removió en el asiento, súbitamente incómodo. Después se dirigió a Alfred.

—¿Me permitiría hablar con su hijo a solas un instante? —Preguntó. Alfred lo miró, sorprendido, pero finalmente asintió y abandonó la sala.

Clayton se volvió hacia Adrien una vez estuvieron solos y le indicó que tomase asiento. Él cedió.

—Me gustaría disculparme, señor Lindström, por la forma en que di por finalizada nuestra relación —dijo el hombre.

—No tiene que disculparse, Clayton —replicó Adrien, confuso. Nadie, y mucho menos aquel hombre, le debía nada.

—Tal vez no, pero me gustaría pedirle perdón igualmente. Pasé casi un año vigilando a su hermano, siguiéndole por toda Europa, y no me di cuenta de que le había robado los cuadros ni de que los estaba falsificando. No me di cuenta de que su empleado, Karlsson, tenía algo que ver en la trama con la que intentaban hundirle. Siempre pensé que era una simple riña entre hermanos, líos de faldas y celos... Me sentí muy mal siguiendo a esa mujer, Julia Moreland, durante meses como un vulgar acosador. No hice mi trabajo como debía y lo siento.

Adrien miró al detective, perplejo ante aquella explicación. No sintió enfado, no obstante, pues comprendía perfectamente al hombre sentado frente a él. Con mucha probabilidad él hubiese hecho lo mismo.

—Como disculpa me he tomado la libertad de investigar un poco acerca de ese contable, Karlsson —dijo Clayton—. He hecho un informe, lo tiene aquí.

Le tendió entonces una carpeta con un puñado de folios mecanografiados. Adrien les echó un vistazo, ahí había muchísimas pruebas de la deslealtad de Karlsson y también de varios delitos de los que le podría acusar. Con esos documentos en su poder ahora Adrien solo tenía que decidir si quería vengarse de él.

Despidió a Clayton de forma amigable, mucho mejor que la última vez.

Tras una comida familiar algo agridulce en la que su madre estuvo lamentando que Hansen no hubiera llegado a tiempo para unirse, Adrien subió a terminar de hacer las maletas. Su vuelo a París salía en

unas horas.

Se sentó sobre la cama de su habitación y cogió el teléfono móvil.

—Hola —respondió alegremente la voz de Julia al otro lado de la línea tras dos tonos.

—Hola nena, ¿cómo estás?

—Bien, ¿cómo iba a estar? —replicó. Adrien pensó que aquella respuesta era rara, pero decidió no preguntar.

—¿Habéis conseguido encontrar al novio de tu hermana?

—No, por desgracia cuando llegamos no estaba en casa, se había marchado por trabajo y estará fuera un mes.

Adrien frunció el ceño, ¿un mes? Si Julia se empeñaba en acompañar a su hermana en aquella extraña misión, ¿Pasaría un mes lejos de él? Abrió la boca para preguntar, pensando al mismo tiempo una manera de formular su preocupación sin parecer exigente o poco comprensivo, pero ella se le adelantó.

—He convencido a Stella para que vaya en su busca —dijo—. Se marcha a Japón la semana que viene, ya verás, va a ser todo un desafío. Me encantaría estar ahí para verlo.

—¿No vas a ir con ella? —Se aventuró a decir Adrien.

—No, claro que no —contestó Julia—. Hay algo importante esperándome en París.

Una sonrisa se dibujó entonces en los labios masculinos, Adrien se sentía de nuevo como si fuese un adolescente. Aquel era el absoluto poder que Julia tenía sobre él.

—¿Ah sí? ¿Y qué es?

—El resto de mi vida.

En ese momento Adrien escuchó ruidos en el piso de abajo, había bastante alboroto. Se asomó entonces a la ventana y en el camino pudo ver el coche de policía que seguramente había escoltado a su hermano hasta la casa. Estaba, según las autoridades británicas, en libertad vigilada, y parecía haberse llegado al acuerdo de que Hansen pasaría el tiempo estipulado de condena en la vivienda familiar, bajo la supervisión de su padre. Adrien esperaba haberse marchado para el momento en que él llegase, pero se habían adelantado y ahora tendría que verle la cara a ese ser despreciable que, por desgracia, era su hermano.

Se dirigió de nuevo a Julia.

—Cariño, tengo que colgar —dijo—. Nos vemos mañana.

—Sí, mañana.

—Te quiero Julia —sentenció a modo de despedida.

—Y yo a ti.

En cuanto cortó la llamada se metió el móvil al bolsillo de la chaqueta, cogió su equipaje y suspiró. Debía infundirse ánimos para no ceder al impulso de hacer pagar a golpes a Hansen todo por lo que había hecho pasar a sus padres, a Julia y al mismo Adrien.

Bajó las escaleras y contempló una estampa de lo más grotesca. Alfred Lindström despedía en la puerta a los policías mientras Mathilde besaba intensamente a su hijo menor en las mejillas. Al lado de Hansen, aguardando tímidamente, estaba Nina también. Aquello sorprendió a Adrien. A pesar de sus sospechas aquella relación no parecía ser una jugarreta de ninguno, parecía verdadera.

—Adrien cielo, ¿te vas ya? —Preguntó su madre una vez hubo reparado en su presencia.

Cuatro pares de ojos se fijaron en él mientras bajaba las escaleras, tratando de mantener una expresión neutral.

—Sí mamá, ya tendría que haberme ido.

—Podrías quedarte un día más, seguro que tu jefe entenderá...

—Mathilde —interrumpió entonces su padre—. El chico tiene que irse.

Ella asintió y calló. Adrien se inclinó para besarla, estrechó después la mano de su padre y se dio la vuelta para marcharse. De repente algo inesperado ocurrió.

—Adrien —llamó Hansen—. ¿Podemos hablar un minuto?

Aquello era demasiado.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Entonces escucha, y no hables.

Adrien levantó la mirada y la fijó en aquel hombre que había sido una vez alguien importante pero que ahora lo sentía como un extraño. Pensó con odio en que lo que realmente merecía Hansen era pagar de verdad por todo lo que había hecho, pero al mismo tiempo sintió nostalgia de un tiempo en el que los sentimientos que albergaba por su hermano menor eran muy distintos. Abrió la puerta y salió al exterior, el taxi que había pedido debía estar a punto de llegar.

—Habla.

Hansen salió tras él y cerró la puerta.

—Quería pedirte perdón —dijo sin más preámbulos—. Sé que no creíste una palabra de lo que dije para defenderme durante el juicio, que no crees que de verdad siento algo de lo que he hecho pero la verdad es que sí lo siento. Nina me ha hecho ver que estaba equivocado.

Bonitas palabras en boca de una persona como Hansen. Sin embargo su tono no parecía el de alguien realmente arrepentido, parecía más bien alguien recitando una lección bien aprendida. Furioso, Adrien apretó los puños tan fuerte que sintió dolor. ¿Cómo se atrevía ese malnacido?

—Estaba equivocado porque no debía ser yo quien vengase tu comportamiento hacia Nina, yo no tenía ningún derecho y, en mi afán por hacerte daño he terminado haciendo daño a personas que no se lo merecían, como nuestros padres, como Julia...

—Cállate —replicó Adrien fríamente, harto de esa farsa.

—¿Qué?

El azul helador de sus ojos se clavó entonces en los de su hermano. Podía ver que Hansen le detestaba del mismo modo, y tan claro como el día veía que nada de lo que decía salía de su corazón, si es que tenía semejante cosa.

Un vehículo apareció entonces en el camino y comenzó a aproximarse a la casa.

—No estoy orgulloso de mi comportamiento con Nina en lo que duró nuestro matrimonio, pero la diferencia entre tú y yo es que yo jamás pretendí hacerle daño, simplemente no la amaba, cometí un error al casarme con ella —replicó Adrien con voz cortante—. Pero tú fuiste un cobarde. La amabas y callaste, no luchaste por ella y parte de esa amargura es lo que te ha hecho como eres, un manipulador egoísta, mezquino y cruel. Tu odio hacia mí es genuino, no lo dudo, pero sé que a quien más odias es a ti mismo. Supéralo o volverás a hacer daño a personas inocentes.

En ese instante el taxi se detuvo frente a ambos hermanos que se sostenían la mirada con hostilidad.

—Y no vuelvas a acercarte a mí o a Julia —zanjó Adrien al tiempo que subía al coche y cerraba de un portazo.

Casi cinco horas más tarde Adrien salía por la puerta de llegadas del aeropuerto francés Charles de Gaulle. Había pedido a Coutard que le enviase a alguien para que le recogiera pues estaba deseando llegar a su pequeño apartamento junto a la torre Eiffel, un lugar que un día creyó su cárcel, su penitencia, pero que se había convertido en la cuna de un futuro lleno de ilusiones.

No esperaba, sin embargo, a la persona que aguardaba ahí, en el aeropuerto, con un cartel con su nombre escrito.

Coraline sonrió ante la estupefacción del rubio.

—¿Has tenido un buen viaje? —Le preguntó en francés, a modo de saludo.

—Sí, gracias.

Adrien parecía incómodo, como si no supiera qué decir ni cómo comportarse con ella, y Coraline dejó que se sintiera así, solo un rato. Lo guió a través de la terminal hacia el aparcamiento. Montaron en un vehículo de marca francesa color gris metalizado y Coraline, sin rastro de malestar en su expresión, condujo por la autovía hasta las hermosas calles de París, y finalmente se detuvo frente al apartamento de Adrien. El viaje de casi cuarenta minutos fue tenso para él, no tanto para ella. Coraline se planteó no decir nada, seguir permitiendo que Adrien se sintiera mal por la forma en que había manejado su relación, pero finalmente decidió que había sido suficiente.

—Relájate de una vez, ¿Quieres? —dijo con tono cercano pero mirando aún al frente, al tráfico de la calle—. Me estás poniendo nerviosa.

Adrien pareció exhalar entonces todo el aire de sus pulmones.

—Lo siento yo... Lo cierto es que no sé cómo comportarme contigo.

—Tranquilo, de verdad —repuso ella—. No tienes que comportarte de forma distinta conmigo, a pesar de cómo fue nuestro último encuentro. Ya está olvidado.

—¿De verdad? Si puedo hacer algo por ti...

—¿Te acuerdas que te dije que estaba dispuesta a esperarte, que conseguiría que te enamoras de mí? —Dijo Coraline, Adrien asintió—. Cuando me invitaste a la fiesta me diste la oportunidad de intentarlo, y fracasé. De otro modo quizá me hubiera estado preguntando durante mucho tiempo si no pude haber luchado más por ti. Al final todo ocurre por una razón, y aunque no estoy convencida de que esa pelirroja sea la mujer indicada para ti, he descubierto que yo tampoco lo soy.

—¿No?

Coraline negó con la cabeza se volvió para mirarle directamente con esos ojos oscuros.

—Estoy saliendo con alguien, lo conocí en el avión de vuelta a París al día siguiente de la fiesta. Él sí parece ser para mí, y yo para él.

Adrien sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Después Coraline extendió su mano y él la estrechó, enormemente aliviado.

—¿Amigos?

—Amigos.

Epílogo

El tren se detuvo en la Gare du Nord de París. Tras ver descender a unos cuantos viajeros por fin Adrien distinguió una melena pelirroja.

Julia bajó del convoy cargando una bolsa de mano y una gran maleta de tipo trolley que Adrien rápidamente le cambió por un ramo de flores. Rosas rojas.

—Qué bonitas —comentó Julia, radiante—. ¿Y la nota de acompañamiento? Creo recordar que eres bueno con esas cosas.

—Traigo el mensaje en persona —contestó él, y acto seguido se inclinó para atrapar los labios de Julia en un beso intenso, apasionado. Sus lenguas se reencontraron y acariciaron añorantes, con ansia aunque también con delicadeza. Algunos transeúntes se quedaron mirando la escena, quizá pensando en ellos como una pareja que llevaba meses sin verse, aunque en realidad solo habían pasado cinco días.

Finalizado el beso, pusieron rumbo al exterior de la estación, fuera de los andenes, donde el coche de Adrien esperaba.

—¿Contenta de estar aquí? —Preguntó él una vez hubieron emprendido el camino en coche a través de las animadas calles parisinas. Julia asintió, entusiasmada.

—Estoy deseando conocer París —respondió—. Pero he leído tanto y he visto tantos reportajes sobre la ciudad que una parte de mí tiene miedo de decepcionarse.

Adrien soltó una carcajada. Solo alguien que nunca había visto París podía pensar que podía ser decepcionante de algún modo. La ciudad era una obra de arte en sí misma, y si algo sabía él de Julia era que amaba el arte.

—No lo será, amor, te lo prometo.

Minutos más tarde el coche se detuvo en un punto desde el que se podía ver una enorme y preciosa iglesia blanca situada en lo alto de un montículo, en cuya ladera dos largas escaleras daban acceso al templo. Julia sabía que se trataba de la basílica del Sacre Coeur, pero según tenía entendido Adrien no vivía por esa zona.

—¿A dónde vamos? —Preguntó entonces la suspicaz pelirroja.

—Ahora lo verás —respondió Adrien con una enigmática sonrisa—. Sal del coche.

Julia entrecerró la mirada pero no preguntó nada más y obedeció, Adrien la adoró por ello. Una vez fuera del vehículo, se inclinó sobre ella, besó su pelo y la rodeó con su brazo.

—Tengo una sorpresa para ti, mi amor.

Confusa, Julia le siguió a través de una pintoresca calle hasta una puerta de madera pintada de azul, grande y con un pequeño ventanuco en lugar de mirilla. Adrien sacó una llave y abrió la puerta.

—¿Qué es esto?

—Pasa y lo verás.

Julia accedió al interior del misterioso local. Algo de luz natural entraba desde un ventanal alto y alargado en una de las paredes, pero no veía nada llamativo, parecía solo una amplia sala con suelos de madera y paredes azules. Entonces Adrien accionó un interruptor y una hilera de focos se encendieron en el techo, mostrando un pasillo. Julia lo siguió y al final descubrió otra sala aún más amplia que la primera. Ahí, delante de ella, había algo en la pared.

—Pero, ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Balbuceó Julia, sorprendida al ver el retrato colgando de la

pared.

Se trataba del cuadro que había pintado Vincent y que después había vendido a Adrien por una suma astronómica en contra de la voluntad de Julia que, por aquel entonces, era su novia. Aquello precipitó sin duda la agonizante relación que mantenía con Vincent y que terminó rompiéndose. Aunque Julia pretendía permanecer soltera un tiempo después de aquello, la aparición de Adrien en su vida no se lo había puesto nada fácil. Sin quererlo, Julia había terminado por enamorarse de él, total y profundamente.

En cuanto al cuadro, Adrien se lo había devuelto a ella sin haber recuperado un penique de su precio, aún así el retrato había estado siempre en casa de Julia, o al menos eso creía ella.

—Eres desordenada como los artistas natos, ni siquiera te diste cuenta de que faltaba. Aproveché el momento en que llevamos todas tus cosas a mi casa para extraviarlo y lo mandé a esta dirección —respondió Adrien, jocosamente—. ¿Qué te parece tu nueva galería de arte?

Julia no podía hablar, aquello era demasiado.

—Esto es...

Las palabras parecían haberse esfumado, de modo que se acercó a él y le besó dulcemente. Pero eso no era todo. Adrien la cogió de la mano y abrió una de las puertas del pasillo. Daba a una habitación de buen tamaño con una gran puerta acristalada que ocupaba la práctica totalidad de la pared frente a la entrada. Al otro lado había un patio interior por el que se filtraba mucha luz, sobre todo en las horas centrales del día. Además la estancia estaba abarrotada de cosas: un caballete, lienzos, pinturas, pinceles, paletas... Todo lo necesario para que Julia pintase durante meses.

—Y este es tu estudio, ¿Te gusta? —Quiso saber él, expectante. Pero ella se había quedado muda.

En silencio la pelirroja recorrió la estancia, ensimismada en la multitud de ideas que brotaban en su mente, en imágenes que quería pintar y en colecciones que desearía exponer en aquella galería.

¿Cómo la iba a llamar? Se le ocurrían mil nombres y ninguno a la vez. Sería una decisión difícil.

—Dime algo, Julia —Suplicó Adrien que esperaba aún una palabra suya en respuesta a aquella increíble sorpresa.

Ella lo miró entonces con esos ojos de oro líquido y, con una amplia sonrisa, se llevó las manos al vientre.

—Estoy embarazada.

Fue él quien quedó mudo entonces, durante tanto tiempo que Julia comenzó a preocuparse.

—¿En... serio? —Balbuceó Adrien.

Aquella no era precisamente la reacción que ella esperaba. Un nudo se formó entonces en su garganta, impidiéndole responder, de modo que asintió con la cabeza. Por un instante temió que Adrien no quisiera tener ese bebé, al fin y al cabo nunca había querido ser padre, y con Nina ya lo había demostrado. Sin embargo vio de pronto cómo una sonrisa se dibujaba en el rostro de él, una sonrisa amplia y sincera.

—Eso es fantástico —sentenció Adrien finalmente.

Julia le sonrió de vuelta. Quiso añadir algo más pero enseguida se vio envuelta en un ceñido abrazo y los labios de Adrien se fundieron con los suyos. Se percató de que el peso que había acarreado a lo largo de los días transcurridos desde que descubrió su embarazo había desaparecido y en su lugar solo había alivio, calidez, felicidad... Apenas se reconocía a sí misma en la mujer que era ahora, y sin embargo sabía que era más ella que nunca, una paradoja que tenía, no obstante, mucho sentido para Julia.

—Vámonos a casa —propuso Adrien, a lo que ella accedió.

Antes de apagar las luces del local Julia lanzó una última mirada al retrato que vestía la pared y

pensó en aquella mujer, la que un día pensó que el amor era para los débiles y los ilusos, un cuento que no tenía más de realidad que las historias de hadas. Ella había tenido suerte, había descubierto lo equivocada que estaba.

Se volvió hacia Adrien y lo siguió, rumbo al resto de su vida.

Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para Miguel, la persona que está a mi lado en todo momento, apoyándome y animándome a seguir escribiendo.

Agradezco también a las personas que me han ayudado a corregir y mejorar esta obra antes de publicar, mis lectoras beta: Sandra Martínez Cano y Mel Elices Agudo. Gracias por ayudarme a que este libro viese la luz.

Quiero dar las gracias también a todas las personas que han leído mis anteriores libros, especialmente la primera parte de esta bilogía, *Ámbar, la mirada del deseo*. Gracias a mis seguidores y a mis compañeras de letras, a quienes comentan y me siguen en mi blog y en mis redes sociales.

Espero que la historia de Adrien y Julia os haya llegado al corazón.

Sobre la Autora

Tricia Ross nació en Zaragoza un verano de 1989. Ya de niña las palabras eran su juguete favorito, los libros sus amigos y la música y el cine, su inspiración. Además, viajar es una de sus grandes pasiones. Su lema es que viajar y leer son los alimentos de la imaginación.

Desde que aprendió a escribir ha estado creando historias, y siempre ha mantenido la ilusión por la escritura. Estudió Psicología en la universidad y se ha formado en Escritura Creativa. Entre sus obras se encuentran *Después de la Lluvia* un romance contemporáneo publicado con el sello editorial Editables.es, y *El Final del Camino*, una novela romántica auto editada, disponible en Amazon. En Amazon se puede encontrar también la primera parte de esta bilogía Miradas, *Ámbar, la mirada del deseo*, publicada en Febrero de 2018.

Desde Agosto de 2015 administra asimismo un blog de autor (Tricia Ross blog) con temática variada, donde publica artículos y reseñas literarias.

Visita su web: www.triciaross.es

Table of Contents

Capítulo 1..	4
Capítulo 2..	13
Capítulo 3..	22
Capítulo 4..	31
Capítulo 5..	39
Capítulo 6..	51
Capítulo 7..	63
Capítulo 8..	75
Capítulo 9..	81
Capítulo 10..	90
Capítulo 11..	101
Capítulo 12..	112
Capítulo 13..	123
Capítulo 14..	135
Epilogo..	150
Agradecimientos.	154
Sobre la Autora.	156